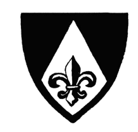
BIBLIOTECA DE DOCTRINA CATOLICA

VOL. LI

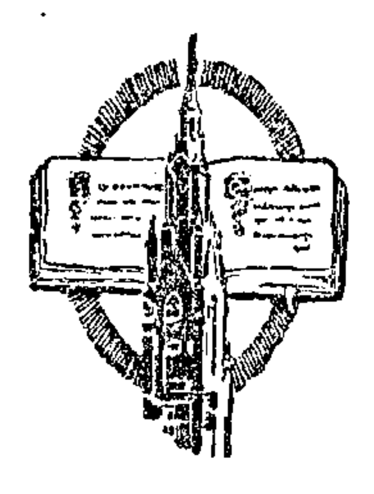


A. D. SERTILLANGES

De la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París

La Vida Intelectual

Espíritu = Condiciones = Métodos



LIBRERIA EDITORIAL SANTA CATALINA

864 — BRASIL — 864

Buenos Aires

NIHIL OBSTAT:

Buenos Aires, 8 de Enero de 1942

Pbro. LUIS CORREA LLANO, S. S.
Cens. Eccles.

Buenos Aires, 16 de Enero de 1942

PUEDE IMPRIMIRSE

† ANTONIO ROCCA
Ob. de Augusta y Vic. Gral.

PREFACIO

De este libro fueron hechas varias ediciones. La primera data del año 1920. Y como no lo había vuelto a leer desde entonces, me preguntaba, al examinarlo recientemente, si con la experiencia de quince años más conocería yo mi pensamiento. Me identifiqué nuevamente con él, y por eso nada he tenido que corregir en lo fundamental. Porque, a decir verdad, estas páginas no tienen fecha. Brotaron de lo más íntimo de mí. Cuando salieron a luz, las llevaba dentro de mí desde hacía un cuarto de siglo. Las escribí como quien expresa sus convicciones esenciales y desahoga su corazón.

Una prueba para confiar en su éxito es sin duda la favorable acogida que desde un principio tuvieron, y es sobre todo el testimonio de innumerables cartas en las cuales se me demostraba agradecimiento, ya sea por la ayuda técnica que daba a los trabajadores del espíritu, ya por el entusiasmo que ellas habían comunicado a ánimos jóvenes o adultos, y en general por haber sido esas páginas una revelación entre todas preciosa, a saber: la del clima espiritual para la gestación del pensador, para su evolución, su progreso, su inspiración y su obra.

Y en efecto, aquí está su valor principal. El espí-

ritu domina todo. Es él quien comienza, cumple, persevera y da fin. Y de la misma manera que dirige toda adquisición y toda creación, así también preside el trabajo más secreto y más exigente que obra en sí el trabajador en toda su carrera.

No cansaré al lector, creo, si insisto una vez más sobre ese todo de la vocación de pensador o de orador, de escritor y de apóstol. Sin duda, es ésta la cuestión previa. Es también la cuestión esencial y en consecuencia está aquí el secreto del éxito.

¿Queréis hacer obra intelectual? Comenzad creando en vos una zona de silencio, un hábito de recogimiento, una voluntad de desprendimiento que os haga apto para la obra; adquirid ese estado de ánimo sin el lastre del deseo y de la voluntad propia, que es el estado de gracia del intelectual. Sin esto, no haréis nada o cosa que valga.

El intelectual no es hijo de sí mismo, es hijo de la Idea, de la Verdad eterna, del Verbo creador y animador que no es ajeno a su creación. Cuando piensa bien, el pensador sigue a Dios en sus rastros; no sigue su propia quimera. Cuando explora y persiste en el esfuerzo de la búsqueda, él es Jacob luchando con el ángel y "fuerte contra Dios".

¿No es natural entonces que el hombre predestinado rechace y olvide conscientemente al hombre profano, que rechace todo lo que pertenece a éste: su liviandad, su inconsciencia, su cobardía en el esfuerzo, sus bajas ambiciones y deseos orgullosos o sensuales, la inconstancia de su querer o la impaciencia desordenada en sus miras, sus complacencias y

antipatías, sus humores destemplados o su conformismo, en fin, toda la innumerable gama de los impedimentos que obstruyen el camino de lo verdadero e impiden su conquista?

El temor de Dios es el principio de la sabiduría, nos dice la Escritura. Este temor filial no es en el fondo otra cosa que el temor de sí mismo. En el campo intelectual se lo puede denominar una atención desprendida de toda preocupación inferior y una fidelidad en perpetua inquietud de decaer. Un intelectual debe estar siempre en condiciones de pensar, vale decir, de recibir una parte de la verdad que el mundo lleva y que le ha sido preparada en tal o cual recodo por la Providencia. El Espíritu pasa y no vuelve. ¡Dichoso el que está preparado para no faltar al milagroso encuentro, y más aún, para provocarlo y utilizarlo!

Toda obra intelectual comienza por el éxtasis y sólo después se ejerce el talento organizador, la técnica de los encadenamientos, de las relaciones, de la construcción. Pero ¿qué es el éxtasis, qué la admiración, sino un alejarse de sí mismo, un olvido del propio vivir, a fin de que viva en el pensamiento y el corazón el objeto de nuestro entusiasmo?

La misma memoria participa de ese don. Hay una memoria inferior, una memoria de repetidor y no de inventor. Ella es una obstrucción que cierra los caminos del pensamiento en favor de las palabras y de fórmulas incomprensibles. Pero hay también una memoria despierta en todo sentido y en estado de perpetua adquisición. En ella no hay nada de "todo

hecho"; sus adquisiciones son semillas para lo porvenir; sus sentencias no son más que promesas. Y a pesar de todo, esta memoria es también *extática;* funciona al contacto de las fuentes de inspiración y no se complace en manera alguna en sí misma. Lo que ella encierra es también intuición, con nombre de recuerdo, y el yo del cual es huésped se da por medio de ella a la exaltante Verdad tanto como se entrega en la búsqueda.

Lo que es cierto respecto de las adquisiciones y prosecuciones, ya lo era referente al llamado, al principio de la carrera. Después de las vacilaciones de la adolescencia, tan a menudo angustiada y perpleja, ha sido necesario llegar al descubrimiento de sí, a la percepción de ese secreto arrojo que en nosotros tiende a no sé qué lejano resultado que la conciencia ignora. ¿Podríamos creer que esto es sencillo? "Escucharse a sí mismo" es una fórmula que equivale a esta otra: escuchar a Dios. En el pensamiento creador está nuestro verdadero ser y nuestro yo auténtico. Ahora bien, lo verdadero de nuestra eternidad, que domina nuestro presente y augura nuestro futuro, sólo nos es revelado en el silencio del alma, silencio de los vanos pensamientos que conducen a la "diversión" pueril y disipadora; silencio de los ruídos de llamado que no se cansan de hacer oir las pasiones desordenadas.

La *vocación* exige la *correspondencia* que con un mismo esfuerzo entiende el llamado, lo escucha y lo sigue.

Lo mismo ocurrirá al tratarse de la elección de

los medios para lograr el éxito, del establecimiento del propio género de vida, de las relaciones, de la organización del tiempo, del equilibrio entre la contemplación y lá acción, entre la cultura general y la especialización, entre el trabajo y los descansos, entre las necesarias concesiones e intransigencias cerradas, entre la concentración que fortifica y las expansiones que enriquecen, entre la independencia propia y la frecuentación de los genios, de los iguales, de la naturaleza o de la vida social, etc., etc. Todo eso no se juzga con sabiduría si no es con ese éxtasis también, próximo a lo verdadero permanente, lejos del yo ansioso y apasionado.

Finalmente, el ofrecimiento de los resultados y su medida dispuesta por la economía divina exigirán la misma virtud de acogida, el mismo desprendimiento, la misma paz en el cumplimiento de una Voluntad que no es la nuestra. Se llega a lo que se *puede* y nuestro poder tiene necesidad de juzgarse para no desestimarse, por una parte, o, por lo contrario, para no caer en falsas pretensiones o en vana hinchazón. ¿De dónde nos viene este juicio, sino de una mirada fiel a lo verdadero impersonal y de la sumisión a su veredicto, aunque nos costare un esfuerzo o una secreta decepción?

Los grandes hombres nos parecen grandes audaces; en el fondo, obedecen más que los demás. La voz soberana les advierte. Y movidos por un instinto venido de ella, siempre valerosamente y a veces con gran humildad, toman el lugar que la posteridad les

concederá más tarde, atreviéndose a actitudes y arriesgando innovaciones muy a menudo en desacuerdo con su ambiente y aun expuestos a los sarcasmos de éste. No tienen miedo, porque, por aislados que parezcan, no se sienten solos. Tienen lo que finalmente todo lo decide. Presienten su futuro imperio.

Nosotros que tenemos sin duda una humildad de distinta especie que concebir, debemos sin embargo inspirarnos en el mismo ideal. La grandeza juzga de la pequeñez. El que no tiene el sentimiento de la grandeza, se exalta y descorazona fácilmente, y a veces las dos cosas a la vez. Para no soñar en el escarabajo gigante, la hormiga encuentra al pulgón muy pequeño, y para no sentir el viento de las alturas el caminante se demora lánguidamente en las laderas. Siempre conscientes de la inmensidad de lo verdadero y de la exigüidad de nuestros recursos, nada emprenderemos que sobrepase nuestras posibilidades e iremos hasta el fin de nuestro poder. Seremos dichosos entonces por lo que nos haya sido dado de acuerdo a nuestra justa medida.

Pero no creamos que se trata de una pura medición. El interés de lo señalado está en que el trabajo débil y el trabajo presuntuoso son siempre malos trabajos. Una vida presionada demasiado alto o abandonada en lo bajo, es una vida malograda. Un árbol puede tener un ramaje y una floración mediocre o magnífica: él no los apura ni los exige; su alma vegetal se expande bajo la acción de la naturaleza general y de las influencias ambientales. Nuestra naturaleza genérica en nosotros es el pensamiento

eterno; allí nos abrevamos con fuerzas que él mismo nos da y con la colaboración que nos prepara; debe haber allí concordancia entre lo que tenemos recibido como dones,—comprendida aquí también la valentía — y lo que podemos esperar como resultados.

¡Cuánto habría aquí que decir acerca de esta disposición fundamental, referente a un destino enteramente consagrado a la vida del pensamiento! Quedan ya mencionadas las resistencias y las incomprensiones que hieren a los grandes; mas ellas tampoco dejan tranquilos a los pequeños. ¿Cómo, entonces, soportarlas sin un sincero amor para lo verdadero y sin el olvido de uno mismo? Cuando no se halaga al mundo, él se venga; cuando se lo adula, se venga igualmente corrompiendo. El único recurso es trabajar lejos de él, tan indiferentes a sus juicios como dispuestos a servirle. Lo mejor será que os rechace y os obligue así a replegaros sobre vos mismo, a acrecentar vuestra vida interior, alcanzando así un mejor control y una mayor profundización. Estas ventajas se alcanzan en la medida de nuestro superior desprendimiento, o sea de nuestro interés por lo único necesario.

¿Permitiremos, por otra parte, que en relación al prójimo, nos acometan las tentaciones de denigración, de envidia, de críticas injustificadas, de querellas? Tendríamos necesariamente que recordar en tal caso que tales disposiciones, oscureciendo los espíritus, perjudican lo verdadero eterno y son incompatibles con su culto.

Es necesario advertir a este respecto que la denigración, en cierto grado, es más aparente que real, y no sin valor para la formación de la opinión corriente. A menudo nos equivocamos acerca del modo con que los maestros hablan unos de otros. Se *maltratan;* pero bien saben, mútuamente, lo que valen, y maltratan a los demás sin pensarlo.

Es siempre cierto que el progreso común necesita paz y colaboración y que las miras estrechas lo retardan grandemente. Ante la superioridad ajena, sólo hay una actitud honorable: amarla, y entonces ella se convertirá en nuestro propio gozo y en nuestra propia fortuna.

Una fortuna distinta podrá tentaros: la que proporciona un éxito exterior, a decir verdad muy raro hoy día tratándose de un verdadero intelectual. El público, en conjunto, es vulgar y sólo ama lo vulgar. Los editores de Edgard Poe decían que debían pagarle menos que a otros, porque escribía mejor que otros. He conocido a un pintor a quien un vendedor de cuadros decía: "Debería tomar lecciones"—?. . .—"Sí, para aprender a no pintar tan bien". El hombre consagrado a lo perfecto no entiende este lenguaje y no consiente a ningún precio, en ninguna forma, en ser un devoto de lo que Baudelaire llamaba la zoocracía. Mas, ¿si esa abnegación cediera?. . .

Aun desdeñando los juicios ajenos, ¿no estamos expuestos, a pesar nuestro, a los necios juicios de la vanidad y de la puerilidad instintiva? "Nunca pases en silencio, no disimules jamás lo que pueda pensarse contra tu propio pensamiento", escribe Nietzsche. Ya

no se trata del juicio de los incompetentes y de los torpes, sino de nuestro propio testimonio en estado vigilante e íntegro. ¡Cuántas veces uno quisiera andar con rodeos, satisfacerse falazmente, preferirse indebidamente! La severidad para con uno mismo, tan favorable a la rectitud de los pensamientos y a su preservación contra los mil riesgos de la búsqueda, es un heroísmo. ¿Cómo reconocerse culpable y querer la propia condenación sin un amor sin límites por lo que se juzga?

Esto se corrige, es cierto, mediante un intransigente apego a nuestras persuaciones profundas y a las intangibles intuiciones que están en la base de nuestro esfuerzo y de nuestra misma crítica. No es posible edificar sobre la nada, y los retoques del artesano no llegan a los fundamentos primeros. Lo que está adquirido y fiscalizado, ha de ser preservado de las modificaciones injustificadas y de los escrúpulos. El mismo amor a lo verdadero lo exige, y el mismo desprendimiento, que en nosotros se interesa por lo que nos sobrepasa y no por eso deja de fijar morada en nuestra conciencia. Tales estimaciones son delicadas, pero son necesarias. A ningún precio han de ser conmovidas las altas certezas sobre las cuales descansa todo el trabajo de la inteligencia.

En nombre de ese mismo apego, hay aún lugar a defenderse de aquello *mejor* llamado, con razón, enemigo de lo bueno. Sucede que al ampliar el campo de la búsqueda de lo mejor, uno lo debilita, y acontece que, profudizándose más allá de ciertos límites, el espíritu se turba y sólo consigue desorientarse. La

estrella que miramos con demasiado ardor y continuidad, puede, por eso mismo, titilar cada vez más y concluir por desaparecer del firmamento.

Esto no quiere decir que no hayamos de profundizar ni, menos aún, que debamos descuidar esa amplia cultura que es una condición de la profundidad en un dominio cualquiera; mas señalamos el exceso y hacemos notar que un sincero apego a lo verdadero, sin pasión personal, sin frenesí, es su remedio.

Es también una defensa contra la precipitación en los juicios y en la elaboración de las obras. Cuando amamos lo verdadero, no nos dejamos deslumbrar por una idea brillante a la que aureolamos de vulgaridades. No se puede obtener una obra a este precio. Puede acontecerle al más mediocre hallar una idea, así como un diamante en bruto o una perla. Lo difícil es tallar la idea y, sobre todo, engastarla en una joya de verdad que será la verdadera creación.

"Entre los lectores tempranos de una obra—dice Ramón Fernández en forma amena—de buena gana incluiría al autor". Muy bien, pero ¿de dónde viene esa negligente precipitación que absuelve de antemano a un lector menos interesado y menos responsable? Se la evitará consagrándose uno más profundamente a lo único verdadero.

Habrá que cuidarse también de lanzarse sobre un tema particular, al que se pretende desarrollar, sin haber explorado sus antecedentes generales y sus vinculaciones. Ser *múltiple* en forma duradera es la condición para ser *uno* con riqueza. La unidad desde el comienzo sólo es un vacío. Uno lo nota cuando rinde

culto a la alta y misteriosa verdad. Si bien no utiliza entonces todo lo que ha aprendido, queda, en lo que dice, una secreta resonancia de ello y la confianza recompensa esta plenitud. Es un gran secreto saber hacer irradiar una idea gracias a sus segundos planos de noche crepuscular. Y otro secreto es, conservarle, a despecho de esa irradiación, su fuerza de convergencia.

¿El fracaso nos amenaza, o ya lo hemos experimentado? Es el momento de refugiarse en el culto inmutable, incondicional, que había inspirado el esfuerzo inicial. "Mi cerebro lo tengo convertido en mi refugio", escribe C. Bonnet. Por sobre el cerebro está aquello a lo que él se consagra, y el refugio entonces es doblemente seguro. Aun a costa del dolor, la creación es un gozo y, más que la creación, la veneración de la idea de donde ella procede.

Por lo demás, como lo hacía notar Foch, "las batallas se ganan con residuos". Habéis fracasado en esto, lo que os dispone para triunfar en aquello, para triunfar a breve plazo, como está seguro de ello el que quiere y se esfuerza.

No dejaré de señalar una última consecuencia de la alta sumisión acerca de la cual he trazado el elogio. Ella limita nuestras pretensiones no solamente personales sino también humanas. La razón no es omnipotente. Lo más que puede hacer, según Pascal, es comprobar sus límites. Y no lo hace más que cuando se ha dado previamente a su ley, que no es su verdad, considerada como propiedad o como conquista, sino la Verdad impersonal y eterna.

Y basta de límites al honor, por el mismo hecho de que uno renuncia a la fatuidad. El misterio paga. La fe, substituyendo la búsqueda, arrastra el espíritu a amplitudes que jamás hubiera conocido éste por sí mismo y el esclarecimiento de su propio dominio sale ganando, desde que astros lejanos le obligan a mirar hacia el cielo. La razón sólo ambiciona un mundo; la fe le da la inmensidad.

No quiero prolongar más estas reflexiones. Volveremos sobre ellas necesariamente ya que tienen por objeto señalar dónde está el todo.

He defendido los derechos de ese todo con una insuficiencia de la que tengo pleno conocimiento y de la que me disculpo. Hago votos para que mis sugestiones referentes a ese todo, por débiles que sean, contribuyan a proporcionarle mejores panegiristas y más ardientes servidores.

A. D. Sertillanges.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Existe entre las obras de Santo Tomás una carta a un cierto hermano Juan, en la que se enumeran *Dieciséis preceptos para adquirir el tesoro de la ciencia.* Esta carta, auténtica o no, es digna de ser estudiada en sí misma; ella no tiene precio; de desear sería que se imprimieran todos sus términos en lo íntimo del pensador cristiano. Por nuestra parte, la hemos dado a conocer una vez más en el apéndice de las *Oraciones* del mismo Doctor, en las que se condensa su pensamiento religioso y se transparenta su alma. (1)

Habíamos pensado comentar los *Dieciséis preceptos,* a fin de relacionar a ellos lo que pueda ser útil recordar a los modernos hombres de estudio. En su aplicación, este procedimiento nos ha parecido un tanto estrecho; hemos preferido obrar más libremente; mas no por eso ha de ser menos enteramente tomista la substancia de este volumen; en él hallará el lector lo que en los *Dieciséis preceptos* o en otro lugar sugiere el maestro respecto a la conducción del espíritu.

Este opúsculo no pretende reemplazar las *Fuentes;* se refiere a ellas en parte. El autor no ha olvidado,

(1) Las Oraciones de Santo Tomás de Aquino. Traducidas y presentadas por A. D. Sertillanges.

como ciertamente no lo han olvidado muchos otros, la emoción de sus veinte años, cuando el Padre Gratry estimulaba en él el entusiasmo por el saber.

En una época que tiene tanta necesidad de luz, recordemos a menudo las condiciones que permiten adquirir esa luz y preparar su difusión por medio de obras.

No trataremos aquí de la producción en sí misma: eso sería el objeto de otro trabajo. Pero el entendimiento es tal si procura el enriquecimiento y procede a un sabio gasto.

Teniendo que probar más adelante que el gasto es en este caso uno de los medios de la adquisición, no podríamos dudar de la identidad de los principios que en ambos casos hacen fecunda nuestra actividad intelectual.

Esta es otra razón para que podamos esperar ser útiles a todos.

CAPITULO I

La Vocación Intelectual

I

El Intelectual es un Consagrado.

Hablar de vocación, en el presente caso, es designar a quienes aspiran a hacer del trabajo intelectual su ocupación, ya sea que dediquen todo su tiempo al estudio o que, teniendo una profesión cualquiera, se reserven como un feliz suplemento y una recompensa el cultivo profundo del espíritu.

Digo profundo, para descartar la idea de todo barniz superficial. Una vocación no se satisface en manera alguna con lecturas vagas y pequeños trabajos aislados. Se trata de otra cosa, de penetración y continuidad, de esfuerzo metódico, en vista de una plenitud que responda al llamado del Espíritu y a los recursos que le plugo darnos.

Este llamado no debe ser prejuzgado. Sólo sinsabores se prepararía quien se lanzara a recorrer un camino en el que no pudiera andar con pie firme. El trabajo es impuesto a todos, y después de una formación costosa, nadie obra con sabiduría si permite que poco a poco su espíritu vuelva a la primitiva in-

digencia; pero una cosa es la apacible conservación de lo adquirido, y otra cosa reforzar una instrucción que uno sabe sólo provisional, y que considera únicamente como un punto de partida.

Este último estado de espíritu es el del que está llamado. Implica una grave resolución. La vida de estudio es austera e impone pesadas obligaciones. Ella al final compensa, y con largueza, pero exige un colocarse a tono del cual pocos son capaces. Los atletas de la inteligencia, como los del deporte, tienen que aceptar las privaciones y los largos entrenamientos y necesitan una tenacidad muchas veces sobrehumana. Es necesario darse sin reservas para que la verdad se entregue. La verdad sólo sirve a sus esclavos.

Una orientación así no debe ser tomada sin haberse uno aconsejado largamente. La vocación intelectual, es como todas las demás; está inscripta en nuestros instintos, en nuestras aptitudes, en no sé qué anhelo interior que la razón comprueba. Nuestras aptitudes son como las propiedades químicas de los cuerpos que determinan para cada uno las combinaciones en las cuales puede entrar. Eso no se crea. Es un don del cielo y de la naturaleza primera. Toda la cuestión está en ser dócil a Dios y a uno mismo, después de haber entendido sus voces.

Comprendido de este modo, el dicho de Disraeli: "Haced lo que os plazca, siempre que ello os agrade de veras", tiene un gran sentido. El gusto, que está en correlación con las tendencias profundas y con las aptitudes, es un excelente juez. Si Santo Tomás ha podido decir que el placer califica las funciones y pue-

de servir para clasificar a los hombres, puede deducirse también de aquí que el placer puede desentrañar nuestra vocación. Eso sí, será necesario que se escrute hasta esas profundidades en donde el gusto y el anhelo espontáneo quedan vinculados con los dones de Dios y con su providencia.

El estudio de una vocación intelectual representa, además del inmenso interés de realizarse uno mismo en su plenitud, un interés general del que nadie puede substraerse.

La humanidad cristiana está compuesta de personalidades diversas, de las cuales ninguna abdica sin empobrecer a la comunidad y sin privar al Cristo eterno de parte de su reino. Cristo reina por su extensión. La vida de uno de sus "miembros" es un instante calificado de su duración; todo caso humano y cristiano es un caso incomunicable, único y en consecuencia necesario para la extensión del "cuerpo místico". Si alguien se encuentra en la condición de antorcha no oculte bajo el celemín el resplandor pequeño o grande que puede esperarse de él en la casa del Padre de familia. Amemos la verdad y sus frutos de vida, para nosotros y para los demás; consagremos al estudio y a su utilización lo principal de nuestro tiempo y de nuestro corazón.

Todos los caminos, salvo uno, son malos para nosotros, ya que nos desvían de la dirección en la cual es descontada y requerida nuestra acción. No seamos infieles a Dios, a nuestros hermanos y a nosotros mismos, desentendiéndonos de ese llamado sagrado.

Esto da por descontado que a la vida intelectual hay

que ir con miras desinteresadas, no por ambición ni vanagloria. Los atractivos de la publicidad no tientan sino a los espíritus vanos. La ambición ofende, pretendiendo subordinarla, a la verdad eterna. Jugar con cuestiones que afectan la vida y la muerte, con la naturaleza misteriosa, con Dios, hacerse de un haber literario o filosófico a expensas de lo verdadero o fuera de su dependencia, ¿no es acaso un sacrilegio? Semejantes fines, y el primero sobre todo, no sostendrían al investigador; prontamente uno vería que el esfuerzo cede y que la vanidad trata de contentarse con lo insubstancial sin preocuparse por las realidades.

Mas esto supone también que la aceptación del fin lleve aparejada la aceptación de sus medios, sin lo cual la obediencia a la vocación sería poco seria. ¡Muchos querrían saber! Una vaga aspiración dirige las multitudes hacia horizontes que la mayoría admira de lejos, como el gotoso o el asmático las nieves eternas. Obtener sin pagar, es el anhelo universal; mas es una aspiración de corazones cobardes y de cerebros enfermos. El universo no acude al primer susurro y la luz de Dios no vendrá a vuestra lámpara si vuestra alma no la importuna.

Sois un consagrado: quered lo que quiere la verdad; consentid, por ella, en movilizaros, en radicaros en sus propios dominios, en organizaros, e—inesperimentado—en apoyaros en la experiencia de los demás.

"*¡Si la juventud supiera!...*" Los jóvenes especialmente necesitan tal advertencia. La ciencia es un

conocimiento por las causas; pero activamente, en cuanto a su producción, es una *creación por las causas.* Hay que conocer y adoptar las causas del saber, luego asentarlas, y no descuidar los cimientos hasta que no esté armada la techumbre.

En los primeros años libres después de los estudios, con la tierra intelectual recién removida, arrojadas las semillas, ¡qué hermosos cultivos se podrían emprender! Es el tiempo que ya no hallaremos de nuevo; el tiempo del cual habremos de vivir más tarde. Así como él haya sido, así seremos, pues uno no vuelve a arraigar. Más tarde sufriréis las consecuencias de haber vivido superficialmente y de haber descuidado en su tiempo lo porvenir que siempre hereda. Piense cada uno en ello en la hora en que puede ser útil pensar.

¡Cuántos jóvenes, pretendiendo volverse trabajadores, desperdician miserablemente sus jornadas, sus fuerzas, su savia intelectual, su ideal! O no trabajan —¡ya tendrán tiempo!—o trabajan mal, caprichosamente, sin saber ni quiénes son, ni adónde quieren ir, ni cómo han de caminar. Cursos, lecturas, frecuentaciones, dosificación del trabajo y del reposo, del aislamiento y de la acción, de la cultura general y de la especialización, espíritu de concentración y estudio, arte de extraer y utilizar los materiales ya adquiridos, realizaciones provisionales que anuncian el trabajo próximo, virtud que obtener y desarrollar, nada está previsto, nada será satisfecho.

Y sin embargo, ¡qué diferencia, en igualdad de recursos, entre el que sabe y prevé y aquel que sólo va

a la ventura. "El genio es una larga paciencia", pero una paciencia organizada, inteligente. No hay necesidad de facultades extraordinarias para realizar una obra; un término medio calificado es suficiente; lo demás es provisto por la energía y su sabias aplicaciones. Y así vemos el caso de un obrero probo, ahorrador y fiel al trabajo: éste triunfa, en tanto que el inventor no es a veces sino un desilusionado y un fracasado.

Lo que digo sobre esto, vale para todos; empero lo aplico especialmente a quienes disponen solamente de una parte de su vida, la menor, para dedicarse a los trabajos de la inteligencia. Estos, más que otros, deben ser *consagrados*. Lo que no pueden distribuir en todo su tiempo, habrán de amontonarlo en un pequeño espacio. El ascetismo especial y la heroica virtud del trabajador intelectual, deberán ser su obra cotidiana. Y si consienten en este doble ofrecimiento de sí mismos, en nombre del Dios de la verdad, les digo que no se desanimen.

Si para producir no es necesario el genio, menos necesario aún es tener plena libertad. Más todavía, ésta tiene sus celadas que pueden ser vencidas mediante la ayuda de rigurosas obligaciones. Una creciente estorbada por orillas estrechas, se abalanzará más lejos. La disciplina del oficio es una enérgica escuela: es provechosa para los ocios estudiosos. Obligado, uno se concentrará más, aprenderá a apreciar el valor del tiempo, se refugiará animosamente en esas horas poco frecuentes en las que, cumplido el deber, vuelve a reunirse con el ideal, y goza del des-

canso en la tarea elegida, después de la acción impuesta por la dura existencia.

El trabajador que de este modo halla en el esfuerzo nuevo la recompensa del anterior, que de él hace su tesoro de avaro, es comúnmente un apasionado; no se lo puede desprender de lo que está así consagrado por el sacrificio. Si su andar parece más lento, tiene con qué ir más lejos. Pobre tortuga menesterosa, no vaga, se obstina, y al cabo de pocos años habrá sobrepasado a la liebre indolente cuyo andar veloz causara envidia a su penosa marcha.

Juzgad de igual modo acerca del trabajador aislado, privado de recursos intelectuales y de frecuentaciones estimulantes, soterrado en algún lugar de provincia en donde parece condenado a vegetar, desterrado lejos de las ricas bibliotecas, de los cursos brillantes, del público vibrante, sin otra posesión que su persona y obligado a sacarlo todo de este fondo inalienable. Y bien, ¡tampoco éste se desanime! Teniéndolo todo en su contra, cuide de sí mismo y bástele esto. Un corazón ardoroso tiene más probabilidades de triunfar, aunque fuese en pleno desierto, que el joven harto de todo y abusante, del Barrio Latino. También en esto, de la dificultad puede brotar una fuerza. En la montaña, uno hace hincapié sólo en los pasos difíciles; los senderos llanos procuran cierto aflojamiento y el aflojamiento no vigilado pronto se vuelve funesto.

Lo que más vale es la voluntad; una voluntad ardiente y profunda, una voluntad dispuesta a triunfar, a ser alguien; a llegar a algo; ser ya por el

deseo, ese alguien calificado por su ideal. Todo lo demás tiene arreglo. Libros existen en todas partes y en definitiva no son necesarios sino unos pocos. Frecuentaciones, estímulos, se los encuentra también espiritualmente en la soledad: los grandes seres están siempre presentes para quien los invoque, y los grandes siglos animan desde su pasado al pensador entusiasta. Los que pueden disponer de los cursos no los siguen, o los siguen mal, si no tienen aptitud para prescindir, en caso necesario, de esa ventaja. En cuanto al público, si bien a veces os estimula, a menudo os turba, os desorienta, y por dos centavos que encontráis en la calle, podéis perder una fortuna. Vale más la soledad apasionada, donde todo grano produce el ciento por uno y todo rayo de sol un dorado otoñal.

Santo Tomás de Aquino, al llegar a París, para fijar allí su morada, descubriendo la gran ciudad desde lejos, le dijo al hermano que lo acompañaba: "Hermano, yo cambiaría todo eso por el comentario del Crisóstomo sobre San Mateo". Cuando se experimentan sentimientos tales, no importa dónde se está y de qué se dispone. Uno está marcado con el sello; es un elegido por el Espíritu; no hay más que perseverar y confiar en la vida tal cual Dios la organiza.

Joven que comprendéis este lenguaje y a quien los héroes del pensamiento parecen llamar misteriosamente, más que teméis estar desprovisto, escuchadme. ¿Disponéis de dos horas cada día? ¿Podéis comprometeros a preservarlas celosamente, a emplearlas con ardor, y luego, encargado vos también del *Reino de*

Dios, podéis *beber el cáliz* cuyo exquisito y amargo sabor quisieran haceros gustar estas páginas? Si la respuesta es afirmativa, confiad. Más aún, descansad en la certeza.

Obligado a ganar vuestro pan cotidiano, al menos lo ganaréis sin sacrificarle, como sucede a menudo, la libertad de vuestra alma. Si estáis desamparado, con mayor violencia seréis lanzado hacia vuestros nobles fines. La mayoría de los grandes hombres ejerció un oficio. Muchos han declarado que las dos horas que pido bastan para un destino intelectual. Aprended a administrar ese poco de tiempo; sumergíos todos los días de vuestra vida en la fuente que apaga la sed y al mismo tiempo la provoca.

¿Queréis, en cuanto esté en vuestras posibilidades, perpetuar la sabiduría entre vuestros semejantes, recoger la herencia que nos dejan los siglos, dar actualidad a las reglas del espíritu, descubrir hechos y causas, orientar los ojos inconstantes hacia las causas primeras y los corazones variables hacia los fines supremos, reanimar si es preciso la llama que se apaga, organizar la propaganda de la verdad y del bien? Nada más, ni tampoco nada menos, es lo que os corresponde. Y ello vale sin duda un sacrificio suplementario y el mantenimiento de una pasión celosa.

El estudio y la práctica de eso que el Padre Gratry llamaba la *Lógica Viviente*, o sea el desenvolvimiento de nuestro espíritu, o verbo humano, por su contacto directo o indirecto con el Espíritu y Verbo Divino, ese estudio profundo y esa práctica perseverante, os

darán la entrada en el santuario admirable. Estaréis entonces entre los que crecen, entre los que adquieren y se preparan para recibir los dones magníficos. También vos, un día, si Dios lo quiere, tendréis vuestro lugar en la asamblea de los nobles espíritus.

II

El Intelectual no es un Aislado.

Otro carácter de la vocación intelectual consiste en esto: el trabajador cristiano, que es un consagrado, no debe ser un aislado. En cualquier situación, por abandonado o aislado materialmente que se le suponga, no ha de dejarse tentar por el individualismo, imagen deformada de la personalidad cristiana. Así como la soledad vivifica, así también el aislamiento malogra y esteriliza.

A fuerza de querer ser un alma, se dejaría de ser un hombre, como diría Víctor Hugo. El aislamiento es inhumano, porque trabajar humanamente es trabajar con el sentimiento del hombre, de sus necesidades, de sus grandezas, de la solidaridad que nos vincula en una vida estrechamente común.

Un trabajador cristiano debería vivir constantemente en lo universal, en la historia. Puesto que vive con Jesucristo, no puede separar de El los tiempos ni los hombres. La vida real es una vida en común, una vida de familia innumerable con la caridad por ley: si el estudio quiere ser un acto de vida, no un arte por el arte y un acaparamiento de lo abstracto, debe

dejarse regir por esa ley de unidad cordial. "Oramos ante el Crucifijo" — dice el P. Gratry — también debemos trabajar ante él — "mas la verdadera cruz no está aislada de la tierra".

Un verdadero cristiano tendrá siempre bajo sus ojos la imagen de ese globo en el cual la cruz está plantada y donde los humanos necesitados erran y sufren y donde la sangre redentora cae en numerosos hilillos buscando encontrarse con ellos. Las luces que posee lo revisten de un sacerdocio; lo que allí pretende adquirir es una promesa implícita de don. Toda verdad es práctica; la más abstracta en apariencia, la más elevada, es también la más práctica. Toda verdad es vida, orientación, camino en vista del destino humano. Y por eso Jesucristo ha dicho como suprema afirmación: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida"*.

Trabajad siempre, en consecuencia, con espíritu de utilización, como dice el Evangelio. Contemplad y escuchad al género humano que os rodea, distinguid allí a tales o cuales, individuos o grupos, cuya indigencia conocéis; arbitrad el medio que pueda sacarlos de su orfandad, lo que pueda ennoblecerlos, lo que, con más o menos efectividad, los salve. No más verdades santas que las verdades redentoras, ¿y no se habrá referido a nuestro trabajo, como a todo lo demás, el Apóstol, cuando dijo: *"Es la voluntad de Dios que seáis santos"*?

Jesucristo tiene necesidad de nuestro espíritu para su obra así como en su vida terrena había menester de su espíritu humano. Desaparecido El, noso-

tros somos su continuación; tenemos este inconmensurable honor. Somos sus "miembros"; por lo tanto participamos de su espíritu y, en consecuencia, somos sus cooperadores. El obra por nuestro intermedio en lo exterior y por su Espíritu iluminador en lo interior, de la misma manera que viviendo obraba en lo exterior por su voz, y en lo interior por su gracia. Siendo nuestro trabajo una necesidad de esta acción, trabajemos como Jesús meditaba, como El extraía — para derramar — de las fuentes del Padre.

III

El Intelectual Pertenece a su Tiempo

Y después pensad que si todas las épocas son semejantes para Dios, si su eternidad es un centro irradiante en el cual todos los puntos de la circunferencia del tiempo llegan a una distancia igual, no pasa lo mismo con los tiempos y con nosotros que habitamos en esa circunferencia. Estamos aquí, dentro del globo y no en otra parte. Y si estamos nosotros aquí, es porque Dios nos ha colocado aquí. Todo momento del transcurso terrenal nos concierne y todo siglo es nuestro prójimo, así como lo es todo hombre; pero esta palabra prójimo, es una palabra relativa que la sabiduría providencial precisa para cada uno y que cada cual en su sabiduría sumisa debe determinar de igual modo.

Heme aquí, hombre del siglo XX, contemporáneo de un drama permanente, testigo de conmociones como quizás no haya visto jamás el globo, desde

que surgieron los montes y los mares fueron apartados a sus abismos. ¿Qué obligación se nos crea ante este siglo jadeante? Más que nunca el pensamiento espera a los hombres y los hombres el pensamiento. El mundo se encuentra en grave peligro careciendo de máximas de vida. Nos encontramos dentro de un tren lanzado a toda velocidad, sin señales visibles, sin guardaagujas. El planeta no sabe adonde va, su ley lo abandona: ¿quién lo restituirá a su sol?

Lo dicho no tiene por objeto limitar el campo de la investigación intelectual y retener a ésta en el estudio exclusivamente religioso. Lo veremos claramente. Ya he dicho que toda verdad es práctica, que toda verdad es salvadora. Mas indico un espíritu y, ese espíritu, desde el punto de vista de la oportunidad así como en general, excluye el "dilettantismo".

Excluye también una cierta tendencia arqueológica, un amor a lo pasado, que olvida los dolores actuales, una estima de lo pretérito, que parece ignorar la presencia universal de Dios. Todos los tiempos no son iguales, mas todos son tiempos cristianos, y hay uno que para nosotros y prácticamente los aventaja a todos: el nuestro. En relación a él están nuestros recursos innatos, nuestras gracias actuales y futuras, y por lo tanto también los esfuerzos que deben responderle.

No nos parezcamos a los que tienen siempre el aire de llevar los cordones en los funerales de lo pasado. Utilicemos, viviendo, el valor de los muertos. La verdad es siempre nueva. Así como la hierba de

la mañana a la que cubre un delicado rocío, todas las virtudes antiguas aspiran a reverdecer. Dios no envejece. Hay que ayudar a ese Dios a renovar no los pasados sepultados y las crónicas extinguidas, sino la faz eterna de la tierra.

Tal es el espíritu del intelectual católico. Tal su vocación. Cuanto más pronto precise esa base general mediante el descubrimiento del género de estudio al cual debe consagrarse, tanto mejor será.

Veamos ahora qué virtudes le pide Dios.

CAPITULO II

Las Virtudes de un Intelectual Cristiano

I

Las Virtudes Comunes

Podríamos afirmar lo siguiente: la virtud contiene la intelectualidad en potencia, pues, conduciéndonos a nuestro fin, que es intelectual, la virtud es equivalente con el supremo saber.

Muchas cosas pueden deducirse de aquí; sería posible también deducirlo todo, pues a esta primacía del orden moral, se vincula la dependencia relativa de lo verdadero, de lo bello, de la armonía, de la unidad, del ser mismo respecto a la moral que está de esta manera relacionada al primer principio.

Pero prefiero seguir una ruta más modesta.

Las cualidades del carácter tienen en todas las cosas una misión preponderante. El intelecto no es más que un instrumento; el uso que se haga del mismo determinará sus efectos. ¿No es evidente que para regir bien la inteligencia se requieren cualidades muy distintas de la misma inteligencia? Instintivamente, todo espíritu recto reconoce que la superioridad en un dominio cualquiera incluye una dosis de superioridad espiritual. Para juzgar exactamente, hay que ser grande.

¿No hay algo de chocante en un gran descubrimiento hecho por un pillo? El candor de un hombre simple sería con ello puesto a prueba. Es motivo de escándalo una disociación que ofenda la armonía humana. Nadie cree en esos joyeros que venden perlas y no las llevan consigo. Familiarizarse con la fuente sublime sin pedirle algo de su naturaleza moral, parece una paradoja. Gozar del poder de la inteligencia y hacer de él una fuerza aislada, una "giba", puede ser un juego peligroso, pues toda fuerza aislada, dentro de un todo equilibrado, se vuelve víctima de éste.

Si el carácter llega a zozobrar, se puede presumir que el sentido de las grandes verdades sufrirá con ello. Al no estar ya fiscalizado el espíritu, al no hallar más su nivel, se deslizará en las malas pendientes, y es sabido que *un pequeño error al principio se vuelve grande al final*. La fuerza lógica puede precipitar más abajo a aquel cuya alma haya dejado sin salvaguardia el discernimiento. De allí tantas caídas resonantes y tantos errores, a veces geniales, en maestros desorientados.

La vida es una unidad: sería extraordinario que uno pudiese realizar plenamente una función de ella descuidando otra y que vivir las ideas no nos ayudase a percibirlas.

¿De dónde le viene esa unidad a la vida? Del amor. "Dime lo que amas y te diré lo que eres". El amor es en nosotros el principio de todo, y ese punto de partida común del conocimiento y de la práctica, no

puede dejar de hacer solidarios, en cierta medida, los rectos caminos del uno y de la otra.

La verdad se llega a los que la aman, a quienes se someten a ella; y este amor no existe sin virtud. De tal modo que, a pesar de sus defectos posibles, el genio que trabaja ya es virtuoso; bastaría para su santidad que fuese más plenamente él mismo.

Lo verdadero se radica en la misma tierra que el bien; sus raíces se entrelazan. Separados de esta raíz común, y por ello menos vinculados a su tierra, lo uno y lo otro padece, el alma se debilita o el espíritu se enerva. Por el contrario, con el fortalecimiento de lo verdadero se esclarece la conciencia; fomentando el bien, se despejan las rutas del saber.

Practicando la verdad que se conoce, se merece la que se ignora. Se la merece a la mirada de Dios; se la merece también con un mérito que se corona a sí mismo, pues todas las verdades están vinculadas, y el homenaje del hecho, siendo entre todos el más decisivo, cuando lo rendimos en honor de la verdad de la vida, nos aproxima hacia las claridades soberanas y hacia sus dependencias. Es suficiente embarcarse en el afluente para llegar al gran río y de allí al mar.

Veamos más de cerca esta doctrina tan importante, de tal modo importante que sólo para recordarla hubiese sido oportuno escribir estas consideraciones.

¿No es acaso la virtud la salud del alma? ¿Y quién dirá que la salud no tiene nada que ver con la visión? Preguntádselo al oculista. El profesional inteligente no se concreta a medir la curvatura del cristalino y a recetar lentes, no sólo recomienda colirios

o baños locales; se preocupa por vuestra salud general, por vuestra dentición, por vuestro régimen de vida y por vuestras vísceras. No os extrañéis si él, simple médico de un sólo órgano, llega hasta preguntaros lo relacionado a vuestras costumbres y virtud.

La visión espiritual no es menos exigente.

¿Será posible creer que pensamos con la inteligencia sola? ¿No seremos más que un haz de poderes de donde se toma para esto o para aquello el instrumento deseado? Pensamos "con toda nuestra alma", decía Platón. En su momento, iremos mucho más lejos, diremos: con todo nuestro ser. El conocimiento todo lo interesa en nosotros, desde la idea vital hasta la composición química de la menor de las células. Los desórdenes mentales de toda naturaleza, los estados delirantes, las alucinaciones, las astenias e hiperestesias, las inadaptaciones a lo real, cualquiera sea su especie, prueban perfectamente que no es el espíritu solo el que piensa, sino el hombre.

¿Será posible entonces pensar bien con un alma enferma, con un corazón trabajado por los vicios, tironeado por las pasiones, desorientado por amores violentos o culpables? Hay un estado clarividente y un estado ciego del alma, decía Gratry, un estado sano y, por lo tanto sensato, y un estado de insensatez. "El ejercicio de la virtudes morales — dice a su vez Santo Tomás de Aquino — por las cuales son dominadas las pasiones, importa sobremanera para la adquisición de la ciencia" (1).

(1) VII Physic., lib. 6.

¡Ya lo creo! Analizad. ¿De qué depende ante todo el esfuerzo de la ciencia? De la atención, que fija el campo de la investigación, nos concentra en él y allí apoya todas nuestras fuerzas; después, del juicio, que recoge los frutos de esa investigación. Ahora bien, las pasiones y los vicios debilitan la atención, la disipan, la desvían y, mediante rodeos cuyas sinuosidades escrutaron Aristóteles y muchos otros después de él, deforman el juicio.

Todos los psicólogos modernos están sobre esto de acuerdo; la evidencia no permite ninguna duda. La "psicología de los sentimientos" rige la práctica pero también en buena parte el pensamiento. La ciencia depende de nuestras orientaciones pasionales y morales. Apaciguarnos es hallar en nosotros el sentido de lo universal; rectificarnos es hallar el sentido de lo verdadero.

Veamos ahora algo más. ¿Cuáles son los enemigos del saber? Evidentemente la carencia de inteligencia; por tanto, lo que queda dicho de los vicios, de las virtudes y de su misión en la ciencia, resulta aquí también aplicable. Pero además de la estulticia, ¿qué otros enemigos son de temer? ¿No pensáis en la pereza, por la que quedan sepultados los dones más preciados? ¿Y en la sensualidad, que debilita y entorpece los cuerpos, oscurece la imaginación, embrutece la inteligencia, disipa la memoria? ¿Y en el orgullo, que aparentando deslumbrar entenebrece, que nos empuja en nuestro sentido de tal manera que al propio sentido universal quedamos ajenos? ¿Y en la envidia, que niega con obstinación la

claridad evidente? ¿Y en la irritación, que rechaza toda crítica y se obstina en el propio error?

Por sobre esos obstáculos, un hombre de estudio se elevará más o menos según sus recursos y su ambiente; pero alcanzará el nivel de su propio genio, de su propio destino.

Todos los defectos mencionados, por otra parte, se solidarizan más o menos entre sí; se entrelazan, se ramifican y todos representan respecto al amor del bien o a su desprecio lo que a la fuente los hilos de agua entrecruzados. La pureza del pensamiento exige la pureza del alma: he aquí una verdad de orden general a la que nada empañará. Imprégnese de ella el neófito de la ciencia.

Subamos más alto, y ya que hablamos de fuentes, no olvidemos la primera. La metafísica más segura nos enseña que por sus cumbres, la verdad y el bien, no sólo están unidos sino que son idénticos.

Debe reconocerse, para ser más exactos, que el bien de que se trata no es propiamente hablando el bien moral; en realidad se trata de lo que es deseable; sin embargo un simple atajo nos lleva del uno al otro.

El bien moral no es otra cosa que lo deseable medido por la razón y propuesto a la voluntad como una finalidad. Los fines se entreayudan. Todos en definitiva dependen de un último fin. Este se une a lo verdadero y se identifica con él. Vinculad estas proposiciones, y encontraréis que el bien moral si no es idéntico a lo verdadero pura y simplemente, de él depende a través de los fines del querer. Existe por tan-

to un vínculo débil o estrecho en mayor o menor grado, pero infrangible.

No aceptamos la verdad por lo que hay en nosotros de individual, sino en virtud de una participación en lo universal. No podemos honrar como verdadero lo universal, que es a la vez verdad y bien, ni unirnos íntimamente a ello, ni descubrir sus huellas, ni experimentar su poderoso dominio, sin reconocerlo y servirlo igualmente como bien.

Ascended a la Gran Pirámide por sus rampas gigantescas que representan exactamente la ascensión a lo verdadero. Suponiendo que la marcha se inicia por el costado norte, ¿se podrá llegar a la cúspide sin acercarse al borde sur? Mantenerse siempre a distancia de éste es permanecer en los niveles bajos; alejarse, es perder el tiempo o descender. Lo mismo el espíritu de lo verdadero tiende por sí mismo a asumir el bien; si hace abstracción de él, es a expensas de la conquista de las cumbres.

"Bienaventurados los corazones puros", ha dicho el Señor, *"porque ellos verán a Dios"*. "Guarda la pureza de conciencia", dice Santo Tomás a su estudiante, "no dejes de imitar la conducta de los santos y de los hombres probos". La obediencia del espíritu a la fuente inefable, sus disposiciones filiales y amantes, lo hacen apto para ser invadido de mayores claridades y para mayores anhelos y rectitudes. Amada y realizada como vida, la verdad se revela como principio; uno ve en proporción a lo que es; participa de la verdad conforme participa del Espíritu según el cual ella existe. Las grandes intuiciones

personales, las luces penetrantes vienen en forma equivalente al perfeccionamiento moral, al desprendimiento del yo y de las puerilidades rutinarias, a la humildad y a la simplicidad, a la disciplina de los sentidos y de la imaginación, al ímpetu hacia los grandes y nobles fines.

No se trata aquí de probar la habilidad propia, ni de hacer brillar las facultades como si se tratara de una joya; lo que uno ha de hacer es comunicarse con el foco de la luz y de la vida, alcanzar ese centro en su unidad, tal cual es, adorarle y renunciar a lo que le es opuesto, para que su gloria nos inunde. ¿No es esto lo que en cierto modo quiere significar la frase: "Los grandes pensamientos vienen del corazón"?

II

La Virtud propia del Intelectual

Queda comprobado, pues, que la virtud en general es necesaria a la ciencia y, que cuanto más rectitud moral se lleve al estudio, tanto más fecundo será éste. Existe, con todo, una virtud propia del inteletual y, sobre ella conviene insistir, si bien no dejará de estar siempre presente en todo el curso de estas páginas.

La virtud propia del hombre de estudio es evidentemente la estudiosidad. Nadie se apresure a hallar esto demasiado simple, pues nuestros maestros en la doctrina no han estado todos de acuerdo sobre este asunto.

Santo Tomás colocaba el espíritu de estudio bajo la temperancia moderadora, queriendo indicar que, por sí, el saber es sin duda siempre el bienvenido, pero que la constitución de la vida nos exige siempre *atemperar*, o sea adaptar a las circunstancias y vincular a los otros deberes un apetito de conocer que fácilmente se desorbita.

Cuando hablo de exceso, lo entiendo en los dos sentidos. En el campo de la estudiosidad dos vicios se oponen: la *negligencia* por una parte, la *vana curiosidad* por otra. Omitamos aquí la primera: si ella no se ha convertido en odiosa al lector en el momento de cerrar este pequeño libro, será a causa de que se ha cansado antes de darle fin o porque no habremos sido todo lo convincentes que era de desear. Pero no digo otro tanto de la *curiosidad*. Esta puede aprovechar nuestros mejores instintos y a la vez viciarlos desde el momento mismo en que pretenda satisfacerlos.

Hemos citado antes las miras ambiciosas que desorientan una auténtica vocación intelectual. Sin llegar hasta eso, la ambición puede alterar la estudiosidad y sus efectos útiles. Un acto de ambición a propósito de la ciencia, deja de ser acto de ciencia, y quien lo realiza, ya no merece el nombre de intelectual.

Todo otro fin interesado conduce al mismo veredicto.

Por otra parte, el estudio, aun desinteresado y recto en sí mismo, no es siempre oportuno; si es completamente inoportuno, el sujeto de la ciencia ol-

vida su papel de hombre, ¿y qué representa un intelectual que no es verdadero hombre?

Hay otros deberes, fuera del estudio, que son imperativos deberes humanos. El conocimiento, tomado en sentido absoluto, es, sin duda, nuestro bien supremo; pero el beneficio que de él se saca puede a veces sacrificarse legítimamente ante otros valores que serán sus equivalentes bajo los auspicios del mérito.

Un párroco de campaña que se desvela por el bien de sus feligreses, un médico práctico que descuida la ciencia para prestar socorros impostergables, un hijo de familia que se dedica a un oficio para ayudar a los suyos y renuncia así a una cultura amplia, no profanan en modo alguno su genio interior; ellos rinden tributo a esa Verdad que comparte con el Bien la vida de un mismo y solo Ser. Si ellos obraran en otra forma ofenderían por igual a la verdad y a la virtud, desde que, por un subterfugio, resultarían oponiendo la Verdad viviente a sí misma.

Y con todo, se encuentran muchos curiosos de la ciencia que no temen el sacrificarle sus más estrictos deberes. Esos, por lo general, no son sabios; son *dilettantes*. O bien se desentienden del estudio que exigen sus obligaciones y se dan al que satisface sus simples deseos, y la consecuencia es la misma.

Los que se sobreestiman desconociendo sus fuerzas y exponiéndose de tal modo al error, los que malgastan sus facultades reales, pretendiendo adquirir otras ilusorias, no son otra cosa que *curiosos*, en el sentido antiguo del término. Dos de los diez y

seis consejos de Santo Tomás acerca del estudio, se refieren a ellos: *"Altiora te ne quaesieris"*, no busques, sobrepasando tus dones. *"Volo ut per rivulos, nom statim, in mare eligas introire"*. Deseo que decidas entrar al mar por sus arroyos, no directamente. Preciosos consejos que aprovechan tanto a la ciencia como a la virtud, equilibrando al hombre.

No hay que cargar los cimientos con exceso; no se puede tampoco elevar la construcción más allá de lo que permite la base, o antes de que esa base esté consolidada. De otro modo, la construcción se derrumbaría.

¿Quién sois? ¿Dónde os encontráis? ¿Qué formación intelectual es ya vuestro patrimonio? He aquí lo que determinará vuestras atinadas aspiraciones. "Queréis ver grande, plantad pequeño", dicen los arboricultores, y ese es, con otras palabras, el consejo tomista. El sabio comienza por el principio, y no da un nuevo paso sin antes haber asegurado el anterior. Por este motivo, y no otro, los autodidactas tienen tantas lagunas en su formación. No es posible apoyarse sólo en uno mismo desde el comienzo. Cuando os unís a un grupo en marcha de camino, este medio os ofrece etapas ya terminadas y no os muestra el camino recorrido.

Por otra parte, lo que es verdadero respecto a cada uno, considerando las etapas de su desenvolvimiento, es también verdadero respecto a cada uno en relación a los demás. No hay que sobreestimarse, pero sí juzgarse. Aceptarnos tal como somos, es la sabiduría verdadera, y es obedecer a Dios y pre-

pararnos nuevas y seguras victorias. ¿La naturaleza va más allá de lo que puede? En ella, todo está exactamente medido, sin esfuerzos vanos y sin estimaciones engañosas. Cada ser obra según su cantidad y calidad, su naturaleza y su fuerza; después se mantiene en paz. Sólo el hombre vive de pretensiones o tristezas.

¡Qué ciencia y qué virtud la de juzgarse bien y seguir siendo uno mismo! Una misión os pertenece y sólo vos podéis cumplirla. Conviene cumplirla perfectamente, en vez de tratar de violentar la fortuna. Los destinos no son intercambiables. Tanto elevándose como rebajándose, uno se pierde. Seguid adelante, conforme a vuestra vocación, y teniendo a Dios por guía.

Santo Tomás agrega a estas necesarias recomendaciones prudentes la de no distraer la curiosidad con los objetos de aquí abajo a expensas del objeto supremo. Por nuestra parte, de aquí mismo sacaremos más adelante, una consecuencia importante, respecto a la organización del trabajo. (1) Cuidemos de que siempre el estudio deje un lugar libre para el culto, para la oración, para la meditación directa de las cosas de Dios. El estudio mismo es un oficio divino, pero a modo de reflejo, desde que busca y honra las "señales" de la creación o sus "imágenes", según escrute la naturaleza o la humanidad; pero ese estudio debe ceder ante la frecuentación directa, y si no lo hace, sin considerar el gran deber que resulta así desco-

---

(1) Ver más adelante **El campo del trabajo**; La ciencia comparada.

nocido, la imagen de Dios en lo creado queda oculta y las mismas señales sólo sirven para alejar de Aquel de quien dan testimonio.

Estudiar de tal modo que queden olvidados la oración, el recogimiento, la lectura de la palabra sagrada, o la de los santos, o la de las grandes almas, en forma tal que uno se olvide de sí y, enteramente concentrado en los objetos del estudio, descuide al Huésped interior, es un abuso y un juego engañoso. Suponer que así uno progresará o producirá más, es como creer que el arroyo correrá mejor si le secan la fuente.

El orden del espíritu debe corresponder al orden de las cosas. Dentro de lo real todo sube hacia lo divino, todo depende de ello, porque todo procede de allí. En la efigie de lo real existente en nosotros, las mismas dependencias se muestran y tienden a imponerse a menos que nosotros no hayamos antes confundido las relaciones y dependencias de lo verdadero.

III

El Espíritu de Oración

Todo quedará asegurado, si, independientemente de la piedad previa al estudio, se cultiva en el trabajo mismo el espíritu de oración.

El mismo Santo Tomás lo dice al apasionado por la ciencia: "*Orationi vacare nos desinas*: no abandones jamás la oración". Y Van Helmont nos explica este precepto pronunciando estas subli-

mes palabras: "Todo estudio es un estudio de lo eterno".

La ciencia es un conocimiento por las causas, repetimos continuamente. Los detalles nada significan; los hechos tampoco; lo que importa son las dependencias, las mutuas influencias, las vinculaciones, los intercambios que constituyen la vida de la naturaleza. Pero, por sobre todas las dependencias, existe la dependencia primera; en el nudo central de todas las vinculaciones, está el supremo Vínculo; en la cumbre de todas las ramificaciones, está la Fuente; bajo los intercambios, el Don; bajo la sístole y diástole del mundo, el Corazón, el Corazón inefable del Ser. ¿No es indispensable, por tanto, que el espíritu se refiera a todo eso incesantemente, y no pierda ni por un momento el contacto con lo que es el todo de todas las cosas, y en consecuencia también de la ciencia?

La inteligencia no se encuentra plenamente en su papel sino ejercitando una función religiosa, o sea rindiendo un culto a lo supremo verdadero a través de lo verdadero concreto y disperso.

Cada verdad es un fragmento que muestra por todos lados sus uniones; la Verdad en sí misma es una, y la Verdad es Dios.

Cada verdad es un reflejo: detrás del reflejo y dándole valor está la Luz. Cada ser es un testimonio; cada hecho un secreto divino; más allá está el objeto de la revelación, el héroe del testimonio. Todo lo verdadero se destaca en lo Infinito como sobre su fondo de perspectiva; se une a él; le pertenece. Es en vano que una verdad particular ocupe la escena, más

allá están las inmensidades. Podríamos decir: una verdad particular no es más que un símbolo, un símbolo real, un sacramento de lo absoluto; ella figura, existe, mas no por sí misma; por sí sola no se basta; vive de prestado y, abandonada a su inconsistencia, moriría.

Para el espíritu en plena actividad, toda verdad es pues un lugar de cita; el Pensamiento soberano convida allí al nuestro. ¿Faltaremos al sublime encuentro?

La vida de lo real no se halla toda en lo que se ve; en lo que se analiza por la ciencia. Lo real tiene también una vida oculta, como Jesús, y esta vida es también una vida en Dios; es como una vida de Dios; es una revelación de su sabiduría por medio de las leyes, de su potencia por los efectos, de su bondad por las utilidades, de su tendencia a la difusión por los cambios y el crecimiento. Es necesario, por tanto, venerar y amar esta especie de encarnación al contacto mismo de Aquel que se encarna. Aislar ese "cuerpo de Dios" de su Espíritu, es abusar del mismo, como es abusar de Cristo no ver en él otra cosa que el hombre.

La encarnación de Cristo lleva a la comunión, donde no se disocian el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad del Salvador. La casi encarnación de Dios dentro del ser, de la Verdad eterna en cada caso de lo verdadero, debe concluir también en un éxtasis celestial, ocupando el lugar de nuestras distraídas investigaciones y de nuestras admiraciones vulgares.

Decidamos trabajar bajo el amparo de las gran-

des leyes y sobre todo de la Suprema. Ni el conocimiento ni ninguna de las manifestaciones de la vida deben ser aislados de sus raíces dentro del alma y dentro de lo real, allí donde el Dios del corazón y el Dios de los cielos se manifiestan y se unen. La unidad debe reinar entre nuestros actos, comprendiendo el acto de conocer y nuestros pensamientos y realidades primeras. En todo, poseamos nuestra alma, no olvidemos tampoco toda la naturaleza, todo el tiempo y tengamos siempre la Divinidad misma con nosotros.

Para obtener este espíritu de oración en la ciencia, no es necesario por cierto entregarse a algún encantamiento misterioso. Ningún esfuerzo extrínseco es necesario. Sin duda la invocación de Dios y su intervención especial tienen su lugar aquí. Santo Tomás rogaba siempre antes de exponer o de predicar; había compuesto a este efecto una oración admirable (1) ; el novicio de la ciencia, que recién balbucea, busca con ingenuidad en la mirada divina, la palabra que no sabe. Pero en la ciencia misma, en la ciencia cristiana, se encuentra el escabel, que al alzarnos hacia Dios, nos permitirá volver al estudio con un alma doblemente iluminada y como dotada con los dones del profeta. Todo lo que instruye conduce hacia Dios por un camino cubierto. Toda verdad auténtica es, por derecho propio, eterna, y la eternidad que ella encierra orienta hacia aquella de la cual es una revelación. A través de la naturaleza y el alma, ¿hacia dónde podrá irse mejor si no es hacia la fuente común a

(1) Ver Les Prieres de Saint Thomas d'Aquin.

ambas? Si no se llega hasta ella, es con toda seguridad a causa de que se ha errado el camino. De un salto el espíritu inspirado y recto pasa por sobre los intermediarios, y a todo problema que se le presenta, cualesquiera respuestas particulares pudiera dar, está la voz secreta que le dice: ¡Dios!

Por lo demás, es suficiente dejar al espíritu sin constreñirlo por una parte, y su atención despierta por otra, para que, entre el objeto de un estudio particular y el de la contemplación religiosa, se establezca una especie de proceso de ósmosis vital en provecho del uno y del otro. Por medio de un ímpetu rápido y a menudo inconsciente, se pasa del *vestigio* o de la *imagen* a Dios, y desde allí, con un desprendimiento pleno de nuevas fuerzas, se vuelve sobre los rastros del divino Arquitecto. Lo que allí se descubre nuevamente es siempre comentado, magnificado; se ve allí un episodio de un inmenso acontecimiento espiritual; aun ocupándose de un detalle, se siente uno cliente de verdades delante de las cuales las montañas son efímeras; el Ser infinito y la duración infinita os envuelven, y vuestro estudio es verdadera mente "un estudio de la eternidad".

IV

La Disciplina del Cuerpo

Ya quedó dicho que la doctrina del compuesto humano se opone a una disociación de las funciones espirituales y de las funciones corporales, aun de las

más ajenas en apariencia del pensamiento puro. Santo Tomás da plena conformidad a este pensamiento un tanto irónico de Aristóteles: "Tan falso es decir: el alma exclusivamente comprende, como decir: ella construye o ella hila" (1) El nombrado en primer término suscribe estas proposiciones en apariencia materialistas: "Las diversas disposiciones de los hombres respecto a los hábitos del alma se vinculan con las diversas disposiciones de sus cuerpos". (2) "A la buena constitución del cuerpo responde la nobleza del alma". (3)

Esto no tiene nada de sorprendente. La intelección nace en nosotros después de largas preparaciones por las que la máquina del cuerpo toda íntegra se pone en acción. La química celular es la base de todo; las más oscuras sensaciones preparan nuestra experiencia consciente; ésta es el producto del trabajo de los sentidos que elaboran lentamente sus adquisiciones, y las fijan por medio de la memoria. El hecho intelectual se produce en medio de fenómenos fisiológicos, y en continuidad y dependencia con ellos. Nadie piensa, aun cuando no haga más que utilizar una idea adquirida, sin evocar un lote de imágenes, de emociones, de sensaciones que son el caldo de cultivo de la idea.

Cuando queremos despertar en alguien un pensamiento, ¿de qué medio disponemos? Solamente de éste: producir en él por medio de la palabra o de sig-

(1) Q. XIX de Veritate, art. I, arg. 1.
(2) De memoria, lec. I.
(3) In II de Anima, lect. 19.

ros, estados de sensibilidad y de imaginación, de emoción, de memoria, en los cuales él descubrirá nuestra idea y podrá hacerla suya. Los espíritus no se comunican más que por los cuerpos. De igual modo, el espíritu de cada uno no se comunica con la verdad y consigo mismo sino es por el cuerpo. De tal modo que, el cambio por el cual pasamos de la ignorancia a la ciencia debe ser atribuído, según Santo Tomás, directamente al cuerpo y solamente "per accident" a la parte intelectual. (1)

Una tal doctrina, sin cesar recordada por el Santo Doctor, tan esencialmente, tan providencialmente moderna, ¿no debería engendrar esta convicción, a saber, que para pensar, y sobre todo para pensar con ardor y sabiduría durante toda una vida, es indispensable subordinar al pensamiento no solamente el alma y sus facultades diversas, sino también el cuerpo y todo el conjunto de funciones orgánicas? Todo, en un intelectual, debe estar caracterizado por esa calidad dominante. El complejo físico y mental, la substancia hombre debe estar al servicio de esta vida especial que por determinados aspectos parece tan poco humana; sabiduría es conseguir que no sean ellos la causa del fracaso. Alcancemos una armonía de la cual la conquista de lo verdadero será el resultado.

Acerca de esto hay dos cosas que es necesario contemplar con un criterio radical en ambos casos, si bien la primera no es raro que sea vista con prevención por ciertos espirituales de juicio poco firme.

(1) Q. XXVI de Veritate, art. 3, ad 12m.

Ante todo, no dudéis en esforzaros para ser sanos y fuertes.

Han existido genios, es cierto, que han tenido una salud deplorable, y si Dios permite que ese sea vuestro caso no hay nada que hablar. Pero buscarlo, es *tentar a Dios*, y por lo tanto una falta muy grave. ¿Estáis seguro, aspirante a genio, de tener, a semejanza de éste, vigor suficiente como para convertir en triunfo la lucha incesante del alma contra la debilidad de la carne? Nada nos impide creer que los genios mismos vieron disminuídos o desviados por sus taras fisiológicas sus singulares dones. Muchas anomalías intelectuales, observadas hasta en los mejor dotados, se explicarían de esa manera, y asimismo la débil producción de otros.

En igualdad de dones, es muy cierto que la enfermedad es una grave inferioridad. Ella disminuye el rendimiento; perjudica la independencia del alma en el momento de sus delicadas funciones; desvía la atención; puede falsear el juicio por los efectos de imaginación y emotividad que provoca el sufrimiento. Una enfermedad del estómago cambia fácilmente el carácter de un hombre; su carácter cambia sus pensamientos. Si Leopardi no hubiese sido el raquítico que fué, ¿lo contaríamos entre los pesimistas?

Cuando se trata de alcanzar una alta vida, no hay que creer que queda inferiorizado el debate, si existe una preocupación paralela a la del pensamiento, en favor de lo que es su fundamento orgánico. "Alma sana en cuerpo sano", es siempre el ideal. El hombre de pensamiento tiene una fisiología especial;

es necesario, por tanto, que cuide de ella y que no tenga temor de consultar al especializado. [1]

Se impone no descuidar las prescripciones corrientes. Una buena higiene es para vos una virtud casi intelectual. Es pobre, en nuestros contemporáneos, por lo general, la filosofía, si bien es rica la higiene: no despreciéis a ésta, ella también podrá enriquecer vuestra filosofía.

Es deseable, desde todo punto de vista, una vida al aire libre lo más que se pueda. Está reconocido que la atención, ese nervio de la ciencia, se encuentra en correlación estrecha con la respiración, y para la salud general, nadie ignora que la abundancia de oxígeno es una condición primordial. Ventanas abiertas o entreabiertas noche y día, cuando la prudencia lo permita, sesiones frecuentes de respiraciones largas, y sobre todo combinadas con movimientos que las amplifiquen y las hagan normales, paseos antes y después de los trabajos, o también combinándose con ellos, según la tradición griega: son todas éstas prácticas excelentes.

Es también muy importante trabajar en una posición que deje libres los pulmones y no comprima las vísceras. Es bueno hacer paréntesis aunque breves a fin de respirar profundamente, ejercitar el cuerpo con dos o tres movimientos rítmicos que lo distiendan, y le impidan adquirir falsos pliegues, si así pudiera decir. Está comprobado que largas inspiraciones practicadas de pie y con elevación sobre la

(1) Cf. Réveillé Parise: Physiologie et hygiéne des hommes livrés aux travaux de l'esprit, 1881.

punta de los dedos, con las ventanas abiertas, son todavía más eficaces. No son despreciables estos consejos, y su olvido puede significar la congestión de los órganos y su atrofia.

Será necesario hacer todos los días una sesión de ejercicio. Recordad la frase del médico inglés: "Los que no encuentran tiempo para hacer ejercicios tendrán que encontrar el tiempo para estar enfermos". Si no es posible el ejercicio al aire libre, hay excelentes métodos que lo suplen.

Un trabajo manual descansado y que distraiga es también muy útil para el espíritu y el cuerpo. Nuestros padres no lo ignoraban, pero nuestro siglo está convertido en un obcecado que se ríe de la naturaleza; por eso la naturaleza se venga. Es muy perjudicial el abuso de las drogas, a disposición del primero que quiera hacer uso de ellas para "entonarse"; y el error principal de los médicos modernistas consiste, a mi parecer, en que creen ser ellos y sus drogas. los llamados a vencer las enfermedades, y no la naturaleza del enfermo, que es el único lugar en donde reside el principio vital. Reservaos cada año, y secundariamente durante el curso del año, buenas vacaciones. Y por éstas yo no entiendo ausencia de todo trabajo, que paralizaría con exceso facultades de buena gana escurridizas, sino el predominio del reposo, la vida sana y el ejercicio en la naturaleza.

Cuidad vuestra alimentación. Una comida liviana, simple, moderada en cantidad y aderezos os permitirá un trabajo más pronto y más libre. Un pensador no pasa su vida en reposos de digestión.

Al sueño debe dedicársele un especial cuidado. Un término medio es lo conveniente. Demasiadas horas entorpecen, lo vuelven a uno pesado, espesan la sangre y atentan contra la agilidad del pensamiento; escasas horas de sueño os exponen a prolongar y superponer peligrosamente las excitaciones del trabajo. Observad lo que os conviene; en materia de sueño, como de alimentación, encontrad la medida que os sea más conveniente y hacedle objeto de una firme resolución. No existe en esto una ley común a todos.

En fin, comprended que la atención del cuerpo, instrumento del alma, es para el intelectual una virtud y una sabiduría; Santo Tomás lo manifiesta expresamente y coloca esta sabiduría del cuerpo entre los elementos que concurren a la felicidad temporal, garantía de la otra [1]. No os convirtáis en un raquítico, en un fracasado. y tened en cuenta el dicho del filósofo que hace notar que en la criatura limitada, la calidad dominante tiende a excluir las demás, de lo contrario, os veréis convertido seguramente más tarde en un agotado, en un viejo prematuro, y semejante al necio poseedor del talento que le confiara el Maestro.

Pero el cuidado que debemos poner para el buen desarrollo del compuesto corporal, comprende también otros elementos. Ya hablamos sobre las pasiones y los vicios como los formidables enemigos del espíritu. Pensamos entonces en sus efectos psicológicos, en las confusiones que ellos ocasionan al juicio, a la orientación del espíritu, a los que transforman, cuando alcanzan un determinado grado, en po-

(1) Contra Gentes, III, cap. CXLI.

der de las tinieblas. Ahora, se trata de sus efectos corporales, que son causa, a su vez, indirectamente, de enfermedades del alma.

Si se permanece siendo un sibarita, un perezoso, un esclavo de la almohada y de la mesa; si se abusa del vino, del alcohol, del tabaco; si existe aturdimiento con excitaciones malsanas, con hábitos a la vez debilitantes y enervantes, por medio de pecados tal vez perdonados periódicamente pero cuyos efectos no se borran, ¿cómo practicar la higiene, cuyos beneficios acabamos de mostrar?

Un amigo del placer es un enemigo de su cuerpo y se convierte pronto y fácilmente en un enemigo de su alma. La mortificación de los sentidos es requerida por el pensamiento y puede ella sola conducirnos a *ese estado clarividente* de que hablaba Gratry. Si obedecéis a la carne, os encamináis a ser carne, en tanto que se trata de llegar a ser espíritu. ¿Por qué es llamado Santo Tomás el Doctor Angélico? ¿Será solamente por su genio alado? No; es porque todo en él se subordinaba a su pensamiento genial y santo, porque su carne, salida de las orillas tirrenas, se había revestido con las blancuras del Carmelo y del Hermón; porque casto, sobrio, pronto a todo ímpetu y alejado de todo exceso, era todo un hombre, todo un alma, " una inteligencia servida por órganos", según la célebre definición.

La disciplina del cuerpo y su mortificación, conjuntamente con los cuidados necesarios, de los que, por lo demás, constituyen lo principal, tal es, trabajadores cristianos, y vosotros jóvenes, una de las más preciosas salvaguardias de vuestro porvenir.

CAPITULO III

La Organización de la Vida

I

Simplificar

Para que todo en nosotros se oriente en el sentido del trabajo, no basta la organización interna, ni haber fijado la vocación y la administración de las fuerzas: es necesario aún ubicar la propia vida respecto a su medio, a sus obligaciones, relaciones y decoro.

Una palabra se os presenta ante todo. Simplificad. Quien tenga un viaje difícil que hacer hará mal si carga mucho su equipaje. Podrá ser que no seáis el amo propiamente dicho y entonces ¿para qué servirá, podréis pensar, aligerar? Error. Dentro de una misma situación exterior, un espíritu de simplificación puede mucho, y lo que no se excluye de lo externo, siempre es posible excluirlo del alma.

"No uncirás juntos el asno y el buey", dice la Sagrada Escritura. El trabajo pacífico y sabio no debe ser asociado a los tironeos caprichosos y desasosegados de una vida del todo exterior. Un cierto ascetismo es también en este aspecto, el deber del pen-

sador. Religiosa o laica, científica, artística, literaria, la contemplación no se acomoda con los cuidados demasiado onerosos y las complicaciones. "Los grandes hombres tienen lechos pequeños", observa H. Lavedan. Es necesario que pague el genio su tasa de lujo. El diez por ciento de ese privilegio no lo arruinará; y tampoco es él quien lo pagará, serán en todo caso nuestros defectos, podrá ser que nuestras tentaciones, y el beneficio será por eso mismo doble.

Para dar hospitalidad a la ciencia no es necesario poseer muebles raros ni muchos criados. Mucha paz, un poco de belleza, ciertas comodidades adecuadas a la época, tal es el máximo de lo necesario.

Mesurad la vida. Recepciones, salidas que obligan a otras nuevas, relaciones sociales, todo el ritual complicado de una vida artificial que tantos mundanos maldicen en su interior, no es todo eso negocio del trabajador. La vida mundana es fatal para la ciencia. La idea y la ostentación, la idea y la disipasión son enemigos mortales. Cuando se piensa en el genio, nadie se lo imagina en banquetes.

Nos os dejéis atrapar por ese engranaje que acapara poco a poco todo el tiempo, las preocupaciones, las disponibilidades, las fuerzas. Los prejuicios no sean jamás vuestros dictadores. Sea cada uno su propio guía, obedeciendo a sus convicciones, no a simples ritos, y las convicciones de un intelectual deben referirse siempre a su propósito.

Una vocación es una concentración. El intelectual es un consagrado: no ha de disiparse en futilidades exigentes. Arroje todos sus dones en el fuego de la

inspiración, como Bernard Palissy sacrificaba todos sus muebles. El trabajo y sus condiciones, he aquí todo. El desgaste y los cuidados diseminados en nimiedades estarían mucho mejor utilizados tratando de formar una biblioteca, proporcionando un viaje instructivo, vacaciones reconfortantes, audiciones musicales que dan sosiego y refrescan la inspiración, etc.

Todo lo que favorece vuestra obra es siempre oportuno; habéis de excluir lo que la obstaculiza y os enreda, pues de otro modo, además de los inconvenientes inmediatos, os sentiríais incitados a la búsqueda del provecho y desorientaríais vuestro esfuerzo. El sacerdote tiene el derecho de vivir del altar, pero no reza la misa para obtener un estipendio, como tampoco se ha de pensar y producir para ganar dinero.

Si sois de aquellos que tienen necesidad de ganar el pan de cada día por medio de un trabajo que no es el de vuestro ideal, ¿cómo, entonces, si vuestra vida se complica, preservaréis las pocas horas de que hemos hecho antes mención? Es el caso de reducir lo más que se pueda la materia a fin de aligerar, de libertar el espíritu.

A este respecto la mujer de un intelectual tiene una misión que tal vez sea oportuno señalar: ¡cuán a menudo la olvida y, en vez de ser la Beatriz, sólo sabe ser la cotorra parlanchina y disipadora!

Toda mujer debe abrazar la carrera de su marido; el centro de gravedad de la familia es siempre la labor del padre. Está allí la vida productiva y por

tanto también lo esencial del deber. Y esto es tanto más verdadero cuanto la carrera emprendida sea más noble y laboriosa. La vida en común tiene aquí por centro una cumbre; la esposa debe instalarse allí, en lugar de tratar de que se desvíe de esa cumbre el pensamiento viril. Atraerlo hacia lo pueril desligado de sus aspiraciones, es hastiar al esposo de esas dos vidas que se contradicen mutuamente. Piense en esto la hija de Eva y no dé razón más de lo debido al "Divisus est" de San Pablo. Si el hombre casado es "dividido" en cierto sentido, sea también duplicado. Dios le ha dado una *ayuda semejante a él;* no se convierta ella en *otra.*

Los sacudimientos ocasionados por la incomprensión del alma hermana son fatales para la producción; dan ocasión a que el espíritu viva en una zozobra que lo malogra; ningún don y ningún gozo quedan perteneciéndole y ¿cómo podrá volar el pájaro sin alas, y el pájaro y el alma sin cantos?

Necesario es por tanto que la reina y guardiana del hogar no sea su genio maligno, y sí su musa. Habiéndose casado con una vocación, adquiera ella esa vocación. Realizarla por sí misma o por su marido, poco importa. No obstante, ella debe obrar ya que no es sino una sola carne con el que obra. Sin tener necesidad de ser una intelectual, y todavía menos una literata o marisabidilla, ella puede producir mucho ayudando a su marido a producir, obligándolo a examinarse, a dar el máximo, confortándolo en las horas inevitables del decaimiento y las pruebas, apoyándolo en sus debilidades, consolándolo en sus sin-

sabores, sin acentuárselos con demasiada insistencia, calmando sus amarguras, convirtiéndose en su dulce recompensa después de la labor.

Al terminar el trabajo, el hombre es como un herido; tiene necesidad de cuidados y calma; es necesario no violentarlo; que descanse y se reponga; que se muestre interés por lo que hace; que vea calor y alianza en los momentos en que está como disminuído por un esfuerzo quizás excesivo, en una palabra, que se lo mime con cariño de madre, y ese fuerte, que es todo debilidad, sentirá renacer su vigor y orientarse hacia nuevos tormentos.

En cuanto a los niños, esta dulce complicación debe servir para redoblar y renovar el coraje más que para quitarle sus recursos. Ellos os toman mucho, pequeñuelos como son, y representan para vos algo más que esos enojos que de vez en cuando ocasionan. El cariño que entregan es igual sino mayor al que se les otorga. Ellos pueden elevar vuestra inspiración mezclándole alegría; os reflejan amorosamente la naturaleza y el hombre, y os defienden de esa manera contra lo abstracto; os vuelven hacia lo real de lo cual sus ojos interrogantes esperan de vos el exacto comentario. Sus frentes puras predican la integridad, esta hermana del saber, y la facilidad que poseen para creer, para confiar, para soñar y esperar todo de la paternidad que los guía, ¿no es también para vos, pensador, un motivo de elevación, de esperanza? En esta imagen del porvenir podéis ver una imagen de Dios y un signo de nuestros destinos inmortales.

. . . .

Los que han renunciado a la familia a fin de darse íntegros a su obra y a Aquel que la inspira, tienen el derecho de felicitarse, apreciando las libertades que les son otorgadas como prenda de ese sacrificio. Estos pensarán de sus hermanos cargados de cuidados, repitiéndose las palabras sonrientes de Lacordaire a propósito de Ozanam: "Hay un lazo que él no supo evitar: el matrimonio". Pero el trabajador que está atado con esos vínculos puede y debe hacer de los mismos una fuerza, un motivo de ímpetu y una de las formas de su ideal.

II

Valor del Retiro

En la organización de una vida consagrada, el punto esencial que salvaguardar y al cual todo lo demás se subordina, es el ordenamiento exterior e interior de la soledad. Santo Tomás está en tal forma penetrado de su importancia que de los diez y seis consejos a que aludimos, dedica siete a las relaciones y al recogimiento: *"Deseo que seas tardo para hablar y lento para concurrir al locutorio". "No te preocupes en modo alguno de hechos ajenos". "Sé amable con todo el mundo"*, pero, *"no tengas familiaridad con nadie, pues demasiada familiaridad engendra menosprecio y da materia a muchas distracciones". "No te mezcles en modo alguno en conversaciones y hechos del siglo". "Evita por sobre todo empresas inútiles". "Ten afición a tu celda si quieres ser introducido en la bodega del vino".*

La bodega del vino de la cual se habla, aludiendo al Cantar de los Cantares, y al comentario de San Bernardo, es el rincón secreto de la verdad, del cual su perfume atrae desde lejos a la Esposa, o sea al alma enamorada; es la guarida de la inspiración, el foco del entusiasmo, del genio, de la invención, de la investigación afanosa, es el teatro de las libaciones del espíritu y de su santa ebriedad.

Para entrar en esta cámara, es necesario despojarse de toda puerilidad, es necesario practicar el retiro, del cual la celda monástica es el símbolo. "En las celdas, como a lo largo de los extensos claustros, — escribe Paul Adam (*Dieu*, pág. 67) —, el silencio parece un personaje venerable, revestido con la blancura de los muros, y vigilante". ¿Qué vigilará él sino la oración y el trabajo?

Sed, pues, lentos para hablar y tardos para ir al lugar donde se habla, porque las muchas palabras hacen que se *evada* el espíritu *como agua;* pagad con vuestra gentileza para con todos el derecho de no frecuentar verdaderamente sino a muy pocos cuyo trato es provechoso; aun con éstos evitad el exceso de familiaridad que disminuye y desorienta; no corráis tras las novedades que ocupan en vano el espíritu; no os mezcléis en acciones y palabras seculares, vale decir, sin un significado moral o intelectual; evitad tareas inútiles que consumen las horas y favorecen el vagabundeo de los pensamientos. Tales son las condiciones del recogimiento sagrado. Solamente así se participa de la confianza real que hace la felicidad de la Esposa; solamente por medio de esta conducta uno

permanece firme y con dignidad en presencia de la verdad.

El retiro es el laboratorio del espíritu; la soledad interior y el silencio son sus dos alas. Todas las grandes obras han sido preparadas en el desierto, sin excluir la redención del mundo. Los precursores, los continuadores, el Maestro, han experimentado una misma ley, o deben experimentarla. Profetas, apóstoles, predicadores, mártires, titanes de la ciencia, inspirados en todas las artes, simples hombres u Hombre-Dios, todos pagan tributo al aislamiento, a la vida silenciosa, a la noche.

En la noche sideral y en su vacío solemne el universo se vió hecho por el Creador. Quien quiera gustar los goces creadores no debe apresurarse a pronunciar el *Fiat lux,* ni tampoco a pasar revista a todos los animales del mundo; en las sombras propicias tendrá que tomar sus descansos, como Dios, al disponer la materia de los astros.

Los cantos más bellos de la naturaleza se oyen en la noche. El ruiseñor, el pequeño sapo con voz de cristal, el grillo, cantan en la oscuridad. El gallo proclama el día sin esperarlo. Todos los precursores, todos los poetas, y también los investigadores y pescadores de verdades aisladas, tienen necesidad de sumergirse en ese gran vacío que es asimismo una plenitud.

Ningún gran hombre ha pretendido violentar esa ley. Lacordaire decía que se había construído en su cámara, entre su alma y Dios, "un horizonte más vasto que el mundo" y había alcanzado las "alas del re-

poso". Emerson se proclamaba "un salvaje". Descartes se encerraba en su "torre". Platón declaraba que consumía "más aceite en su lámpara que vino en su copa". Bossuet acostumbraba levantarse de noche para encontrar el genio del silencio y la inspiración; no hallaba los grandes pensamientos sino lejos de los ruidos y de los cuidados inútiles. Y todo poeta, ¿no tiene la impresión de que no hace más que traducir en sus versos, las misteriosas revelaciones del silencio, al que oye, según la fórmula de D'Annunzio, como "himno sin voz"?

Lo que vale debe levantar una barrera que lo separe de lo que no vale. La vida intrascendente y los *ludibria* que denunciaba San Agustín, los juegos y las querellas de niños que un beso calma, deben cesar con el beso de la musa, bajo la caricia embriagadora y calmante de la verdad.

"¿A qué has venido?, se preguntaba un día San Bernardo a propósito del claustro. "*¿Ad quid venisti?*" Y tú pensador, ¿por qué has venido a esta vida diferente de la común, a esta vida de consagración, de concentración, y por consiguiente de soledad? ¿No ha sido acaso por tu elección? ¿No has preferido la verdad a la mentira cotidiana de una vida disipada, o a las preocupaciones elevadas, aunque secundarias, de la acción? Por tanto, ¿serás infiel a tu culto, dejándote aprisionar de nuevo por aquello que abandonaste libremente?

Para que el espíritu nos conduzca hacia las soledades interiores, como a Jesús al desierto, es necesario que nosotros le proporcionemos las nuestras.

Sin retiro no hay inspiración. Pero, alrededor de la lámpara brillante, como en cielo iluminado, todos los astros del pensamiento acuden.

Cuando la calma del silencio os envuelve y el fuego sagrado chisporrotea solo, lejos del bullicio de los caminos, y establece el orden en los pensamientos, en los sentimientos, en la investigación, estáis en la mejor disposición para aprender, para acumular, para crear; estáis listos para la obra: no es ese el momento de recoger miserias, de ir viviendo mientras el tiempo corre, ni de vender el cielo por baratijas. El retiro os permite el contacto con vos mismo, contacto tan necesario para quien pretende realizarse, y para vos si no queréis ser el loro repetidor de algunas fórmulas aprendidas, sino el profeta del Dios interior que habla a cada uno con un lenguaje único.

Volveremos a insistir largamente sobre esta idea de una instrucción especial para cada uno, de una formación que es una educación, vale decir, un despliegue de nuestra alma, alma singular y que no ha tenido ni tendrá identidad con ninguna otra en el transcurso de los siglos, pues Dios no hace repeticiones. Pero es necesario saber que uno no sale de este modo de sí mismo sino viviendo consigo, de muy cerca, en la soledad.

El autor de la *Imitación,* dice: "Nunca he estado entre los hombres sin que me haya vuelto menos hombre". Llevad más lejos la idea y decid: sin que me haya vuelto menos el hombre que soy, menos yo mismo. En la muchedumbre, uno se pierde, a me-

nos de tenerse firmemente, y por tanto es necesario crear antes un sostén. En la muchedumbre, uno se ignora en ese yo extraño que es una multitud.

"¿Cómo te llamas tú? — Legión": tal sería la respuesta del espíritu disperso y disipado en la vida exterior.

Los higienistas recomiendan para el cuerpo el baño de agua, el baño de aire y el baño digestivo con agua pura; yo agregaría a éstos, para el alma, el baño de silencio, a fin de tonificar el organismo espiritual, de acentuar su personalidad y de darle la noción activa de esta personalidad, así como el atleta siente sus músculos y les prepara su juego con los movimientos internos que son su vida misma.

"La soledad es la patria de los fuertes; el silencio su oración", dijo Ravignan. En efecto, ¡qué oración a la Verdad y qué fuerza de cooperación en el recogimiento prolongado, frecuentemente proseguido, en horas determinadas, las cuales son esperadas como una amable cita que se llega a convertir en vida ininterrumpida y estrechamente mancomunada! No es posible, dice Santo Tomás, estar siempre en contemplación; pero el que vive sólo para la contemplación y todo lo orienta hacia ella y vuelve a ella en cuanto le es posible, ha de darle cierta continuidad en cuanto es dable aquí en la tierra (1)

El gozo se mezclará también, pues "la celda bien guardada se vuelve dulce", *Cella continuata dulcescit*. Y el gozo de la contemplación es una parte de su eficacia. El gozo, explica el mismo Santo Tomás,

(1) Suma Teológica Iª IIª, q. III, art. 2, ad 4m.

apoya al alma sobre su objeto, como instrumento unitivo; él refuerza la atención y despliega los poderes adquisitivos, que la tristeza o el tedio comprimirían. Cuando la verdad os seduce y las suavidades de su ala se deslizan bajo vuestra alma para alentarla con su armonioso ímpetu, es ese el momento de elevaros con ella y de planear, en tanto que os sostiene, en las regiones altas.

No os convertiréis por esto en el aislado que antes condenamos; no estaréis lejos de vuestros hermanos por haber abandonado el bullicio que hacen, el cual os separa de ellos espiritualmente y por lo tanto impide la verdadera fraternidad.

El prójimo, para vos, intelectual, es el ser que tiene necesidad de verdad, como el prójimo para el buen Samaritano era el herido del camino. Antes de dar esa verdad, adquiridla, y no desperdiciéis el grano de vuestra simiente.

Si la palabra de la *Imitación* es verdadera, lejos de los hombres seréis más hombre y estaréis más cerca de los hombres. Para conocer la humanidad y para servirla, es necesario conocerse ante todo uno mismo, entrar dentro de uno mismo, allí donde todos nuestros objetos acuden y toman de nosotros ya nuestro anhelo de verdad, ya nuestra potencia de amor.

No es posible poseer nada si no es por medio de la libertad interior. Dejarse acaparar, tironear, tiranizar, ya se trate de personas o cosas, es trabajar por la desunión. Lejos de los ojos, cerca del corazón.

Jesucristo ha demostrado muy bien que es posible

poseerse a sí mismo y estar a la vez dado íntegro al prójimo, íntegro a los hombres e íntegro a Dios. El ha guardado la soledad; no se ha acercado a la muchedumbre sino con un alma de silencio del cual su palabra era como la puerta estrecha y adecuada a la efusión de la divina caridad. Y bien podemos calcular cuán soberana eficacia presentaba ese contacto para el cual sólo se descubría lo necesario a fin de que Dios pudiera dejarse ver y las almas beneficiarse.

No debería precisamente haber allí lugar, entre Dios y la muchedumbre, más que para el Hombre-Dios y para el hombre de Dios, para el hombre de la verdad y del don. Aquel que se cree unido a Dios sin estar unido a sus hermanos es un *impostor,* dice el Apóstol; será un falso místico e, intelectualmente, un falso pensador; pero el que está unido a los hombres y a la naturaleza sin estar unido con Dios en su interior, sin ser el cliente del silencio y la soledad, es sólo el súbdito de un reino de muerte.

III

Cooperar con los Semejantes

Todas nuestras explicaciones muestran bien que ese retiro del cual hemos hecho el elogio es un valor que debe estar atemperado por otros conexos, que lo perfeccionan y lo hacen útil. No en vano abogamos por la soledad. El sacrificio del trato y de la simpatía de nuestros hermanos vale una compensación. No tenemos derecho sino a un *espléndido aislamiento.* Ahora bien, ¿no será éste tanto más rico, tanto más

fecundo, cuanto las superiores relaciones buscadas en el retiro sean favorecidas por frecuentaciones escogidas y medidas con prudencia?

La frecuentación indispensable del intelectual, la que lo calificará según su propia modalidad, sin desmedro de sus necesidades y de sus deberes como hombre, es la frecuentación de sus iguales. Digo frecuentación, y preferiría decir cooperación, pues frecuentarse sin cooperar no es hacer obra intelectual. Pero, ¡cuán rara es una tal colaboración entre los espíritus en estos tiempos de individualismo y de anarquía social!

El Padre Gratry lo deploraba; pensaba en Port-Royal y quería hacer del Oratorio un "Port-Royal sin el cisma". "Cuántos inconvenientes se podrían ahorrar, decía, si hubiese más unión y ayuda mutua. Si en número de seis o siete, teniendo los mismos ideales, se llegase a una enseñanza mutua, llegando todos a ser recíproca y alternativamente alumno y maestro; si también por yo no sé qué concurso de circunstancias favorables se llegara a una vida común, si fuera de los cursos de la tarde y los estudios sobre los cursos, se buscaran ratos de con versaciones y comidas en común, para tratar esas bellas cosas, en forma que se aprendiera más por conversación e infiltración que por los cursos mismos". (1)

Los locales de trabajo de antes, y sobre todo los talleres de arte, formaban las amistades, eran núcleos familiares; los de ahora han perdido esos atractivos

(1) Les Sources, Primera parte, VI, 54.

y más bien son reuniones desordenadas. Puede ser que aquellos vuelvan, y sean como familias numerosas liberales para con los de afuera y no menos concentradas que las de antes. Es este el momento de concebir y de fundar el "atelier" intelectual, asociación de trabajadores igualmente entusiastas y aplicados, reunidos libremente, viviendo modestamente, dentro de una igualdad en la cual ninguno pretendiera imponerse, aun cuando alguno tuviese una superioridad reconocida que sería ventajosa para el grupo. Lejos de toda rivalidad y de todo orgullo, no buscando otra cosa que la verdad, los amigos así reunidos serían, si así se pudiera decir, multiplicados el uno por el otro, y el espíritu común resultaría con una riqueza que no tendría explicación natural suficiente en ninguna parte.

Es necesario tener un alma fuerte, por demás fuerte, para trabajar solo. Constituir por sí solo una sociedad intelectual, suplir sus ventajas, su apoyo, encontrar en una pobre voluntad aislada la misma fuerza que se puede obtener con la adhesión de una masa o por la necesidad imperiosa, es gran heroísmo. Se comienza con un gran entusiasmo, después, al llegar las dificultades, se aparece también el demonio de la pereza que nos dice: ¿Para qué molestarse tanto? Nuestra visión de las finalidades se debilita; los frutos están lejanos o nos parecen amargos; vagamente nos sentimos engañados. Es muy cierto que el apoyo de otros, los intercambios, el ejemplo, serían de una eficacia admirable contra ese tedio; suplirían para muchos ese poder de imaginación y esa constancia de

virtud que sólo son patrimonio de unos pocos y que sin embargo son necesarios para la persecución perseverante de un gran fin.

En los conventos, en donde se habla poco o casi nada, en donde no hay visitas, la influencia de un corredor formado por celdas laboriosas, anima y activa a pesar de todo a cada asceta; esos alvéolos en apariencia aislados forman una colmena; el silencio es colectivo y la labor conjunta; el entendimiento entre las almas ignora las murallas; un mismo espíritu está presente, y la armonía de los pensamientos hace resaltar a cada uno de ellos como un motivo de sinfonía que el conjunto armónico de los sonidos repite y prolonga. Y después, cuando los intercambios se presentan, el concierto más se enriquece; cada uno da su tono y escucha, aprende e instruye, recibe y da, y lo que recibe está de acuerdo con lo que da, y podrá ser que este último aspecto de la cooperación sea el más anhelado.

La amistad es una mayéutica; ella nos revela a nosotros mismos y extrae de nosotros nuestros más íntimos y ricos recursos; ella despliega las alas de nuestros sueños y de nuestras vivas intuiciones; ella fiscaliza nuestros juicios, experimenta nuestras ideas últimas, alimenta nuestros anhelos e inflama nuestros entusiasmos.

Hoy día tenemos ejemplo de esto en las nuevas agrupaciones y revistas, en las que adeptos convencidos asumen una tarea y se consagran a un ideal. De este ideal nacieron en Francia los *Cahiers de la Quinzaine;* la *Amitié de France,* la *Revue des Jeunes,*

las *Revues de Juvisy et du Saulchoir* se penetran de él cada día más. Esos jóvenes no viven siempre juntos, pero trabajan con un mismo corazón, se ponen de acuerdo, se corrigen mutuamente en un medio que preserva y estimula a la vez y cuya parte esencial está constituída por una idea motriz o una gran tradición.

Procurad, si está en vuestra posibilidad, dar vuestra adhesión a una empresa de ese género, o constituirla si es necesario.

En todo caso, aun permaneciendo en un aislamiento externo, buscad espiritualmente la sociedad de los amigos de lo verdadero. Imitadlos, y formad parte de sus clasificaciones, de sus grupos, sintiendo la fraternidad que os une a ellos y a todos los investigadores, a todos los productores que la cristiandad reúne. La Comunión de los Santos, no es un falansterio; es sin embargo una unidad. "*La carne* —enteramente sola— *de nada sirve*"; el espíritu, del todo solo, algo puede. La unanimidad útil consiste no tanto en estar reunidos en una guardia o en un grupo clasificado, cuanto en esforzarse, cada uno, con el sentimiento que anima a otros, en concentrarse en su lugar, de igual modo que otros se concentran en el suyo, de tal modo que una tarea se cumpla, un mismo principio de vida y actividad allí presida, y que las piezas del reloj, cada una de las cuales ha absorbido la atención de un trabajador individual, tengan a Dios por relojero.

IV

Cultivar las Relaciones Necesarias

También hemos dicho que esa independencia del pensador no significa una exclusión de sus deberes ni un olvido de sus necesidades. Desde que ellas son necesarias, forman parte de vuestra vida, aun como intelectual, puesto que no separamos el hombre del intelectual. Depende de vos que se liguen con la intelectualidad de tal manera que ellas no sólo no la impidan sino también la sirvan.

Esto siempre es posible. El tiempo dedicado al deber o a una real necesidad, nunca está perdido; la preocupación que uno tiene allí forma parte de la vocación y sería su enemigo solamente en el caso de ser ésta considerada en forma abstracta, fuera de la Providencia.

"No hay que creer, — escribe Maine de Biran, en su diario —, que el único y mejor empleo del tiempo consiste en un trabajo del espíritu, ordenado, sostenido y tranquilo. Siempre que nuestra actitud sea laudable, de acuerdo a la situación en que nos encontramos, hacemos un buen empleo de la vida."

No lleguéis a pensar que vuestra obra vale más que vuestra persona, y que hasta un suplemento de posibilidades intelectuales puede prevalecer sobre la culminación de vuestro ser personal. Lo que se debe y lo que hay que hacer hacedlo; si vuestra humanidad lo exige, ya sabrá ella la mejor manera de hacerlo. El bien es el hermano de lo verdadero: él ayudará a su hermano. Estar donde se debe estar, y hacer lo que

debe hacerse, es preparar la contemplación, alimentarla, y alejarse de Dios por Dios, según decía San Bernardo, lo que significa en definitiva estar siempre unido a El.

Es penoso sacrificar las escasas horas que se poseen por frecuentaciones y actividades inferiores a nuestro ideal; pero porque el curso íntegro del mundo es hecho también para que se encuentre aliado con la virtud, debe pensarse que la virtud encontrará allí su recompensa, sea ella intelectual, sea moral. En ciertos días, únicamente a través de la moralidad la intelectualidad encontrará su ganancia a pesar de sus concesiones virtuosas; en otras circunstancias será por sí misma.

No olvidéis, pues, que en las frecuentaciones, aun en las comunes, tenéis algo que cosechar. Demasiada soledad sería contraproducente. Alguien escribía hace poco: "La dificultad que encuentran los novelistas de nuestros días me parece ser la siguiente: si no frecuentan el mundo, sus libros son detestables, y si lo frecuentan carecen entonces de tiempo para escribir". Problema de la medida, éste, que está en todas partes. Pero novelista o no, bien comprenderéis que no es posible el encierro completo. Los monjes mismos no lo practican. Es necesario conservar, en vista del trabajo, el sentimiento del alma común, de la vida, ¿y cómo lo poseeréis si, cortadas las comunicaciones con los humanos, no consideráis otra cosa que una humanidad de imaginación?

El hombre demasiado aislado se convierte en tí-

mido, abstraído, un poco incivil; titubea en lo real como el marino recién desembarcado; pierde el sentido de los fines, y parece que os mira como una "proposición" para incluir en un silogismo, o como un caso digno de anotarse en su libreta de apuntes.

La riqueza infinita de lo real tiene también mucho para instruirnos; es necesario frecuentarla con espíritu de contemplación, y no desertarla. Y en lo real, lo que hay de más importante para nosotros, ¿no es acaso el hombre, el hombre centro de todo, mira última de todo, espejo de todo y que invita al pensador de cualquier especialidad que sea a una confrontación permanente?

En la medida en que se está en la posibilidad de elegir, es bueno ubicarse de manera tal que sea posible la frecuentación con los mejores. Sobre esto también la mujer del intelectual debe estar alerta. Ella tendrá que saber a quienes abre su casa, y su tacto servirá para hacer la discriminación. En lugar de la sociedad de alto mundo, ella deberá saber apreciar la de las grandes almas; sabrá preferir no a quienes se tienen por gentes de ingenio sino a las personas de valor, instruídas y de juicio firme, sabiendo que dentro del mundo, se pasa tanto mejor como gente espiritual cuanto más se tiene deformada la inteligencia. Sobre todo, no lleve a su marido, por ligereza, por vanidad, o por un interés sin positivos resultados, a estar entre necios.

¿Qué digo? Los mismos necios pueden servirnos, y perfeccionar nuestra experiencia. No los busquéis: están en todas partes; pero a los que encontréis sa-

bedlos utilizar para el bien vuestro y el de ellos, intelectualmente, por una especie de contraprueba y, humanamente, cristianamente, por el ejercicio de las virtudes que practican.

La sociedad es un libro para leer, si bien es de especie ligera. El retiro es una obra maestra, y acordaos de la palabra de Leibniz que señalaba que por más malo que fuera no encontraba libro del que no pudiera sacar algún provecho. Vos no pensáis solo, como tampoco pensáis con la inteligencia sola. Vuestra inteligencia se asocia a las otras facultades, vuestra alma a vuestro cuerpo, y vuestra persona a sus relaciones. Todo esto constituye vuestro ser pensante; distribuidlo lo mejor posible, en forma tal que sus mismos defectos, como vuestras enfermedades, se conviertan en valores, mediante algún procedimiento industrioso ingeniado por vuestra grandeza de alma.

Por otra parte, en vuestras frecuentaciones, comportaos de tal manera que siempre vuestro espíritu y vuestro corazón sean dueños de sí: no os veréis de tal manera ni invadidos ni contaminados, cuando el medio sea mediocre, y si es noble, no hará sino reforzar en vuestro interior los efectos del recogimiento, de vuestro amor a la verdad y de las lecciones que ella os prodiga.

Sería necesario que nuestros contactos con lo exterior fuesen como los del ángel, que toca sin ser tocado, a no ser que así lo quiera, que da y del cual no se toma nada, en razón de que pertenece a otro mundo más sutil.

Por la moderación de los discursos, obtendréis también esa permanencia del recogimiento y esa sabiduría en los intercambios, que es indispensable obtener. Hablar para decir lo que es necesario decir, para expresar un sentimiento oportuno o una idea útil, después callarse, es el secreto para guardarse a la vez que uno se comunica, y ser como la antorcha que se extingue para encender otras.

Es ésta también la forma de dar autoridad a la propia palabra. La palabra es escuchada atentamente cuando se percibe detrás de ella el silencio, cuando oculta y sólo deja adivinar, tras las palabras, un tesoro que ella distribuye convenientemente, sin apuro y sin frívola agitación. El silencio es el contenido secreto de las palabras que valen. Lo que da valor a un alma es la riqueza de lo que ella no dice.

V

Conservar la Dosis Necesaria de Acción

Lo que queda dicho de las relaciones del estudioso se aplica también a la acción con pocas diferencias. Siempre estamos dentro del problema del equilibrio de la vida interior con la exterior, del silencio y el ruido, de la quietud y el movimiento.

La vocación intelectual, en sentido estricto, es lo contrario de la acción; la *vida contemplativa* y la *vida activa* siempre han estado opuestas como surgiendo de mentalidades y aspiraciones contrarias. La contemplación es recogimiento, la acción es expansión,

desgaste; la primera aspira a la luz, la segunda ambiciona el don.

En sentido general, hay que resignarse a esta partición en las tareas, contento cada uno en su puesto, sin menospreciar el de los otros, gozando con los resultados ajenos y utilizándolos, gracias a la comunión de los espíritus. Pero la vida real no permite una distribución demasiado estricta.

El deber puede obligar a un despliegue de acción, como antes a la sociabilidad, y en este caso deberá sacar provecho de nuestras observaciones. La acción regulada por la conciencia prepara esta misma conciencia para las normas de lo verdadero, la dispone para el recogimiento cuando llegue su momento y la une a la Providencia que es asimismo fuente de verdad. El pensamiento y la acción tienen un mismo Padre.

Por lo demás, aun cuando no tenga obligación estricta siempre le es necesario al pensador reservar una parte de su tiempo y de su corazón para la vida activa. Esta porción podrá a veces ser reducida; para el sabio nunca es nula. El monje hace trabajos manuales o se entrega a obras de celo; el gran médico a su clínica, a su hospital; el artista a sus exposiciones, a su sociedad, a concursos o conferencias; el escritor está solicitado de tan diversos modos que difícilmente podrá evitar la pérdida de una gran parte de su libertad.

Todo eso está bien. Pues si en este mundo cada cosa tiene su medida, la vida interior debe tener también la suya. Ella exige que la acción se limite y ceda

el lugar al recogimiento, pues la acción exterior inquieta el alma, y el silencio tranquiliza; pero el silencio llevado demasiado lejos inquieta a su vez; el reflujo de todo el hombre hacia la cabeza desorienta y es causa de vértigos; una diversión es indispensable a la vida cerebral; necesitamos el calmante de la acción.

Existen razones fisiológicas que yo no voy a examinar; las razones psicológicas se apoyan allí y también allí convergen, pues el alma en tanto que distinta del cuerpo, no se fatigaría. Pero el compuesto animado se fatiga tanto por la inacción como por el desgaste; requiere un equilibrio del cual el centro de gravedad puede desplazarse y variar según sea el caso. El cuerpo que se inmoviliza demasiado se atrofia y enerva; el alma que lo imita se descolora y herrumbra. A fuerza de cultivar el silencio se llegaría al silencio mortal.

Por otra parte, la vida intelectual tiene necesidad del alimento de los hechos. Se encuentran relatos en los libros, pero es sabido que una ciencia puramente libresca es frágil; adolece del defecto de lo abstracto; pierde contacto, y por consiguiente ofrece al juicio una materia demasiado quintaesenciada, casi ilusoria. "Eres un globo cautivo, — se decía a sí mismo Amiel — no olvides la cuerda que te liga a la tierra."

Santo Tomás consagra un artículo de la *Suma* a fin de probar la necesidad de apoyarse en lo real para juzgar, pues, dice, lo real es la mira última

del juicio; y es claro que la finalidad, en todo el trayecto del camino, debe ir guiando los pasos. [1].

Las ideas están dentro de los hechos, no viven por sí mismas, como pretendía Platón, y esta concepción metafísica tiene consecuencias prácticas. Hombre de pensamiento, no desconozcas que es necesario no apartarse de lo que es, pues de lo contrario el espíritu vacila. El sueño, ¿es acaso otra cosa que un pensamiento separado de las vinculaciones con lo externo, un pensamiento sin voluntad? El sueño inconsistente es el escollo del pensamiento puro; es necesario apartarse de él como causa de impotencia y caída. El pensamiento se apoya en los hechos como el pie en el suelo, como el enfermo en las muletas.

La dosis de acción recomendada al pensador tendrá asimismo la ventaja de estabilizarle el espíritu. También la de enriquecerlo. Cuántas experiencias nos propone la vida cada día. Nosotros las dejamos pasar, pero un pensador profundo las recoge y forma con ellas su tesoro; sus marcos espirituales serán por ellas poco a poco completados, y sus ideas generales, bajo cierto aspecto comprobadas, serán por otros ilustradas mediante una documentación viviente.

La idea, en nosotros, privada de sus elementos de experiencia, de sus *fantasmas*, no es más que un concepto vacío, que ni siquiera llega a percibirse. En la medida en que esos fantasmas son ricos, el pensamiento es amplio y fuerte. Ahora bien, la acción encuentra por todas partes en su camino los elementos

(1) Ia P., q. LXXXIV, art. 8.

asimilables y los "trozos de vida" que darán la materia para sus ideas abstractas. Ella encuentra allí más de lo que podría pretender, pues lo real es una especie de infinito que ningún análisis, ningún cálculo racional podría agotar.

Colocad a un artista delante de un árbol; él hará muchísimos croquis, sin que llegue nunca a pensar que ha agotado lo que la naturaleza expresa; colocadlo en presencia de una pintura de árbol, sin excluir el árbol de un Lorrain o de un Corot, y después que lo tiene copiado conscientemente comprende que ha agotado el modelo.

Lo individual es inefable, decían los antiguos filósofos. Lo individual es lo real, por oposición a los temas del espíritu. Sumergiéndonos en lo real por la acción, encontramos nuevas formas, como el artista, con la ejecución, alimenta su concepción, la rectifica y le da fin.

En fin, ese instructor que es la acción, al mismo tiempo es un profesor de energía cuyas lecciones no serán inútiles para el solitario. Por sus invitaciones y por sus resistencias, por sus dificultades, sus contrastes, sus éxitos, por el tedio y la laxitud que ella obliga a vencer, por las contradicciones que ella no deja de levantar y por las necesidades nuevas que hace nacer, la acción nos estimula y retempla nuestras fuerzas; sacude esa pereza fundamental y esa orgullosa quietud que tan hostiles son tanto al pensamiento como a las realizaciones.

Las virtudes externas vendrán de ese modo en socorro de las internas, la encuesta activa servirá al

recogimiento, las libaciones prepararán la miel. El pensamiento, con su vaivén entre dos abismos: el de lo real y el del ideal, fortificado por una voluntad aguerrida, esclarecido y advertido por las *razones del corazón* que la acción pone en todo momento en actividad, será un nuevo instrumento de investigación y un nuevo árbitro de verdad y con diferente valor al de una razón trepada sobre la *Escala de Porfirio*.

Yo quisiera ver a nuestro hombre de estudio preocupado en todo momento en favor de alguna actividad suplementaria, y consagrándole un tiempo bien determinado, sin dejarse llevar por el entusiasmo, pero interesándose sin embargo, y con toda su alma, en resultados que no han de ser para él indiferentes como los leños que algunos van a cortar a fin de dar reposo a su mente. Obrar sin entregarse por entero a la acción, no es obrar como hombre y de ello no puede resultar el reposo del hombre, ni su instrucción, ni su formación. Por eso, si no tenéis ciertas causas que os apasionen y os obliguen, habréis de buscarlas, ya sean concursos, obras de caridad, de apoyo, de preservación, de progreso, ligas de bien público, sociedades de defensa y acción social, empresas todas que requieren al hombre, sino en cuanto a su vida entera, por lo menos en todo su ser. Consagraos a ellas en las horas que la inspiración os concede y aun os impone de reposo útil a sí misma.

Luego volveréis a la inspiración, y el cielo en el que ella os introduce será para vos tanto más dulce cuanto que habréis experimentado, a la vez que sus

tesoros, los peligros, los fangos y las asperezas de la tierra.

VI

Mantener Siempre el Silencio Interior

Me parece que se deduce de todo lo dicho que la soledad útil, el silencio, el recogimiento del pensador, son realidades mitigadas, animadas por un espíritu de abnegación y exigencias estrictas. En vista del retiro, del silencio y la soledad íntima, la acción y las frecuentaciones se justifican, y por medio de éstas se dosifican. Esto se impone si el intelectual es verdaderamente un consagrado, y si *no se puede servir a dos señores.*

El espíritu de silencio será, pues, un deber permanente. Esto es lo que más interesa. Se dice a veces que la soledad es madre de las obras. No, pero sí el estado de soledad. De tal manera que hemos podido, sin exageración, concebir una vida intelectual fundada en un trabajo de dos horas diarias. ¿Pensaremos por eso que cumplidas esas dos horas, puede uno conducirse como si ellas no existieran? Eso significaría haber comprendido muy mal. Esas dos horas se dedican a la concentración, pero no por eso es menos requerida la consagración de la vida toda.

Un intelectual debe ser intelectual en todo momento. Lo que sugiere San Pablo al cristiano: *"sea que comáis, sea que bebáis, sea que os encontréis haciendo cualquier otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios"*, debe aplicarse también al cristiano en busca de comprensión. La gloria de Dios es para él lo primordial. El debe pensar siempre en ella, acomo-

darse de conformidad a ella en todo. La soledad que le está recomendada es menos una soledad de lugar que una soledad de recogimiento; ella es elevación más que alejamiento, perfección más que aislamiento, y consiste en aislarse hacia lo alto, gracias al don de sí en favor de las cosas superiores y mediante la huída de las ligerezas, de las divagaciones, de la movilidad y de toda voluntad caprichosa; ella realiza la *conversatio nostra in coelis* del Apóstol, llevando nuestra morada y nuestro comercio al cielo de los espíritus.

Permanecer en la propia casa y darse a la charla interior, al vaivén de los deseos, a la exaltación del orgullo, al flujo de los pensamientos que introducen en nosotros un exterior absorbente y pleno de discordias, ¿será propiamente soledad? Existe una falsa soledad como existe una falsa paz. Por lo contrario, salir y obrar por deber, por sabiduría o con el propósito de un descanso, —sobre cuya necesidad insistiremos más adelante— puede ser una soledad superior, que alimenta y tonifica el alma en lugar de empobrecerla.

La que San Agustín llama la "pureza de la soledad" puede ser conservada en todas partes; su impureza puede manchar aún la propia morada. "Puedes estar en una ciudad,—ha escrito Platón—, como un pastor en su cabaña situada en lo más alto de la colina". Tened la inspiración interior, la moderación, el amor hacia aquello a que estáis consagrado, tened con vos al Dios verdadero y estaréis solo en pleno universo.

CAPITULO IV

El Tiempo del Trabajo

I

El Trabajo Permanente

De diversas maneras ya hemos tenido oportunidad de calificar la labor intelectual; falta sin embargo contemplar de más cerca esas diversas condiciones y ante todo el tiempo que el pensador le consagra a aquella.

El estudio ha sido llamado una *oración a la verdad*. Pero la oración, nos dice el Evangelio, no debe ser nunca interrumpida: *"Es necesario orar siempre y no desfallecer"* (Luc. XVIII, 1). Comprendo que se puede interpretar ese texto con benignidad; él querría significar: no dejéis pasar ningún día, ninguna semana ni largos períodos sin dirigiros a Dios. Pero nuestros doctores se han cuidado bien de limitar así tan grandes palabras; han tomado su letra y han extraído de ella una doctrina profunda.

La oración es la expresión del deseo; su valor está dado por nuestro anhelo interior, su contenido y su fuerza. Quitad el deseo, la oración nada significa; fortificad o atenuad su ímpetu, la oración cobra altura o se encuentra sin alas. Inversamente, suprimid la expresión dejando el deseo, la oración, en mu-

chos aspectos, permanece intacta. Un niño que nada dice y fija su mirada ardiente sobre el juguete de una vitrina y después mira a su madre que sonríe, ¿no ha formulado acaso la más significativa oración? Aun sin haber visto nada, el deseo del juego, innato en el niño, como su afán de movimiento, ¿no es para los suyos una oración permanente que ellos tratan de complacer?

Es necesario orar siempre, equivale pues a decir: es necesario desear siempre las cosas eternas, las cosas temporales que las sirven, el pan cotidiano de toda especie y de toda oportunidad, la vida en toda su amplitud, terrestre y celeste.

Aplicad este comentario a la oración activa del estudio, y se os presentará una consideración extremadamente valiosa. El pensador es un consagrado, sin embargo, no es pensador en actividad sino durante muy pocas horas. Carlyle decía: "Yo no creo que ningún literato haya consagrado a la literatura la quinta parte de su tiempo". Desde que la mayor parte de su vida se encuentra al nivel o por debajo de ese nivel, es necesario por tanto que el hombre de las alturas redescienda y se incline; ¡qué gran cosa sería si pudiera no inclinarse del todo!

Así como la oración puede durar siempre, desde que ella es un deseo y el deseo permanece, ¿por qué el estudio no podrá durar siempre, desde que él es también un deseo y un llamado de lo verdadero?

El deseo de saber califica nuestra inteligencia como potencia de vida. Instintivamente aspiramos a conocer así como pedimos pan. Si la mayor parte de los

hombres se contentan con deseos limitados y miras cortas, el pensador está calificado por este singular deseo de saber que lo persigue. ¿Por qué no hacer trabajar ese deseo, hacerlo trabajar, digo, constantemente, como un curso de agua bajo el cual se han instalado turbinas que lo aprovechan?

Esto es bien posible, y la psicología lo confirma, lo mismo que la experiencia. El cerebro trabaja constantemente; las turbinas a que aludo existen, giran, presuponen un sistema de rodajes del cual las ideas se desprenden como chispas de una dínamo en pleno trabajo. Los procesos nerviosos se encadenan en serie continua y no se detienen, a semejanza de los latidos del corazón o de la respiración de nuestros pechos. ¿Qué falta entonces para utilizar en favor de la verdad esta vida permanente? Unicamente disciplina. Es necesario que las dínamos estén unidas a las turbinas y las turbinas a la corriente; es necesario que el deseo de conocer mueva regularmente, y no con intermitencias, el funcionamiento cerebral consciente o inconsciente.

La mayor parte de nuestra actividad nerviosa queda sin utilizar, porque no es captada. En realidad, no puede serlo íntegramente, pues nuestro poder sobre ella es relativo, y si se fuera a forzar el rendimiento, la máquina se destruiría; pero eso posible muy pocos lo aprovechan; el hábito influye mucho en esto; bien templado obra como una segunda naturaleza, y a esto se refieren nuestros consejos prácticos.

"Cuantas cosas puedas poner en el arca de tu mente, viértelas allí como quien desea llenar su vaso",

dice Santo Tomás al hombre de estudio. Volveremos en su momento sobre esta comparación, que podría prestarse a equívocos; pero aquí se trata de la preocupación de adquirir, no del modo. Lo que interesa al hombre de la verdad es comprender que la verdad está en todas partes, y que delante de él pasa una corriente continua que podría activar su alma.

La sabiduría grita en las calles, dice la Biblia; *levanta su voz en las plazas, predica en los barrios populosos; en las puertas de la ciudad hace oir sus palabras: ¿hasta cuándo, ignorantes, amaréis vuestra ignorancia?... Volveos... y yo desparramaré sobre vosotros mi espíritu... Extiendo mi mano y nadie se cuida de ello.* (Prov. I 20-24). Ese urgente llamado de lo verdadero, si fuese escuchado, daría una amplitud insospechada al espíritu y lo enriquecería más que muchas sesiones laboriosas. Estas siempre serían necesarias, pero la luz que allí se concentra iría extendiéndose en forma tal hasta cubrir casi toda la vida; se establecería una corriente que llevaría bajo la lámpara los resultados del pensamiento difuso y haría volver a este último para darle una orientación, una capacidad habitual y por consiguiente una fecundidad.

Ved lo que sucede cuando queréis instalar un departamento. Hasta entonces no pensabais para nada en muebles, en forma tal que circulando por las calles de París todos los días, en donde sobre cada cuatro negocios hay uno de antigüedades, ni siquiera los veíais, los estilos no os llamaban la atención; ignorabais las tendencias de la moda, las probabilidades

de tales hallazgos, la especialidad de cada barrio, los precios, etc. Por el contrario, despertado vuestro espíritu por el deseo, todo os llama la atención, todo os retiene; se diría que a vuestros ojos París es un gran negocio, y en ocho días os ponéis al tanto de lo que en una vida entera no hubierais podido aprender.

La verdad está más propagada que los muebles. Ella *grita en las calles,* y no nos abandona aun cuando nosotros la abandonemos. Las ideas están dentro de los hechos; están en las conversaciones, en los acontecimientos, en los espectáculos, en las visitas y charlas, en las lecturas, aun en las más sencillas. Todo contiene tesoros porque todo está en todo, y algunas pocas leyes de la vida o de la naturaleza gobiernan todo lo demás.

¿Podría haber descubierto Newton la gravitación si su atención hacia lo real no le hubiese advertido y dispuesto para observar que las manzanas caen como los universos? Las leyes de gravitación de los espíritus, las leyes sociológicas, filosóficas, morales, artísticas, no tienen una aplicación más restringida. Un gran pensamiento puede nacer a propósito de cualquier hecho. En toda contemplación, aun cuando fuera de una mosca o nube que pasa, existe oportunidad de reflexiones sin fin. Hasta el menor rayo de luz nos conduce hacia el sol; toda vía abierta es un corredor hacia Dios.

Y esas riquezas, podemos captarlas siempre que estemos dispuestos para ello. Mirando todo con espíritu de inspiración, recibiríamos a cada momento lecciones útiles, profecías de lo verdadero o confirma-

ciones, antecedentes y consecuencias. Pero lo más común es que estemos lejos de esa realidad o que nuestra atención esté ausente. "Todo el mundo mira lo que yo miro, — decía Lamennais en Saint Malo, en presencia del mar agitado — pero nadie ve lo que yo veo".

Adquirid, pues, el hábito de estar presente y despierto ante esa armonía del universo material y moral. Aprended a mirar; confrontad lo que se os presenta, con vuestras ideas familiares o secretas. No veáis en una ciudad cualquiera solamente casas y más casas sino también la vida humana y su historia. No os muestre un museo solamente cuadros inanimados, sino escuelas de arte y de vida, concepciones del destino humano y de la naturaleza, orientaciones sucesivas o diversas de la técnica, del pensamiento creador, de los sentimientos. No os hable un taller solamente de hierros y maderas, sino de la condición humana, del trabajo, de la economía antigua y moderna, de las vinculaciones entre las clases. Hagan los viajes que conozcáis la humanidad; evoquen a vuestros ojos los paisajes las grandes leyes del mundo y la armonía y belleza de la naturaleza que nos revela al Creador; las estrellas os hablen de los espacios inconmensurables; los guijarros del camino sean para vos los residuos de la formación primera de la tierra; la vista de una familia os evoque las generaciones, la menor frecuentación os instruya acerca de la más alta concepción del hombre. Si no sabéis mirar así, no pasaréis de ser un espíritu vulgar. Un pensador es un filtro en el que

las verdades dejan, al pasar, lo mejor de su substancia.

Aprended a escuchar, y sobre todo escuchad a quienquiera que sea. Si uno aprende a hablar en los mercados — según Malherbe — también en ellos, es decir, en la vida corriente, es posible aprender el lenguaje del espíritu. Un sinnúmero de verdades circulan en las conversaciones más sencillas. La menor palabra escuchada con atención puede ser un oráculo. Un campesino es, en ciertos momentos, mucho más sabio que un filósofo. Todos los hombres se identifican cuando se vuelven a lo íntimo de sí mismos, y si alguna profunda impresión y un retorno instintivo o virtuoso a la sencillez original descarta los convencionalismos y las pasiones que comúnmente nos ocultan a nosotros mismos o a los demás, oímos siempre un discurso divino cuando un hombre habla.

En cada hombre está todo el hombre, y una profunda iniciación puede venirnos de ello. Si eres novelista, ¿pensáis todo lo que podríais recoger allí? El más grande novelista se forma en el ajetreo diario; el más insignificante, en la Sorbona o en los salones. Eso sí, en lugar de mezclarse, el gran observador se reserva, conserva independencia, se eleva, y la vida más humilde se le aparece como un gran espectáculo.

Ahora bien, lo que busca el novelista puede aplicarse también a todos, pues todos tienen necesidad de esta profunda experiencia. El pensador no es un verdadero pensador si no encuentra en la más ligera

impulsión de lo externo la ocasión de un ímpetu sin fin. Su carácter es conservar siempre la curiosidad de la infancia, su vivacidad para la impresionabilidad, su tendencia a ver todo desde el ángulo del misterio, su original facultad de encontrar en todas partes fecundas sorpresas.

Acordaos de estar siempre en acecho, y particularmente cuando se os presente la dicha de tratar con alguien que sabe y que piensa. ¡Qué triste es ver a los hombres superiores tan poco útiles para su medio! Prácticamente se los confunde con los simples de espíritu; se ve en ellos lo que tienen de común y no lo que tienen de raro. Hay allí un tesoro, y se juega con la llave, sin abrir. Nos sonreímos a veces de su torpeza, de sus pequeñas extravagancias de gentes abstraídas, y es cosa bien inocente; pero lo que es una necedad, es tomar un aire de superioridad que olvida al gran ser.

Los grandes valores son demasiado escasos para que se los pueda dejar así sin utilizarlos. Ellos se emplean a sí mismos y todo el mundo, sin saberlo, los utiliza; mas, sabiéndolo, uno recibe de ellos una impulsión y una instrucción que decidirán muchas veces de toda una existencia. Gran número de santos, de capitanes ilustres, de exploradores, de sabios, de artistas han llegado a serlo por haber encontrado una personalidad eminente y haber escuchado el tañido de esa alma. Los ecos de ese llamado mudo se hicieron escuchar en ellos hasta el fin de la vida, y fueron un clamor que los empujó hacia adelante; una invisible correntada los condujo. La palabra de un gran hom-

bre, como la de Dios, es muchas veces engendradora.

Pero es sabido que los grandes hombres por lo común sólo llegan a serlo después de muertos. La gente no los reconoce. Alguien que puede asemejarse a Descartes está sentado a vuestro lado, y no es escuchado, no es interrogado, y no discutís con él sino con espíritu de querella, le cortáis la palabra para decir tonterías. Y si él no tiene talla tal, sin dejar de ser un gran espíritu, ¿por qué lo dejáis sepultar o llevar silenciosamente su riqueza?

Observando y escuchando, — no me refiero a la lectura porque de ella trataremos más adelante— aprendéis a reflexionar, hacéis vuestro y adaptáis a vuestras necesidades aquello que habéis adquirido. Los grandes descubrimientos no son más que reflexiones sobre hechos que nadie ignoraba. Muchos han pasado millones de veces sin nada ver, hasta que, un día, el hombre genial observa los vínculos que unen a lo que todos ignoran lo que está bajo los ojos de todos en todo momento. ¿Y qué es la ciencia sino la lenta y sucesiva curación de nuestra ceguera? Es cierto que la observación tiene necesidad de estar preparada por medio de estudios y soluciones previas. Uno encuentra lo que busca. No se le da sino al que posee.

Por esto hablaba de una ósmosis entre las luces interiores y las que vienen de fuera. El espíritu deberá estar siempre en condiciones de reflexionar, igualmente que en perpetua disposición de ver, oir y tirar al vuelo como tira el buen cazador a la presa que pasa.

Concretemos todavía más, diciendo que ese estado de alerta del espíritu puede beneficiar no solamente nuestra cultura general sino también nuestra especialización, nuestro estudio actual, el trabajo sobre el terreno. Cargad vuestros problemas siempre. El caballo de carrera después de la competición vuelve a su rincón; el libre y brioso corcel siempre tiene las narices contra el viento.

Desde que la verdad está en todas partes y con todo se vincula, ¿por qué no estudiar cada cuestión en contacto con todo lo que se relaciona con ella? Todo debe ser útil a nuestra especialidad. Todo debe venir a testimoniar en favor o en contra de nuestras tesis. El universo es en gran parte lo que nosotros hemos hecho de él. El pintor no ve otra cosa que formas, colores, movimientos, expresiones; el arquitecto armonía de líneas o equilibrio de masas; el músico percibe los ritmos y sonidos, el poeta motivos de metáforas, un pensador ideas en acción.

No vemos en esto un particularismo estrecho; se trata de método. No es posible abarcarlo todo. Conservando un ojo para la observación libre, uno consagra a una investigación particular la atención excedente y "pensando en ella siempre", como Newton, recoge elementos para una determinada obra.

Tener siempre el pensamiento en espectativa; he aquí el gran secreto. El espíritu del hombre es un rumiante. La bestia mira a lo lejos, mastica lentamente, recoge un bocado aquí, una brisna allí, tomando todo el prado para sí, y también el horizonte, formando con el uno su leche, con el otro su alma oscura.

Se nos enseña a vivir en la presencia de Dios. ¿No deberíamos asimismo vivir siempre en presencia de la verdad? La verdad es como la divinidad propia del pensador. Tal verdad particular o tal objeto de estudio pueden presentársenos en todo momento. ¿Será prudente, será normal dejar al investigador en el gabinete de trabajo, como si uno tuviese una doble personalidad, la del trabajador y la del hombre despreocupado que pasea? Ese dualismo no es natural; él nos llevaría a pensar que la persecución de lo verdadero es un oficio como cualquiera cuando en realidad se trata de una noble pasión.

Hay tiempo para todo, dice la Biblia, y concedo que no se puede evitar la partición; mas ya que, de hecho, uno piensa siempre, ¿por qué no utilizar ese pensamiento en beneficio de lo que nos inquieta?

Puede objetarse que una tal tensión es incompatible con la salud cerebral y con las condiciones de la vida. Muy de acuerdo; pero no se trata de tensión ni tampoco, ordinariamente, de voluntad actual. Yo hablo de hábito, hablemos, si queréis, de subconciencia. Nuestro espíritu tiene la facultad de poder funcionar sin nosotros, por poco que le preparemos su caudal y diseñemos ligeramente el trazado de los canales para que sus corrientes oscuras se pongan en movimiento.

El deseo de saber, bien arraigado en vuestra alma, la pasión de lo verdadero siempre alimentada, vuestra atención consciente dirigiéndose a menudo hacia los hechos de la vida propios para alimentar ese fuego, y satisfacer el deseo, convierten vuestro espíritu

en un perro de caza en constante búsqueda. Eso ya no le cuesta; obedece a una nueva naturaleza. Pensáis tan fácilmente en algo determinado, como antes al azar.

Ese algo no es ciertamente de una precisión absoluta, y pecar por exceso sería un absurdo; pero, ¿es lógico rechazar lo que se puede obtener arguyendo de lo que no se puede alcanzar? Allí tenéis un recurso inmenso, que viene a disciplinar un trabajo mental realizado sin vos y de un modo anárquico. Regulad esa labor y vuestro cerebro sea también un intelectual.

En la práctica, advertiréis que esto no causa ninguna fatiga, y que, por el contrario, ahorra mucha labor fatigosa, pues los hallazgos hechos en tal forma por casualidad y sin haberlos buscado, simplemente a causa de que uno está resuelto y entrenado para no mirar sin ver, esos descubrimientos, digo, muchas veces son los más felices porque son espontáneos, estimulan mucho al investigador, lo mantienen despierto y contento, y en impaciente espera de la hora del retiro en el que podrá fijar y desenvolver sus adquisiciones.

En numerosas oportunidades uno obtendrá de esta manera la clave difícil, el acomodamiento que buscara vanamente en la mesa, obcecado ante un solo punto de vista del que no le era posible salir. Lo que parecía no tener relación con el trabajo conduce a algo que constituye su fondo mismo. La ciencia laboriosa será por este proceso íntegramente iluminada; uno

sabrá a donde va y esperará para pronto un nuevo descubrimiento.

Ese proceso de casualidades responde a las contingencias cerebrales y al obscuro trabajo de la asociación de las ideas. Un sinnúmero de leyes tienen aplicación aquí, sin que haya ley aplicable a una u otra, a tal o cual hora, lo cual al combinarse sin nosotros — vale decir sin una voluntad determinada, bajo la sola impresión del deseo que es el alma del pensador al que califica como el juego a la niñez y el amor a la mujer — no constituye la carga pesada que uno se imagina.

¿Habrá mujer que se canse, hallándose de paseo, de atisbar el homenaje de los transeúntes, o niña que se canse de acechar la ocasión de reir o muchacho la de dar saltos y brincos? El espíritu que acecha la verdad por amor, no por imposición, por una tendencia primeramente instintiva, y después cultivada, es cierto, pero amorosamente, apasionadamente, no sufrirá más que los nombrados. El también juega, caza, se entrega a un deporte útil e interesante, ama, y todo eso está bien alejado del esfuerzo determinado y voluntario de las horas de concentración.

De ese modo el sabio pasea por todos los tiempos y recorre todos los caminos con un espíritu listo para las adquisiciones que el vulgo desprecia. La más nimia ocupación es para él un prolongamiento de la más sublime; sus visitas de etiqueta son felices encuestas, sus paseos exploraciones, lo que escucha y lo que responde o no responde un diálogo que realiza dentro de él la verdad consigo misma. Constantemente su

universo interior se confronta con el otro, su vida con la Vida, su trabajo con el incesante trabajo de los seres, y saliendo del estrecho rincón donde su estudio se concentra, da la impresión no de que abandona lo verdadero sino de que abre de par en par su puerta, para que el mundo empuje hacia él todo lo verdadero que en otra forma quedaría abandonado en su alocada corriente.

II

El Trabajo Nocturno

El Padre Gratry recomienda con insistencia no excluir en manera alguna del trabajo permanente las horas de letargo y de oscuridad. Quiere que se haga trabajar la noche. Ese consejo se apoya en la psicología y en la experiencia.

El sueño es el gran descanso; es la abdicación de la voluntad consciente que renuncia por un lapso de tiempo a la vida, que renuncia a todo propósito y se entrega de esa manera a la naturaleza general. No es un símbolo despreciable la actitud del que duerme, horizontal, cerca de la tierra, como si dijera a la naturaleza: Recupérame; bastante tiempo me he rebelado contra tus poderes; he combatido, de pie, tu determinismo nivelador; a la equivalencia de las fuerzas que es la ley de este mundo caduco, he opuesto el sobresalto de la vida: al presente me rindo mientras llega la hora de combatir nuevamente.

Al quedar de este modo suspendida la vida activa, al haber pasado la polea transmisora del mo-

tor humano de la libertad individual a la libertad de las fuerzas cósmicas, resulta un nuevo funcionamiento que tiene sus propias leyes, que sigue caminos ignorados por la clara conciencia y realiza combinaciones ajenas a las voluntades y a los caprichos conscientes. Nuestras fuerzas interiores se reagrupan; nuestros pensamientos se clasifican; se producen allí rectificaciones; la energía abandonada por la acción es empleada apaciblemente. Saber utilizar este trabajo sin perturbar sus ritmos, es para el pensador una riqueza nueva.

No se trata de trasnochar. Todo lo contrario. El noctámbulo es por regla general un pésimo trabajador. Ya hemos pedido sobre esto obediencia a la higiene general que debería más bien, en relación al hombre de estudio, agravar sus imposiciones. Pero el sueño, por sí mismo, es un trabajador, un asociado de la labor diurna; es posible domesticar esas fuerzas, utilizar sus leyes, aprovecharse de esa filtración, de esa clarificación que se verifica en el abandono nocturno.

Un trabajo cerebral comenzado, una idea captada, una idea a la cual un incidente interno o externo le impidiera desarrollarse enteramente o hallar su lugar natural, se perfecciona allí y engrana. No desperdiciéis esa ocasión de provecho; recoged esa claridad que puede resultaros un auxilio, antes de que se vuelva a sumir en la noche de la mente.

¿Cómo comportarse para tal fin? En ciertas ocasiones, ninguna industria particular es requerida. Al despertar uno encuentra toda lista y toda cla-

sificada la colaboración del sueño. El trabajo de la vigilia se aparece con un aspecto más claro; una vía nueva, una región virgen se encuentra delante de nosotros; relaciones de ideas, de hechos, de expresiones, una feliz comparación, una imagen iluminadora, todo un fragmento o todo un plan de realización habrán surgido. Nada se ha perdido, todo está allí y más lucido. No habrá más que utilizar, en su momento, lo que Hipnos se ha dignado efectuar para nosotros.

Pero de ordinario, las cosas no suceden así. La naturaleza no está bajo nuestras órdenes; ella recorre su camino; su río arrastra oro, pero corresponde que nosotros recojamos, y no dejemos que se pierda en el abismo lo que transportan esas ondas opulentas.

A menudo, ciertas iluminaciones pasarán durante un insomnio de pocos minutos, de pocos segundos tal vez: es necesario fijarlas. Confiarlas al cerebro fatigado, sería escribir en el agua; es muy posible que al nuevo despertar todo se haya desvanecido.

Haced todavía mejor. Tened a mano una libreta de notas o una caja de fichas. Anotad sin molestaros, si es posible a oscuras, sin iluminación, y después retornad a vuestro descanso. Aliviar de ese modo el pensamiento será quizás favorecer el sueño en lugar de perturbarlo. Si dijerais: me acordaré, tengo interés en ello, esa voluntad es más enemiga del reposo que un rápido garabateo. Recordad que el sueño es una paralización del *querer*.

Otras veces esas inspiraciones os vienen por la mañana al despertaros. Al abrir los ojos se diría que

también se abre el ojo interior sobre un nuevo mundo. La tierra ha girado; los cielos de la inteligencia ya no tienen el mismo aspecto; brillan nuevas constelaciones. Mirad bien ese espectáculo original y no tardéis un instante en fijar sus rasgos; señalad las características sobresalientes, sus modalidades, lo cual bastará para determinar los detalles cuando tengáis ocasión de ello.

Todo pensador ha experimentado esas inspiraciones matinales a veces sorprendentes y, diríamos, milagrosas. Tratados completos han salido así a luz después de una larga y penosa serie de estudios enmarañados en los que el autor tenía la sensación de estar como extraviado en un bosque, sin claros y sin perspectiva.

Algunos inventos han sido realizados de este modo. Elementos desparramados en el espíritu, experiencias antiguas o conocimientos aparentemente sin interés se asocian, y se resuelven solos los problemas, por medio de la espontánea clasificación de las imágenes mentales que representan la idea de la solución de esos problemas.

Anotad, sin pérdida de tiempo, cuando os toca una felicidad de esta suerte. Aprovechad mientras la idea llega, extraed de ella, no agreguéis nada por vuestra cuenta. Sin ninguna intervención perturbadora, con una atención sometida a la naturaleza cuyo trabajo es ese, extraed de la cadena que se ha constituído, disponed los eslabones principales y accesorios que de allí parten, tomad en cuenta las proporciones, las dependencias, sin preocuparos por el es-

tilo — me refiero a un estilo consciente, pues es posible que allí existan preciosos elementos de estilo que de este modo se desarrollan.

Cuando el cajón queda vacío y parece la cadena de los pensamientos felices enteramente extraída, no escribáis más, pero es bueno, durante algunos minutos, tener la mirada fija sobre esa riqueza: podrá ser que ella se acreciente aún, que la cadena atraiga nuevos anillos, que los anillos menores se multipliquen y subdividan. Todo eso es de tal manera valioso que no hay que perder ni un solo gramo. Constituye trabajo ahorrado para el día. La noche, buena colaboradora, os ha otorgado sin ningún esfuerzo de vuestra parte una jornada de veinticuatro horas completas, tal vez de semanas enteras, las que exigiría cincelar con esfuerzo voluntario la preciosa joya que os ha proporcionado.

Por otra parte, la preocupación sola de recoger no es suficiente. El sueño, que trabaja solo, lo hace sobre una materia preexistente; no crea nada; hábil para combinar y simplificar, para hacer alcanzar el fin, no tiene otro poder que el de obrar sobre los resultados de la experiencia y de la labor del día. Es necesario por tanto prepararle su tarea. Contar con él, es contar siempre, ante todo, con uno mismo.

Los monjes tienen la costumbre, tan antigua como su oración, de depositar, al atardecer, como si fuera una semilla, en los surcos de la noche, su tema de meditación; tienen la esperanza de encontrar, al despertar, la semilla ya ablandada, penetrada por la hu-

medad de la tierra y, tal vez, brotada: crecerá más pronto al sol de la reflexión y de la gracia.

Sin renunciar a esta práctica, que sería de desear se propagara mucho entre los cristianos, se puede añadir a esto la sembradura de la noche por el trabajo. La tierra humana es rica: dos granos podrán estar juntos sin conflicto.

Guiad vuestro sueño y al dormiros confiad a Dios y al alma la cuestión que os preocupa, la idea que es muy lenta para desplegar sus virtualidades o que se evade. Esto no significa esfuerzo que retarde el sueño. Por el contrario, calmaos con este pensamiento: el universo trabaja para mí; el determinismo es esclavo de la libertad, y, mientras descanso, dará vueltas a su muela; me está permitido paralizar el esfuerzo: los cielos giran, y girando hacen mover dentro de mi cerebro su mecanismo delicado en una forma que yo posiblemente falsearía; yo duermo, la naturaleza está en vela, Dios vela, y yo recogeré mañana, seguramente, un poco de todo ese trabajo. Con esta apacible disposición quedaréis con una calma plena, más que pensando en la inquietud del mañana sin recursos, más sobre todo que con ese rumiar, tan frecuente al anochecer, los sinsabores del día, sinsabores que una semi inconsciencia agranda, que envenenan la noche y que a la mañana estarán allí para serviros de nuevo su poción amarga.

De igual modo que un trabajo agradable y regular armoniza el día, el trabajo inconsciente de la noche puede traer a ésta la paz y apartar las divagaciones, las locuras agotadoras o culpables, las pesadillas.

Conducid suavemente a un niño de la mano: su turbulencia se calma.

No preconizamos en manera alguna el *surmenage,* la confusión del día y de la noche. No; es necesario dormir; un sueño reparador es indispensable. Pero hay que reconocer que la noche, como noche, puede trabajar por sí misma, que es "buena consejera"; que el sueño, como sueño, es un obrero útil; que el reposo, como reposo, es también una fuerza. Entendemos que esas ayudas se han de emplear según su naturaleza y no violentando la propia constitución. El reposo no es una muerte; es una vida, y toda vida tiene su fruto. Pudiendo recogerlo vos mismo, no dejéis a las aves nocturnas el fruto del sueño.

III

Las Mañanas y las Tardes

De aquí la importancia extrema que tienen, para el hombre de labor y para el religioso, las mañanas y las tardes. No es posible preparar, vigilar, y dar fin con espíritu adecuado a las horas de reposo, si se abandona al azar lo que las rodea.

La mañana debe ser sagrada. En la mañana, el alma renovada considera la vida como desde un recodo desde donde la contempla toda entera. La misión está allí. Reemprendemos nuestra tarea. Es el momento de juzgarla una vez más y de confirmar por un acto expreso nuestra triple vocación de hombres, de cristianos y de intelectuales.

"Felipe, acuérdate de que tú también eres un hombre"; estas palabras del esclavo macedonio a su rey, nos son repetidas por el nuevo día, cuando, abriendo nuestros ojos, él evoca las claridades del alma; "un hombre", digo, no en general, sino calificado por un caso individual, un hombre que está allí, en presencia de Dios, como un hecho singular, original, y por pequeño que sea, el único capaz de ocupar el lugar determinado que tiene o debe tener.

A ese hombre le corresponde, al retomar la vida consciente, renovado y como si volviera a nacer, contemplar el conjunto de su vida con una ojeada rápida, marcar el lugar en donde se encuentra actualmente, calcular la jornada que comienza y empezar así con paso firme y ánimo esforzado la nueva etapa.

Tal debe ser el esfuerzo combinado del despertar, con la oración matinal, la meditación, y sobre todo con la misa si se tiene la posibilidad de oirla o la dicha de decirla.

El primer despertar debe ser un *¡Sursum Corda!* Decir una jaculatoria cristiana en ese momento es una práctica excelente, y si es dicha en alta voz tanto mejor; pues, como lo saben los psicólogos, nuestra voz nos sugestiona y juega respecto a nosotros el papel de un *alter ego*. He allí un "esclavo" que no hemos de descuidar; su autoridad le viene de nosotros; él es nosotros, y su voz resuena con el extraño poder de quien es uno mismo y otro a la vez.

Enseñamos a los niños a "dar su corazón a Dios". El intelectual, también niño en esto, debe además dar su corazón a la verdad, no olvidar que es su

servidor, repudiar en sí mismo a los enemigos de ella, amar a los enemigos exteriores de la verdad para atraerlos a ella y consentir en los esfuerzos que la verdad le pide para ese día.

Viene luego la oración. El P. Gratry aconseja al intelectual rece el oficio de *Prima*, que tendría como complemento, al terminar la jornada, el oficio de *Completas*. Nada más bello, en efecto, nada más eficaz ni estimulante. La mayoría de las oraciones litúrgicas son verdaderas obras maestras; las nombradas son grandes y suaves como la salida y el ocaso de un astro. Probadlo, y veréis que no podríais decir otra cosa. Toda la verdadera vida está allí, toda la naturaleza, y el trabajo será preparado como un viaje por la apertura de una ventana inundada de sol.

Cualquiera sea la oración que elija, el intelectual subrayará de paso lo que le concierne, sacará provecho de ello y formará el buen propósito que el trabajo cristiano realiza. Un acto de fe en las altas verdades en que se apoya la ciencia; un acto de esperanza en la ayuda divina tanto en la luz como en la virtud; un acto de amor hacia Aquel que es infinitamente amable y hacia aquellos a quienes nuestro estudio quiere acercar más a El; un Padrenuestro para pedir, junto con el pan, el alimento de la inteligencia; un Ave María, dirigida a la Mujer engalanada por el sol y victoriosa del error y del mal. En estas fórmulas y en otras el intelectual se reconoce a sí mismo, evoca su tarea, y, sin aislar su especialidad de la vida cristiana en su conjunto, puede aprove-

char lo que está previsto en su favor y providencialmente depositado en el tesoro común.

La meditación es de tal modo esencial para el pensador que no es menester elogiarla nuevamente. Ya hemos preconizado el *espíritu de oración*: ¿y dónde se nutrirá éste mejor que en esas contemplaciones matinales en las que el espíritu libre aún de las preocupaciones del día, llevado, elevado en las alas de la oración, sube fácilmente hacia las fuentes de la verdad que el estudio capta penosamente? Y si podéis oir la Santa Misa, o decirla, ¿no os sentiréis embargado por las grandiosidades que contiene? ¿No veréis, desde lo alto del Calvario levantado nuevamente, desde el Cenáculo en que se renueva la cena de la despedida, la humanidad que os rodea, esa humanidad con la cual no debéis perder contacto, esa vida iluminada por las palabras del Salvador, esa indigencia socorrida por su riqueza y a la que juntamente con El habéis de socorrer, iluminar y salvar en lo que os corresponde salvándoos vos mismo?

La Santa Misa os pone verdaderamente en estado de eternidad, en espíritu de Iglesia universal, y llegado el *ite missa est* estaréis enteramente dispuesto a ver en él una *misión*, un envío de vuestro celo a la tierra ignorante e insensata.

La mañana impregnada de todo ese rocío, refrigerada por esas brisas espirituales, no puede dejar de ser fecunda; comenzáis el día con fe; lo proseguiréis con ánimo; el día consumirá la provisión de luz de la aurora; la tarde llegará antes que se extingan las claridades, como el año finaliza pero no

sin dejar en los graneros la buena semilla para el año que comienza.

El fin del día. ¡Qué poco, por lo común, se lo sabe santificar, calmar, preparar para el sueño verdaderamente reparador! ¡Cómo se lo profana y malgasta, cómo se lo desorienta!

No nos detengamos en lo que hacen de él los libertinos. No es nuestro caso. Pero ved a esas personas ordenadas a quienes se les llama trabajadores: hombres de negocios, industriales, funcionarios públicos, grandes comerciantes, etc. En general, llegada la tarde, vedlos como "se aflojan" y ya no piensan en nada, entregan su mente a la disipación, la que, al decir de muchos, es un descanso, comen, fuman, juegan, charlan bulliciosamente, corren al teatro o al café, se emboban en el cine y se acuestan ya "descansados".

Sí, la tensión nerviosa se afloja, en efecto, pero así como el violín al cual se aflojan enteramente todas las cuerdas. ¡Qué trabajo volver a encordarlo y afinarlo al día siguiente!

Conozco a industriales que se distraen leyendo a Pascal, Montaigne, Ronsard o Racine. Acomodados en un buen sillón, con buena luz a sus espaldas, con temperatura agradable, rodeados por la familia tranquila o que apenas se hace oir cerca, gozan así después de la dura jornada del día. Ese momento les pertenece; ese momento es el momento del hombre, después que el profesional ha embestido con cabeza y corazón contra cien obstáculos.

Un intelectual, si bien no tiene necesidad de bus-

car esa compensación, tiene, sí, una necesidad mayor todavía de esa tranquilidad. Su velada debe ser un recogimiento paulatino, su cena una ligera refección, su distracción el ordenamiento fácil del trabajo del día y la preparación para el del día siguiente. Tiene necesidad de sus *Completas*, — tomo esta vez el término en sentido figurado — que completan y que inauguran, pues todo complemento de un trabajo continuo, como lo hemos requerido, es un comienzo a la vez que una finalización. Sólo se lo cierra para volverlo a abrir. La noche es el punto de unión de las partes diurnas cuyo todo constituye una vida. A la mañana siguiente uno deberá vivir en cuanto se despierte: hay que disponerse para ello por la noche y preparar la noche que suelda a su manera sin nuestra intervención, las labores conscientes.

Es en vano que se pretenda por medio de una ilusión apasionada e interesada, que el hombre tiene que pagar su tributo a la "buena vida", pues la disipación no es reposo, es agotamiento. El reposo no puede consistir en el desperdicio de las fuerzas. El reposo es una retrogradación lejos del esfuerzo, hacia las fuentes; es una restauración, un equilibrio, y no un desgaste vano.

Sé muy bien que desgastar es a veces adquirir: tal el caso del deporte o de las recreaciones, descanso activo que no sólo hay que tolerar sino exigir. Pero no es éste el caso de las noches. Para la noche, existe un doble reposo, uno espiritual, otro físico: el reposo en Dios y el reposo en la naturaleza maternal. El primero bien lo procura la oración; en cuanto al

otro, el reposo del cuerpo, desde que él precede al reposo más completo de la noche, es necesario que le sirva de antecedente.

Debe uno entregarse, en las horas postreras del día, a los ritmos lentos de los cuales la respiración nocturna es el modelo. Dejar que se ejerciten en nosotros los determinismos fáciles, que las modalidades reemplacen a las iniciativas, las costumbres familiares a la actividad esforzada, en una palabra, cesar de querer, en cierta manera, para que el renunciamiento total de la noche quede así inaugurado: tal es la sabiduría. Y la sabiduría se reconocerá en la estructura de esta vida atenuada, en esta actividad que declina. La familia tendrá aquí su parte; una conversación apacible sellará la unión de las almas; un cambio de impresiones recibidas, de proyectos formados; allí habrá confirmación de miras y fines; habrá consuelo en la muerte del día; reinará la armonía y se habrá celebrado así una digna vigilia para la fiesta que debe significar para el cristiano todo nuevo día.

El que duerme toma a veces, sin saberlo, la posición que antaño tenía en el seno materno. Puede verse en esto un símbolo. El reposo hace volver a los orígenes: orígenes de la vida, orígenes de la fuerza, orígenes de la inspiración; hay un nuevo retemple; el recogimiento general de la noche tiene esta significación. Pero ese retemplamiento no representa una nueva agitación; significa refugiarse, significa procurar a la savia humana, por su concentración pacífica, una nueva vigorización; significa restaurar en nosotros

la vida orgánica y la vida inefable por medio de un feliz reposo, por la oración, el silencio y el sueño.

IV

Los Momentos de Plenitud

Llegamos a algo que no es ya preparación, prolongamiento, descanso provechoso, reposo como antecedente del trabajo, llegamos al trabajo propiamente dicho, al tiempo consagrado a la concentración provechosa, al esfuerzo pleno. De esta manera llamaremos a esas cumbres de nuestra vida intelectual consideradas en cuanto a su duración: los instantes de plenitud.

La mayor parte de este ensayo no tiene otro objeto que considerar el buen empleo de ese tiempo; nuestra cuestión debe consistir, por tanto, en ordenarlo en sí mismo, en centrarlo, en preservarlo, en encontrar la forma de guardar la "celda interior" contra las invasiones exteriores que la amenazan.

Siendo de valores tan desiguales los momentos de nuestra vida, y obedeciendo a leyes muy diversas la repartición de esos valores en cada uno de nosotros, no es posible dar una regla absoluta, pero debe insistirse sobre esto. Examinaos vos mismo, comprended bien lo que es vuestra vida, lo que ella os permite, lo que os da u os niega, lo que por sí misma os propone para las horas de actividad.

¿A estas horas las favorecerá la mañana, la tarde o parte la mañana y parte la tarde? Vos solo tendréis que decirlo pues sólo vos conocéis vues-

tras obligaciones y vuestra naturaleza, de donde surge la estructura impuesta a vuestras jornadas.

Cuando sólo se dispone de pocas horas y se puede ubicarlas libremente, parece que la mañana debe obtener la preferencia. La noche os ha renovado; la oración os ha dado alas; la paz reina a vuestro alrededor, y el enjambre de las distracciones no zumba aún. Para algunos puede ser conveniente lo contrario. Si el sueño no es tranquilo la mañana es angustiosa y somnolienta. O bien la soledad falta; se buscan entonces las horas de aislamiento.

Sea lo que se quiera, hecha la elección, será necesario ordenar los instantes elegidos y ordenarse uno mismo para su aprovechamiento integral. Será necesario preverlo todo para que nada venga a molestar, disipar, reducir o debilitar esos preciosos momentos. Deseando para ellos la plenitud, excluidles las preparaciones lejanas, tomad todas las disposiciones útiles; sabed lo que queréis hacer y en qué forma, reunid los materiales, las notas, los libros y no tengáis ocasión de distraeros, a causa de meros detalles.

Además, para que ese tiempo quede asegurado y sea verdaderamente libre, vuestro despertar sea pronto, exacto y vuestra alimentación liviana; huid de las vanas conversaciones, de las visitas inútiles, limitad la correspondencia a lo estrictamente necesario; arrinconad los periódicos. Estas prescripciones que ya vimos correspondían como salvaguardia de toda vida de estudio se aplican con más razón que nunca a lo que constituye su centro.

En esa forma, todo dispuesto, todo previsto, se

estará en estado de producir; se podrá emplear uno a fondo, absorberse y dar lo máximo; la atención no encontrará motivo de distracción; el esfuerzo no se verá interrumpido. Hay que huir de todo trabajo hecho a medias. No hay que imitar a los que permanecen mucho con laxitud ante su mesa de trabajo. Más vale reducir el tiempo y profundizarlo, acrecentando su valor, que es lo que en definitiva cuenta.

Haced cualquier cosa o bien no hagáis nada. Pero lo que decidáis hacer hacedlo con entusiasmo, con ánimo, y el conjunto de vuestra actividad sea una serie de nuevos comienzos. El trabajo hecho a medias, que es un reposo a medias, no favorece ni el reposo ni el estudio.

Invocad entonces a la inspiración. Si la diosa no os escucha siempre, estad seguros de que ella está bien dispuesta siempre en favor de los esfuerzos sinceros. No se trata de violentarse sino de orientarse, de enfocar el propósito, apartando del campo visual, a semejanza del tirador, todo lo que no sea el blanco. Renovad el "espíritu de oración", estad en estado de eternidad, con el corazón sometido a la verdad, el espíritu sumiso a las grandes leyes, la imaginación abierta como alas dispuestas a volar y con todo vuestro ser sintiendo sobre sí, aun durante el día que no desertan, las estrellas silenciosas. Bajo vuestros pies, muy abajo, estarán los bullicios de la vida, ya no los percibiréis, sólo oiréis el canto de las esferas, que en el sueño de Escipión simbolizan la armonía de las fuerzas creadoras.

Identificarse así con la verdad, abstraerse de

lo demás, y, si se me permite la expresión, tomar un pasaje para un mundo diferente, tal es el verdadero trabajo. De este trabajo hablamos cuando decimos que dos horas por día bastan para una obra. Evidentemente, es poco, más llenadas todas las condiciones, eso en verdad es suficiente y vale más que las presuntas quince horas con las que tantos charlatanes abruman los ecos.

Ciertos verdugos del trabajo han alcanzado en realidad esa cifra fabulosa; su caso viene a ser lo que bien puede llamarse una dichosa monstruosidad, siempre que eso no sea una desastrosa locura. Los trabajadores normales aprecian entre dos y seis las horas en que puede haber rendimiento de un modo durable y realmente fecundo. La cuestión principal no está allí, está en el empleo de esas horas, en el espíritu.

A quien conoce el precio del tiempo, nunca le falta. No pudiendo alargarle, lo sobreestima, y sobre todo, no lo malgasta. El tiempo tiene un espesor, como el oro; más vale la medalla con espesor bien acuñado y de línea pura que la lámina dilatada por el arte del batidor.

Batidor, batido: la alianza de las palabras tiene aquí una particular significación. Muchos se contentan con apariencias, con veleidades confusas, zumban siempre y nunca trabajan.

Es bueno hacer notar que la labor cotidiana de trabajo profundo no puede ser más uniforme que la vida intelectual en su conjunto. Proporcionalmente, tiene las mismas fases; ella se inicia paulatinamente, a veces penosamente, culmina y después se fatiga. Es

un ciclo completo, con su mañana fresca, su mediodía ardiente, su tarde que declina. Es bueno ser Josué en esa tarde para que la batalla siempre muy corta se prolongue.

Habrá ocasión de volver sobre las condiciones de esa claridad protegida; ahora sólo enseñaré una sola: defender la soledad con una aspereza sin contemplaciones. Si tenéis deberes otorgadles el tiempo normal que les pertenece; si tenéis amigos, convenid oportunas entrevistas; si algunos importunos os solicitan, cerradles amablemente vuestro rincón.

Es indispensable, durante las horas sagradas, no solamente que no seáis molestado sino también que sepáis que no os molestarán; una seguridad completa os defienda por ese lado, para permitiros una tensión provechosa. Un lujo de precauciones severas en este mismo sentido nunca estaría demás. Cerbero cuide vuestra puerta. Toda exigencia exterior distrae la atención interior y puede malograr preciosos hallazgos para vuestra mente. "Cuando los semidioses se van, los dioses llegan" (Emerson).

Es bueno insistir acerca de que este retiro completo, único ambiente favorable para la labor que consideramos, no debe ser tomado en sentido material. Una compañía puede asegurar en lugar de disipar vuestra tranquilidad. Tened cerca de vos un trabajador igualmente entusiasta, un amigo absorbido por alguna inquietud u ocupación armoniosa, un alma singular que comprenda vuestra obra y se una a ella, apoye vuestro esfuerzo con silenciosa ternura

y con un ardor encendido en el vuestro: esto no es una distracción, es una ayuda.

En ciertos días, en las bibliotecas públicas, nos sentimos penetrados del recogimiento y llevados por él a todas partes como una atmósfera. Una impresión religiosa nos subyuga; nadie intentaría distraerse, ni podría decaer. Cuantos más adoradores haya en torno de nosotros que rindan a lo verdadero un culto en espíritu y en verdad, tanto más solos estaremos ante lo único verdadero y tanto más fácil y deleitosa nos resultará la contemplación.

El hogar de un joven matrimonio donde en el cuarto del esposo puede verse el escritorio o el costurero de la esposa y en el que el amor sabe cernirse y callar dejando flotar sus alas al viento del ensueño noble y de la inspiración, es también una imagen del trabajo.

En la unidad de la vida, tal como un matrimonio cristiano la inaugura, existe un lugar para la unidad del pensamiento y de su recogimiento necesario. Cuanto más las almas hermanas estén identificadas, tanto más se verán defendidas contra lo externo.

Siempre es exacto que una vez bien comprendida y bien preparada, la soledad debe ser defendida obstinadamente. Nada debe interrumpirla; ni ha de haber amigos indiscretos, ni parientes inconscientes, ni viajeros, ni la misma caridad. Uno no puede tener caridad para todo a la vez. Pertenecéis a la verdad: a ella le debéis vuestro culto. Fuera de los ca-

sos indiscutibles, nada debe prevalecer sobre la vocación.

El tiempo de un pensador, cuando lo aprovecha verdaderamente, es, considerándolo bien, una caridad universal; no hemos de apreciarlo de otro modo. El hombre de lo verdadero pertenece al género humano juntamente con la misma verdad; ningún egoísmo se ha de temer cuando uno se ha aislado celosamente por esta sublime y universal bienhechora de los hombres.

Sabed, por otra parte, haceros perdonar afectuosamente por aquellos a quienes abandonáis y a los que a veces apenáis de este modo. Comprad vuestra soledad; pagad vuestras libertades empleando delicadas atenciones y afectuosas abnegaciones. Es deseable que vuestro retiro sea más útil a todos que vuestro concurso. En todo caso que sea muy poco oneroso. Cumplid, y vuestra relativa independencia tenga como compensación vuestra absoluta dependencia cuando reaparezcan los deberes.

CAPITULO V

El Campo del Trabajo

I

La Ciencia Comparada

No es posible dar un consejo preciso acerca de lo que conviene aprender, y menos aún sobre la dosis de los elementos comprendidos dentro de un plan premeditado de trabajo. Santo Tomás no ha hecho sobre esto ninguna mención en los *Diez y Seis Preceptos.* En realidad, es cosa de la vocación personal, en estrecha dependencia con el fin perseguido. A pesar de lo cual, algunas indicaciones son posibles, y darlas puede servir como punto de partida para útiles reflexiones.

No tomaremos la cuestión desde su origen primitivo; hablamos a personas que han cursado sus estudios y se proponen organizar o completar conocimientos profundos. En esta forma, el tema exige fijar la atención en las observaciones muy interesantes del P. Gratry relativas a la *Ciencia Comparada.* Podrá pensarse que el desenvolvimiento de este tema en las *Fuentes* ha envejecido un poco: pero el fondo siempre es válido y bien merece por parte de los jóvenes intelectuales serias meditaciones.

Ciencia comparada, decimos, y por ello entendemos la ampliación de las especialidades mediante la conjunción de todas las disciplinas conexas, y luego, la relación de esas especialidades y de su conjunto con la filosofía general y con la teología.

No es sabio, no es fecundo, aun cuando se persiga una especialidad bien determinada, encerrarse en ella desechando toda otra luz. Esto significaría colocarse anteojeras. Ninguna ciencia se basta; ninguna disciplina considerada aislada es luz suficiente para sus propias vías. Desvinculada, ella se contrae, se debilita, y en la primera ocasión se extravía.

Una cultura parcial es siempre indigente y precaria. A poco andar, el espíritu se resiente; yo no se qué libertad de movimientos, qué seguridad en la marcha le faltan y paralizan sus actitudes. Un "fruto seco" esto es, un *fracasado,* es aquel que nada sabe, pero también el que se ha reducido y desecado por haber hecho prematuramente exclusiva su savia.

Es posible afirmar sin paradoja que cada ciencia bien profundizada daría las demás ciencias, la ciencia daría la poesía, la poesía y las ciencias, la moral, después la política y también la religión, en lo que ella tiene de humano. Todo está en todo y un enclaustramiento no es posible más que por abstracción. Abstraer no es mentir, dice el proverbio: *abstrahere non est mentiri;* pero siempre a condición de que la abstracción que distingue, que aisla metódicamente, que concentra su luz sobre un punto, cuide de no separar de aquello que estudia lo que más o menos directamente se le vincula. Cortar así toda

comunicación al propio objeto, sería falsearlo, pues sus vinculaciones son parte del mismo.

¿Será posible estudiar una pieza cualquiera de reloj sin pensar en la pieza que está a su lado? ¿Será posible estudiar un órgano haciendo abstracción del cuerpo? No es posible avanzar mucho en física o en química sin las matemáticas, en astronomía sin mecánica y geología, en moral sin psicología, en psicología sin ciencias naturales, en nada sin historia. Todo se vincula, se sostiene, se entreayuda; las luces se entrecruzan y se aumentan mutuamente y un tratado inteligente de cada una de las ciencias siempre alude más o menos a las demás.

Si se pretende adquirir, pues, un espíritu abierto, claro, verdaderamente esforzado, hay que desconfiar antes que nada de toda especialidad. Las bases se establecen de acuerdo a la altura que se pretende alcanzar. Hay que dar a la excavación un ancho que esté de acuerdo con la profundidad que debe tener. Comprended, por lo demás, que el saber no es ni una torre ni un pozo, sino una habitación de hombre. Un especialista, si deja de ser hombre, es un burócrata; su espléndida ignorancia hace de él un extraviado entre los humanos; llega a ser inadaptado, anormal y necio. El intelectual católico no deberá copiar ese modelo. Perteneciendo al género humano, por su vocación, quiere ante todo formar parte del mismo, y de esa manera marchará sobre el suelo con paso firme, con bases de sustentación y no con breves saltos inseguros.

Nuestro saber ha intentado sondear la noche en

todo sentido; nuestros sabios sumergen en ella sus manos para volver trayendo estrellas; ese noble esfuerzo y sus resultados no es indiferente para ningún pensador verdadero. Seguir hasta un cierto punto las exploraciones de cada investigador, significará para vos una obligación que se traduce en una capacidad decuplicada para vuestras propias investigaciones. Cuando volváis a lo particular habiendo experimentado así varias culturas, extendido vuestras miradas, poseído el sentido de las relaciones mediante las profundidades, estaréis en condiciones muy distintas a las del confinado en una disciplina estrecha.

Toda ciencia cultivada por separado, no solamente no se basta sino que también presenta peligros que todos los hombres sensatos han reconocido. Las matemáticas aisladas falsean el juicio en cuanto habitúan a un rigor inexistente en otras ciencias y en la vida real. La física y la química obsesionan por su complejidad y no dan al espíritu ninguna amplitud. La filosofía empuja hacia el materialismo, la astronomía a la divagación, la geología os convierte en un galgo olfateador, la literatura os vacía, la filosofía os infla, la teología os entrega a lo falso sublime y al orgullo doctoral. Es necesario pasar de un espíritu a otro para corregir el uno por el otro; es necesario que los cultivos se suplanten para no agotar el suelo.

Y no se vaya a creer que perseguir *hasta un cierto grado* adecuado este estudio comparado signifique una sobrecarga y un retardo para el estudio es-

pecializado. No hay sobrecarga, pues las iluminaciones que se encuentran en la comparación facilitan toda otra tarea; adquiriendo amplitud, el espíritu se encuentra más apto para recibir la carga propia sin encontrarse postrado.

Cuando uno alcanza el centro de las ideas, todo se le hace más fácil, ¿y qué medio mejor para tener acceso a ese centro que el de probar diferentes vías, las que, al modo de rayos de un círculo, dan todas la impresión de una convergencia y de un entrecruzamiento común?

Conozco a un políglota que en quince días domina una lengua desconocida. ¿Cómo? Porque sabe muchas otras. Con un solo golpe de vista capta el espíritu del nuevo idioma, sus caracteres fundamentales, su constitución entera. Las ciencias son lenguas diversas por las cuales la naturaleza inefable es balbuceada penosamente por los hombres; descifrar varias es favorecer a cada una de ellas, pues en el fondo no son más que una.

Además, el instinto potente y el entusiasmo despiertos en todo hombre bien dotado por esta manera de viajar a través de la ciencia, de explorar esos magníficos dominios como se visitan alternativamente los "fiords" de Noruega, el Cuerno de Oro, las Pirámides egipcias, las pampas de América y los palacios chinos, ese ardor en cierta manera épico, de que se contagia una inteligencia despierta al contacto de las grandezas del espíritu, comunica al estudio un calor imaginativo y facilidades maravillosas.

Un rabino, a quien se le reprochaba que recar-

gaba la ley, decía: "Cuando una vasija esta llena de nueces, siempre es posible poner allí muchas medidas de aceite"; el nombrado tenía celo, que en relación a la capacidad espiritual, corresponde al calor que dilata los cuerpos. Una copa expuesta al sol admite un mayor contenido que en la sombra. Un espíritu embriagado ante el espectáculo de lo verdadero, abierto por él como un arco iris, llega a ser capaz sin fatiga de adquirir con goce conocimientos que abrumarían al triste secuaz de una sola ciencia.

Los más grandes hombres se han mostrado siempre en mayor o menor grado universales; destacados en alguna parte, han sido en otras por lo menos curiosos, a veces sabios, a veces también especialistas, en lo que no era su propia materia. No sería posible confinar en una sola cultura a hombres como Aristóteles, Bacón, Leonardo de Vinci, Leibnitz o Goethe. H. Poincaré en la Academia de Ciencias asombraba a los colegas de todas las secciones por sus vistas geniales. Consultarlo, era colocarse inmediatamente en el centro del saber, allí donde desaparecen las ciencias particulares.

¿Que no tenéis estas pretensiones? Está bien; pero para todos, en su medida, lo que los grandes han practicado, permanece como indicación fecunda. El plan debe ser amplio ya que poco a poco se restringirá conforme al tiempo consagrado a cada estudio secundario, y hay que desear que no lo sea de acuerdo a la amplitud de la mirada y del espíritu de trabajo.

Elegid bien los consejeros. Uno entre mil para el conjunto, otros para cada parte, si es necesario.

Distribuid el tiempo, ordenad la sucesión de los conocimientos: nunca esto podría dejarse al azar.

En cada cosa, id a lo esencial, sin rodeos; hay que hacer a un lado las minucias: no es por ellas que las ciencias se vinculan; a veces podrá ser por sus detalles, pero serán en tal caso detalles característicos, vale decir, siempre el fondo.

Por otra parte, no podréis gobernaros en todo esto, sin haberos penetrado de lo que nos queda por decir.

De igual manera que ninguna ciencia particular puede prescindir por completo de las otras, tampoco el conjunto de las ciencias se basta sin aquélla que podemos denominar la reina de todas ellas: la filosofía; (1) ni el conjunto de los conocimientos humanos sin esa sabiduría que se desprende de la ciencia divina por sobre todas: la teología.

El ilustre Padre Gratry, ha consignado sobre esta cuestión verdades capitales, y Santo Tomás, con mucha más profundidad todavía, ha señalado el lugar, el rango de las dos reinas de ese doble reinado (2).

---

(1) Es significativo que en la actualidad, el sabio es invitado por su propia ciencia a elucidar problemas que hasta ahora sólo dependían de la filosofía: causalidad, determinismo, probabilidad, continuidad y discontinuidad, espacio, tiempo, etc. Lógicamente, el sabio debería recurrir al filósofo para comprender esas nociones; pero aquél a menudo se desentiende, contento con sus antiguos marcos, y debe filosofar consigo mismo, lo que hace sin experiencia y por la general en forma deficiente.

(2) Ver, en particular, en la **Suma Teológica**, toda la **Primera Cuestión**; en el Comentario sobre el **De Trinitate**, de Boecio, la **Cuestión II**, art. 2; en el **Contra Gentes**, el Capítulo Primero del Libro Primero.

Las ciencias, sin la filosofía, se descoronan y se desorientan. Las ciencias y la filosofía, sin la teología, se descoronan todavía en una forma peor, pues la corona que ellas repudian es una corona celeste, y se desorientan más irremisiblemente, pues la tierra sin el cielo no encuentra ni la trayectoria de su giro ni las influencias que la hacen fecunda.

Hoy día que la filosofía ha declinado, las ciencias se ven sin apoyo y se desintegran; hoy día que la teología es ignorada, la filosofía es estéril, y a nada llega, hace crítica sin brújula y también sin brújula historia; es a menudo sectaria y destructora, a veces comprensiva y acogedora, pero nunca llega a probar ni a dar verdaderamente luz; no enseña. Y para esos maestros que tienen la doble desgracia de ignorar y de ignorar que ignoran, la teología es una cosa que nada tiene que hacer con lo que no sea del otro mundo.

Sí, verdaderamente, del otro mundo, es la teología en cuanto a su objeto; pero el otro mundo incluye a éste, lo continúa en todo sentido, por detrás, por delante, por encima, y no es entonces extraño que lo ilumine.

Si el intelectual católico pertenece a su tiempo, nada mejor podrá hacer que trabajar en la medida en que sea capaz para restituir ese orden que nos falta. Lo que hace falta en lo presente desde el punto de vista doctrinario, no es la dosis del saber, es la armonía del saber, armonía que no se obtiene si no es por

medio de un llamado a los primeros principios. (1)

El orden del espíritu debe corresponder al orden de las cosas, y desde que el espíritu no se instruye verdaderamente si no es por búsqueda de las causalidades, el orden del espíritu debe corresponder al orden de las causas. Existiendo, pues, un Ser primero y una Causa primera, allí culmina y se ilumina en último término el saber. Como filósofo ante todo, por medio de la razón; como teólogo, después, utilizando las luces venidas de las cumbres, el hombre de la verdad debe centrar su búsqueda en lo que es punto de partida, regla y fin a título propio y primero, en cuanto es todo para todo y para todos.

El orden no acude, en ningún género de objetos un pueblo. Al presente, hemos repudiado los principios, jerárquicamente ordenados sin excluir el primero, desempeñan su misión de *príncipes*, de *jefes*, como en un ejército, como en una casa ordenada, como en un pueblo. Al presente, hemos repudiado los principios primeros y el saber se ha dispersado. Sólo nos quedan restos, magníficos objetos de pura imitación y carecemos de vestidos, magníficos ensayos y carecemos de libros acabados, no hay Biblia.

Las *Sumas* fueron antaño las Biblias del saber; ya no tenemos Sumas, y ninguno de entre nosotros es capaz de escribir una. Todo está en estado caótico.

---

(1) Carlos Dunan ha escrito esta frase significativa: "Para la filosofía moderna, los problemas trascendentales son nulos e indiferentes. Pero la recíproca es verdadera: si esos problemas existen, la filosofía moderna no existe". Los Dos Idealismos.

Mas, por lo menos, si bien una Suma colectiva es prematura, cada hombre que piensa y desea verdaderamente *saber* puede tratar de constituir su Suma personal, esto es, de introducir el orden en sus conocimientos mediante un llamado a los principios de ese orden, vale decir, filosofando y coronando su filosofía con una teología sumaria, pero profunda.

Los sabios cristianos, desde el comienzo hasta fines del siglo XVII fueron todos teólogos, y los sabios, cristianos o no, hasta el siglo XIX fueron todos filósofos. Desde entonces el saber ha declinado; ha ganado en extensión y perdido en altura y, por lo tanto, también en profundidad, pues la tercera dimensión tiene dos sentidos que se corresponden. Es de desear que el católico consciente de esta aberración y de sus consecuencias no sucumba en ella; que convertido en intelectual o deseoso de serlo, intuya la intelectualidad completa; que se dé a sí mismo todas las dimensiones del saber.

"La teología, dice el P. Gratry, ha venido a insertar en el árbol de la ciencia un injerto divino, gracias al cual ese árbol puede dar frutos que no son propiamente los suyos. Nada le quita de su savia, al contrario, le da un curso glorioso. En razón de ese ímpetu nuevo dado al saber, de ese llamado d las adquisiciones humanas en favor de una colabo ración celeste, todos los conocimientos resultan vivi ficados y todas las disciplinas engrandecidas. La unidad de la fe otorga al trabajo intelectual el carácter de una cooperación inmensa. Es la obra colectiva de los humanos unidos en Dios. Y por eso la ciencia

cristiana, tal cual se encuentra y con más razón cuando sea escrita la Suma de los tiempos modernos, tiene necesariamente que sobrepasar en amplitud y en inspiración todos los monumentos de la antigüedad y del neopaganismo. Las Enciclopedias no están más cerca de ello que Babel de las catedrales".

Quien busca lo verdadero, no puede ignorar sin gran perjuicio tal tesoro. Podemos pensar que la próxima generación, puesta en el camino por la actual que ha superado notoriamente a sus mayores, se interesará seriamente y sin respeto humano por la ciencia de las ciencias, el cantar de los cantares del saber, la teología inspiradora, única finalmente conclusiva. En ella hallará a la vez la madurez y el vuelo, el lirismo poderoso y sereno que es la vida completa del espíritu.

No es tan difícil como parecería profundizar la teología, y no se trata de un estudio muy extenso el que se hace necesario para llegar al grado de comprensión adecuado. Adoptarla como especialidad, sería distinto. Consagrarle cuatro o cinco horas por semana durante los cinco o seis años que requiere una formación, sería lo suficiente; hecho eso, no quedaría sino conservar.

Pero lo que se hace indispensable es no recurrir a malos maestros. Id cuanto antes a Santo Tomás de Aquino. Estudiad la *Suma,* sin descuidar, antes, informándoos muy exactamente acerca del contenido de la fe. Tened a mano el *Catecismo del Concilio de Trento,* que representa una poderosa síntesis teoló-

gica [1]. Poseed plenamente este manual y perseguid, con Santo Tomás, metódicamente y día a día, el desenvolvimiento racional de la ciencia divina. El texto os podrá parecer en un principio árido, abstruso; después, poco a poco, las luces destacadas brillarán; las primeras dificultades vencidas tendrán como recompensa nuevas victorias; llegaréis a comprender el lenguaje del nuevo país, y al cabo de cierto tiempo, circularéis allí como en vuestra casa, experimentando que esa vuestra casa es una sublime morada.

Estudiad, por supuesto, en latín. Las traducciones de la Suma son por lo general hechas en forma que la traicionan; son siempre insuficientes. Quien se dejara detener por el pequeño esfuerzo de descifrar una lengua que cualquiera puede llegar a dominar en dos meses, no merecería que uno se preocupara mucho por su formación [2]. Hablamos para los estudiosos. Los que están deseosos de entrar en la "bodega del vino", es necesario que se tomen el trabajo de buscar la llave.

Ciertas obras de introducción que facilitan el contenido de Santo Tomás, sirviendo de "prelibación", os serían muy útiles. No hay por qué acobar-

(1) A título auxiliar me permito señalar el *Catecismo de los Incrédulos* que publiqué deseando facilitar en la actualidad la comprensión de la doctrina cristiana y sus fundamentos.

(2) Aun cuando el autor se refiera al latín particular de la ciencia teológica de Santo Tomás, podemos creer que ha incurrido en un exceso de optimismo en su consejo. Por otra parte, en la actualidad existen modernas versiones de la obra cumbre del Santo en lenguas vulgares que no merecen quizás el juicio desfavorable que hace el autor. (N. del T.).

darse ni detenerse, y haréis muy bien en tomaros de esa mano que se tiende para ayudaros a marchar. (1)

Por otra parte, un comentarista de espíritu amplio y bien informado constituye en un comienzo un apreciable recurso, diría más, un recurso del que no es posible prescindir. El os iniciará paulatinamente en el vocabulario especial del tomismo, os evitará dudas y malas interpretaciones, aclarará un texto mediante otro, os señalará las sendas y protegerá vuestra marcha contra los pasos falsos. Sin embargo, convencido como estoy del perjuicio que causan los inhábiles, de la desnaturalización y especie de escándalo que producen los necios comentarios, os repito: Buscad antes la soledad que un concurso pobre. Esforzaos en romper la nuez; ella lastimará vuestras manos, pero al fin cederá, y Santo Tomás mismo instruirá a su discípulo.

A este efecto, conviene consultar con cuidado, con motivo de cada artículo, los pasajes diferentes hacia los cuales las ediciones os remiten: consultad el *Index Tertius*, ese tesoro imperfecto pero tesoro empero; comparad, haced que los documentos se comenten, se completen y haced vos también vuestro comentario. Excelente gimnasia ésta, que dará a vuestra mente flexibilidad, vigor, precisión, odio al sofisma y al poco más o menos, amplitud, y a la vez acumulación progresiva de nociones claras, profundas, bien encadenadas, siempre vinculadas con sus principios

(1) Cf. Como obra elemental: J. Maritain. **Elementos de Filosofía.** Para el trabajo más adelantado: A. D. Sertillanges, **Santo Tomás de Aquino.**

esenciales y constituyendo, por su coadaptación, una vigorosa síntesis.

II

El Tomismo, Marco Ideal del Saber

Llego de este modo, naturalmente, a exponer mi pensamiento relacionado con el tomismo considerado como marco de una ciencia comparada. Es incontestable la utilidad que significa poseer lo antes posible y mejor desde un comienzo, un conjunto de ideas rectoras que formen cuerpo, y capaz, como el imán, de atraer y subordinar a sí mismo todos nuestros conocimientos.

Quien carece de eso, en el mundo intelectual, se asemeja al viajero que fácilmente se inclina al escepticismo y a frecuentar mil civilizaciones distintas y doctrinas adversas.

Esta confusión es uno de los grandes males de nuestro tiempo. Apartarse de tan falsa concepción, gracias al equilibrio intelectual que procura una doctrina segura, significa un beneficio incalculable. Y el tomismo es a este respecto soberano.

Al decir esto preveo las incomprensiones. Las experimenté en 1920 y debo esperarlas también ahora. Con todo, creo útil decir a quien quiera otorgarme alguna confianza: cuanto más ando, más me convenzo de que allí está verdaderamente el porvenir para nuestras inteligencias católicas, para su valorización, y, *sobre todo,* para su adaptación a la época actual. Cualquier cosa digan los partidarios del bar-

co más moderno, el peso de una doctrina y su novedad son dos cosas distintas. El genio no tiene edad. En cuanto se trata de las cosas eternas, la sabiduría consiste en dirigirse a quien supo, en una época cualquiera del tiempo, llegar a lo más profundo del corazón de la eternidad.

Por lo demás, señalo aquí un escollo. Deslumbrados por la gloria de Santo Tomás, muchos lo abordan con entusiasmo. Allá veremos. Y después de dos o tres páginas leídas se desencantan. Es que sin ninguna clase de dudas esperaban ellos encontrar allí en lugar de gruesos lingotes de oro, joyas de última moda, y naturalmente se ven defraudados. Pero es un error abordar las obras maestras del pensamiento como las del arte o de la naturaleza, comparándolas a las ideas vagas y falsamente grandiosas que nos hacemos de ellas. No se adaptan a nuestra concepción, pero eso no quiere decir que sus sólidas perfecciones no existan, y es necio privarse de ellas por no haber contado con ellas, por no haberse adaptado a ellas.

Insisto, pues, diciendo a los jóvenes católicos que esto leen: Estudiad a Santo Tomás, es el hombre de este tiempo. Podría creerse que fué creado siete siglos ha para satisfacer nuestra sed. Comparado con las aguas fangosas que se nos presentan, él es una vertiente pura. Después que hayáis vencido con un esfuerzo vigoroso las primeras dificultades de una exposición arcaica, él confortará vuestra mente, la establecerá en la claridad plena y le ofrecerá un ho-

rizonte a la vez flexible y preciso para sus adquisiciones ulteriores.

El tomismo es una síntesis. No por eso es una ciencia completa; pero la ciencia completa puede apoyarse en él como en un poder de coordinación y de sobreelevación casi milagroso, Si un Papa ha podido decir de la obra de Santo Tomás, considerada en detalle, *Quod articuli, tot miracula,* con mucho mayor razón el conjunto es un prodigio.

Estudiad este sistema, apreciad sus caracteres, juzgad sus ideas motrices; luego, el orden de éstas, la fecundidad de su genealogía descendente, la abertura del ángulo, o, más precisamente, la capacidad vital de cada noción ante los hechos y las nociones accesorias que pueden nutrirla; y veréis entonces con admiración que ningún conjunto parcial puede ser comparado con este como fuerza atractiva en relación a todo, que ningún grano tiene el poder de absorber y canalizar tanto los jugos de la tierra.

El tomismo es una posición del espíritu de tal modo bien elegida, de tal manera alejada de todos los extremos, donde se cavan los abismos, tan central con relación a las cumbres, que uno es llevado a él lógicamente desde todos los puntos del saber y que, sin encrucijadas, uno irradia su luz en todas las direcciones del pensamiento y de la experiencia.

Otros sistemas se oponen a los sistemas vecinos: éste los concilia a todos en una luz muy alta, habiendo intuído lo que los seduce y preocupándose de hacer justicia a lo que ellos tienen de justo. Otros sistemas han sido desmentidos por los hechos: el nues-

tro viene a su encuentro, los rodea, los interpreta, los clasifica y los consagra como un derecho.

Ninguna metafísica ofrece a las ciencias de la naturaleza principios de arreglo y de interpretación superior más provechosos; ninguna psicología racional está en mejores relaciones con lo que la psicología experimental y las ciencias conexas han encontrado; ninguna cosmología es más centrada y más acogedora de los descubrimientos que han desconcertado tantas leyendas de la antigüedad; ninguna moral sirve mejor el progreso de la conciencia humana y de las instituciones.

No me es posible intentar aquí la prueba ni siquiera sucinta del fundamento irrebatible de estas afirmaciones, y confiando en que cada uno lo experimente por su cuenta, doy una prueba de mi convicción. Y la confianza del católico, ¿no debe ir naturalmente hacia aquélla que ha recibido la misión y la gracia de guiar desde lo alto el vuelo de su espíritu?

La Iglesia cree en la actualidad, como lo ha creído desde un primer momento, que el tomismo es un arca salvadora, capaz de mantener a flote los espíritus en medio del diluvio de las doctrinas. Ella no lo confunde en manera alguna con la fe, ni mucho menos con la ciencia en toda su amplitud; sabe muy bien que él es falible y que, en lo que es teoría transitoria, ha participado de los errores de los tiempos; pero estima que su contextura responde en su conjunto a la constitución de lo real y de la inteligencia, y comprueba que tanto la ciencia como la fe

concurren allí, pues él mismo se ha colocado entre ellas como un castillo en una encrucijada.

En este dominio no caben las imposiciones; pero al que se decide por la ciencia comparada, o sea a quien se propone acometer a un tiempo las ciencias particulares, la filosofía y la teología, como una sola y única investigación, le digo: pedid consejo; tratad de encontrar en vuestro corazón suficiente fe en vuestra guía secular, a fin de no mezquinarle una libre adhesión filial. Si triunfáis en ese propósito, vuestra fidelidad tendrá su recompensa, y subiréis así a un nivel que es inaccesible para el individualismo orgulloso y para el modernismo que renegó de las bases eternas.

III

La Especialidad

Completemos sin más trámite lo dicho acerca de las ciencias comparadas, para que nadie crea que con ese pretexto somos partidarios de una ciencia enciclopédica. Cuanto más uno sabe, bajo ciertas condiciones, tanto mejor; pero en realidad, no siendo posible llenar esas condiciones, y hoy día menos que nunca, el espíritu enciclopédico es enemigo de la ciencia.

La ciencia consiste más en profundidad que en extensión. La ciencia es un conocimiento por las causas, y las causas se hunden como raíces. Es necesario sacrificar siempre la extensión en favor de la penetración, por la razón sencilla de que esa extensión, por sí misma, nada significa, y que la pene-

tración, conduciéndonos a la esencia de los hechos, nos proporciona la substancia de lo que buscábamos en una persecución sin límites.

Hemos abogado por una cierta extensión, más en favor de la profundidad misma y a título de formación; obtenida ésta y asegurada la profundización de sus posibilidades, es el momento de investigar, y esto lo permite solamente la especialización.

Es frecuente que lo que es indispensable al principio, se vuelva luego hostil. La hostilidad se manifestaría aquí de muchas maneras y conduciría, por vías diferentes, a la decadencia del espíritu.

En primer lugar, cada uno tiene sus capacidades, sus recursos, sus dificultades internas o externas, y habría que preguntarse si sería sabio cultivar con igual intensidad aquello para lo cual uno tiene predisposición que aquello que está más o menos alejado de nuestras posibilidades. Vencer una dificultad está muy bien; es necesario hacerlo; pero la vida intelectual no debe ser una acrobacia permanente. Es muy importante que el trabajo sea hecho dentro del gozo, lo que equivale a decir dentro de una facilidad relativa, y en consecuencia dentro del sentido de nuestras aptitudes. Es necesario que, al avanzar desde un comienzo por diversas vías, se llegue al descubrimiento de uno mismo, y una vez que la propia vocación especial se manifieste, darle la preferencia.

Existe además un peligro que acecha a los espíritus que se extienden demasiado: el de contentarse con poco. Satisfechos de sus exploraciones a través de todo, detienen el esfuerzo; sus progresos, rápidos

en un principio, se asemejan a los fuegos fatuos. Ninguna energía puede ser desplegada durante mucho tiempo si no está estimulada por la dificultad creciente y sostenida por el interés también en aumento de una investigación laboriosa.

Una vez examinado el conjunto, juzgado en sus relaciones y en su unidad a la luz de los principios fundamentales, es urgente, si no se quiere uno estancar en un lugar, emprender una empresa determinada, limitada, adecuada a las fuerzas con que se cuenta y en adelante darse a ella de todo corazón.

Nuestras proposiciones anteriores encuentran en esto su recíproca. Decíamos: es preciso entrar en distintas vías para adquirir el sentido de las relaciones; es menester trabajar la tierra ampliamente para llegar a profundidades. Hecho esto, si uno se concreta a cavar en el centro, esa aparente exclusividad será provechosa para todo el espacio, el fondo del pozo mostrará todo el cielo. Desde que uno domina a fondo alguna cosa, por poco que no ignore las demás, estas otras cosas en toda su extensión obtienen el beneficio del viaje hacia las profundidades. Todos los abismos se parecen y todos los fundamentos se relacionan.

Por otra parte, suponiendo que uno se entregara con una misma y durable energía a todas las ramas del saber, se hallaría muy pronto ante una tarea imposible. ¿Qué hacer? Pretendiendo ser legión, se olvidaría de ser alguien; aspirando a ser gigante, se disminuiría como hombre.

En la vida cada uno tiene su tarea; debe consa-

grarse a ella valientemente y dejar a los demás lo que les reserva la Providencia. Hay que descartar la especialidad cuando se trata de volverse un hombre de gran cultura, y, hablando del héroe de estas páginas, un hombre superior; pero hay que apelar de nuevo a la especialidad cuando se trata de ser un hombre que ejerce una función y se propone un rendimiento útil. En otras palabras, hay que *comprenderlo* todo, mas para llegar a *hacer* algo.

IV

Los Sacrificios Necesarios

Se deduce de lo dicho la obligación de resolverse, llegado el caso, a los sacrificios necesarios. Es una gran pena decirse a sí mismo: tomando un camino, abandono mil. Todo es interesante, todo podría ser útil; todo atrae y seduce al espíritu generoso; mas la vida es caduca; existen las necesidades del espíritu y de las cosas: ante todo lo que el tiempo y la sabiduría os ocultan, debéis someteros y contentaros con la mirada de simpatía que también es un homenaje a lo verdadero.

No tengáis vergüenza de ignorar lo que no podríais saber más que al precio de la dispersión. Se impone aquí la humildad, sí, pues ella marca nuestros límites; nuestros límites aceptados, empero, forman parte de nuestra virtud; una gran dignidad es su corolario: la del hombre que se mantiene en su ley y que cumple su misión. Individualmente somos

poca cosa, pero formamos parte de un todo y de aquí resulta nuestro mayor honor. Lo que no hacemos, también lo hacemos, Dios lo hace, nuestros hermanos lo hacen, y nosotros estamos juntamente con ellos en la unidad del amor.

No creáis por eso que todo lo podéis. Medíos y medid vuestra tarea; después de algunos tanteos inevitables, sabed limitaros sin rigidez; aprovechad, mediante lecturas y pequeños trabajos adecuados, el beneficio de las culturas primeras, el contacto de las ampliaciones, pero en cuanto a lo principal de vuestro tiempo y de vuestras fuerzas, concentraos. El sabio a medias no es aquel que sabe sólo la mitad de las cosas, sino el que no las sabe más que a medias. Sabed lo que habéis decidido saber; tened una mirada para lo demás. Lo que no pertenece a vuestra vocación propia, abandonadlo a Dios quien sabrá cuidar de ello. No desertéis de vos mismo, por haber pretendido reemplazar a todos.

CAPITULO VI

El Espíritu del Trabajo

I

El Entusiasmo de la Investigación

Determinado el campo del trabajo, es bueno señalar el espíritu que debe animar al trabajador, y ante todo, y cualquiera sea la forma de su aplicación, digamos que es un espíritu de celo. *"De las cosas dudosas, certifícate"*, dice Santo Tomás a su discípulo.

Un ánimo activo está constantemente en persecución de alguna verdad que representa para él, en ese preciso momento, la figuración de esa otra verdad integral a la cual tiene consagrado su culto. La inteligencia es semejante al niño, en los labios del cual siempre aparece el *por qué*. Un buen educador, ¿dejará sin satisfacer esa fecunda inquietud? ¿No aprovechará esa curiosidad primeriza, como apetito juvenil, para fortalecer el organismo espiritual naciente? Nuestra alma no envejece; está siempre en estado de crecimiento; en relación a la verdad, nunca sale del estado de infancia; estando nosotros mismos encargados de su educación permanente, no debemos, en cuanto sea posible, dejar sin solución ninguno de

los problemas que se plantean en el curso de nuestro trabajo y sin resultados adecuados ninguna de nuestras investigaciones.

Esté, en consecuencia, el estudioso atento para percibir los ecos de la verdad. En tanto está absorbido por su tarea, el Espíritu sopla en él y se revela tal vez exteriormente, envía sus profetas, hombres, cosas, libros, acontecimientos: el alma despierta no debe desaprovechar nada de todo eso, pues ese espíritu de lo verdadero, a semejanza de la gracia, a menudo pasa y no vuelve. Por otra parte, él mismo, ¿no es también una gracia?

El mayor enemigo del saber es nuestra propia indolencia; es esa pereza congénita y contraria al esfuerzo que caprichosamente consiente aquí o allí en algún impulso, mas que pronto vuelve a un automatismo negligente y considera como un verdadero martirio el esfuerzo vigoroso y sostenido.

Tal vez sea un martirio dada nuestra constitución; pero debemos estar preparados para ese martirio o de lo contrario renunciar al estudio; pues, ¿qué podemos hacer sin una energía viril? "Tú, Dios mío, vendes todos los bienes a los hombres al precio del esfuerzo", escribía Leonardo de Vinci en sus notas. Y por sí mismo lo comprobó.

El espíritu es como el aeroplano que no se puede mantener elevado sino revolucionando con toda su fuerza la élice. Detenerse es caer. Por lo contrario, un esfuerzo tenaz puede conducirnos más allá de los límites de nuestros sueños más lisonjeros. Es desconocido hasta qué punto la inteligencia es plás-

tica y susceptible de un entusiasmo insospechado. Bossuet ha dicho "El espíritu del hombre puede descubrir hasta lo infinito, y sólo su pereza coloca vallas a su sabiduría y sus invenciones". Lo que tomamos nosotros como barreras no son por lo común otra cosa que el zarzal de nuestros defectos y negligencias sensuales. Entre concebir y proyectar, proyectar y ejecutar, ejecutar y perfeccionar, ¡cuántas intermitencias, cuántas caídas! El hábito del esfuerzo reúne esas etapas y hace pasar de la concepción a la finalización por una pendiente rápida. El hombre fuerte coloca delante de sí la escala de Jacob, para el ascenso y descenso de los ángeles que le visitan.

Ciertos espíritus se contentan demasiado pronto con cualquier adquisición. Habiendo trabajado al comienzo, llegan a perder el sentido de su vacuidad. No comprenden que estamos siempre vacíos de todo lo que no tenemos, y que en un campo de exploración ilimitada, nunca puede uno decir: detengámonos aquí. Si sólo se trata de aparentar o de alcanzar una pequeña ganancia, un pequeño caudal de pensamientos, puede bastar. Muchos se sirven así de un biombo ligero para ocultar a los demás y a sí mismos una amplia ignorancia. Pero una auténtica vocación no se satisface a tan bajo precio; ella considera toda adquisición como nuevo punto de partida. Saber, buscar, saber de nuevo y volver a partir para seguir buscando, esa es la vida del hombre consagrado a lo verdadero, como adquirir, con abstracción de la propia fortuna, es la pasión del avaro.

El intelectual sincero dice todos los días al Dios de toda verdad: *"El celo de tu casa me devora"*.

Sobre todo en el ocaso de la vida hay que cuidarse de semejante tentación. Es conocido el caso de esos llamados "bonzos", viejos sabios que se ahogan bajo el peso de los honores, torturados por las exigencias y que pierden en representaciones el tiempo que consagraran en su época a los descubrimientos. Mejor equipados, ya no producen; teniendo todo a su favor, no son otra cosa que la sombra de sí mismos. Del pintor Henner, al fin de su vida, se decía: "Ya no hace más que falsos Henner". Yo no suscribo este juicio, mas la frase es cruel y temible para todos aquellos a quienes podría dirigirse. No hemos de disimular que también entre los jóvenes comprobamos a veces esa caduquez prematura que, satisfecha de un hallazgo real o aparente, lo explota hasta la saciedad y pierde, tirando un hilo cada vez más tenue, cuidados que serían mejor empleados en fundir un lingote o en acuñar una medalla.

Un verdadero pensador aporta a su trabajo un espíritu muy distinto; está animado por un instinto de conquistador y por un calor, un ímpetu y una inspiración heroicos. Un héroe no se detiene, no se limita. Un Guynemer juzga una victoria como el antecedente de otra victoria; con un estilo grandioso vuela, parte de nuevo, alcanza al adversario, lo bate, se vuelve a otro y sólo en la muerte ve el fin de su carrera.

Es necesario investigar siempre, esforzarse siempre. La naturaleza fuerza al árbol silvestre a que

florezca de nuevo, al astro a que brille, al agua a que corra, bajando las pendientes, contorneando los obstáculos, llenando los vacíos, soñando con el mar que la espera allá donde llegará tal vez. La creación en todos sus aspectos es un continuo anhelo: el espíritu que, potencialmente, es todas las cosas, no puede por sí mismo limitar sus formas ideales más que las formas naturales de las cuales aquéllas son un reflejo. La muerte lo limitará y limitará también su impotencia: huya su valor, al menos, de las fronteras perezosas. Lo infinito que está ante nosotros exige la infinidad de nuestro anhelo de evitar en lo posible el debilitamiento de nuestras fuerzas.

II

La Concentración

Este espíritu de celo debe conciliarse con una concentración que todos los hombres de intelectualidad auténtica recomiendan. Nada es más perjudicial que la dispersión. Difundir la luz significa debilitarla en proporciones geométricamente crecientes. Por el contrario, concentrarla por la interposición de una lupa, es hacer que lo que apenas resultaba calentando por la radiación libre, arda en el foco donde el calor se concentra.

Aprenda vuestro espíritu a ser lupa, mediante una atención convergente; tienda enteramente vuestra alma hacia lo que en vos se ha establecido como idea dominante, como idea absorbente. Subdividid los trabajos a fin de poder daros a ellos ínte-

gralmente. Cada tarea os debe absorber por completo como si fuese la única. Tal era el secreto de Napoleón; tal es el secreto de los grandes espíritus activos. Los mismos genios sólo fueron grandes por la aplicación de todas sus fuerzas a la tarea en la que habían decidido dar todo lo que podían.

Hay que dejar cada cosa librada a sí misma, hacerla a su tiempo, reunir todas sus condiciones, consagrarle la plenitud de los recursos de que uno dispone, y, una vez realizada, pasar apaciblemente a otra cosa. Uno acumula así increíblemente sin desgastarse en agitaciones.

Esto no quiere decir que no se puedan tener entre manos varios trabajos a la vez: esto es aún necesario; pues para retroceder, a fin de juzgarse mejor y, si es necesario, corregirse, para descansar de un esfuerzo mediante otro, tal vez también por motivos accidentales, uno no puede evitar la interrupción y el intercambio de las tareas. Pero entonces lo que decimos de la concentración es aplicable a cada tarea y a cada continuación que la concierna. Cuando se trata de ésta, hay que excluir a aquélla, establecer un sistema de mamparos estancos, apurar a fondo la cuestión de que se trata y permutar sólo después.

El vaivén nunca tiene éxito. El viajero que titubea y cambia sucesivamente de camino se agota pronto, se descorazona y no avanza nada. Por el contrario, la continuidad en una vía y la marcha reemprendida animosamente después de oportunos descansos, a saber, cuando la primera faz de la ac-

ción queda cumplida, es el medio de producir al máximo, y al mismo tiempo de guardar el pensamiento ágil y el valor intacto. El ánimo de un verdadero trabajador, a pesar de sus preocupaciones y de la sucesiva multiplicidad de éstas, debería siempre —entre dos ardorosos y maduros exámenes del obstáculo— ser hallado apacible y noble como un conjunto de nubes en el horizonte.

Agregad que esta ley de toda actividad se refuerza cuando se trata del pensamiento puro, a causa de la unidad de lo verdadero y de la importancia de tener presentes todos los elementos para que la claridad brote de ellos. Cada idea, por poco que sea verdaderamente una idea, es rica hasta lo infinito; relacionada con todas las demás, puede sin cesar reengendrarse en ellas.

Mientras esas dependencias esclarecedoras se descubren, mientras lo verdadero irradia, no distraigáis la mirada, tened en mano el hilo que os guía a través del laberinto; sembrad la semilla de un fecundo pensamiento, después la semilla de la planta nueva; nunca os canséis ni de cultura ni de siembras: un solo germen vale para todo un campo.

Todas las obras de un espíritu equilibrado no deberían ser otra cosa que los desenvolvimientos de un pensamiento único, de un sentimiento de la vida que busca sus formas y sus aplicaciones. Bergson nos lo recordaba también hace poco: "Un filósofo digno de ese nombre, escribía, nunca ha dicho más que una sola cosa". Con mayor razón, todos los pasos de un período definido, de una tarea, de una sesión de estudio,

deben estar orientados, agrupados con una disciplina estricta. Cavar siempre el mismo pozo, es el solo medio para descender a lo profundo y para robarle los secretos a la tierra.

Uno de los efectos de este concentramiento será la elección dentro de la masa confusa que casi siempre se nos presenta en nuestras primeras investigaciones. Poco a poco se descubrirán los vínculos esenciales, y en esto consiste ante todo el secreto de las obras valiosas. El valor no consiste en la multiplicidad, sino en las relaciones de algunos elementos que gobiernan todo el caso, o todo el ser, que le imponen su ley y por lo tanto le permiten la creación original, la obra de realce y de trascendencia real. Algunos hechos bien elegidos o algunas ideas sólidas, digo sólidas por su coherencia y sus encadenamientos más que por su tenor, son materia suficiente para una producción genial. Todo el arte de los grandes consistió en dirigir bien sus investigaciones y centrar bien sus trabajos; siguiendo su ejemplo, cada uno debe tentar lo mismo a fin de alcanzar su objeto.

III

La Sumisión a lo Real

Pero hay otra cosa más importante todavía, y es el sometimiento que debemos tener al mismo tiempo que a la disciplina del trabajo, a la disciplina de lo verdadero que es la estricta condición de su comercio.

Una obediencia pronta: he aquí lo que llama en nosotros a la verdad. A esa cita solemne, debemos acudir con un ánimo respetuoso. La verdad no se entrega si no estamos antes nosotros mismos despojados y bien decididos a que ella sola baste. La inteligencia que no se entrega permanece en estado de escepticismo, y el escéptico está poco preparado para la verdad. El descubrimiento es el resultado de la simpatía; y quien dice simpatía dice don, entrega.

Por el pensamiento *hallamos* algo, no lo hacemos; si nos negamos a someternos a ello. equivale a no encontrarlo, y no someternos a ello de antemano es eludir su encuentro. Cediendo a lo verdadero expresándonoslo lo mejor que podamos, mas sin alteración culpable, ejercemos un culto al cual el Dios interior y el Dios universal responderán revelando su unidad y trabando sociedad con nuestra alma. Y en esto como en todo, la voluntad propia es enemiga de Dios.

Esta sumisión supone la humildad, y aquí tendríamos que recordar nuevamente lo que dijimos de las virtudes para el reinado de la inteligencia; pues las virtudes tienen todas por base la exclusión de la personalidad orgullosa, contraria al orden. Intelectualmente, el orgullo es el padre de las aberraciones y de las creaciones ficticias. La humildad es el ojo que lee en el libro de la vida y en el libro del universo.

El estudio podría ser definido de este modo: Es Dios que adquiere dentro de nosotros conciencia de su obra. De igual modo que toda acción, la intelección va de Dios a Dios por nuestro intermedio. Dios

es, de todo eso, la causa primera; es también el fin último: durante ese pasaje, nuestro yo desvirtuado puede ser la causa de que se malogre el impulso. Abramos por tanto los ojos con sabiduría para que nuestro Espíritu inspirador vea.

Nuestro intelecto es, en último término, una potencia pasiva; uno es fuerte intelectualmente, en la medida en que es receptivo. No se crea que no hay ocasiones de reaccionar; mas la reacción vital sobre la cual nos extendemos no debe modificar nada del caudal de nuestra adquisiciones; sólo ha de hacerlas nuestras. Una gran cultura, al enriquecer el espíritu, le crea nuevos atractivos y aumenta su capacidad; pero sin humildad, esta atracción ejercida sobre lo externo será también una fuente de mentiras. Por el contrario, un espíritu cultivado y humilde, recibe las luces que le vienen de todas partes y se le acercan como la aurora a las cumbres.

Además de la humildad, es necesario recomendar al pensador una cierta pasividad de actitud que responda a la naturaleza del espíritu y a la de la inspiración. Nosotros sabemos imperfectamente cómo funciona el espíritu, pero sabemos, sí, que la pasividad es su ley primordial. Sabemos más imperfectamente todavía el camino de la inspiración, pero bien podemos comprobar que utiliza menos nuestras iniciativas que nuestra inconsciencia. Avanzamos a través de las dificultades como un jinete en la oscuridad: más vale confiarnos en nuestra cabalgadura que hacer actuar demasiado las riendas.

Una actividad demasiado voluntaria vuelve

nuestra inteligencia menos segura y menos receptiva; si nos agitamos demasiado, seguimos siendo nosotros mismos en tanto que si comprendemos llegamos a ser otros y a experimentar una feliz invasión. Tratad de pensar en el objeto de la ciencia, no en vos mismo, así como cuando se habla es necesario hablar en el espacio, no en las propias cavidades. Los cantores comprenden lo que digo: los que han paladeado la inspiración también. Es necesario mirar *a través* del espíritu, hacia las cosas, no *en el* espíritu, más o menos olvidadizo de ellas. En el espíritu está aquello por medio de lo cual se ve, pero no lo que se ve: el medio no nos haga olvidar el fin.

"Lo esencial, escribe el fresquista Louis Dussour, es estar en éxtasis, a la vez que se trata de comprender de qué manera todo se encadena y se construye". Tan pronto falta el éxtasis como falta la construcción. Pero aquí hablamos del primero.

He aquí el trabajo profundo: dejarse penetrar por la verdad, sumergirse en ella poco a poco, anegarse en ella, no pensar en que uno piensa, ni en que uno existe, ni en que existe algo en el mundo, fuera de la misma verdad. Tal ese dichoso éxtasis.

Para Santo Tomás el éxtasis es hijo del amor; nos transporta a lo exterior, hacia el objeto de nuestros ensueños: amar la verdad con el ardor suficiente como para concentrarse en ella y transportarse así a lo universal, a lo que es, al seno de las verdades permanentes, es la actitud de contemplación y de producción fecunda. Uno está entonces recogido en

sí mismo, mas sin quitar los ojos de la presa, como la fiera, y la vida interior es intensa, pero dentro de un sentimiento de lejanía, igual que si circulase entre los astros. Uno se siente a la vez sin trabas y encadenado, libre y esclavo, y al darse a otro más elevado se siente plenamente uno mismo; al perderse se exalta; es el nirvana de la inteligencia arrobada y poderosa.

Por lo tanto, si os visita ese espíritu no lo desaniméis ni lo expulséis con una forma de trabajo enteramente artificial y exterior. Si está ausente, apresurad su regreso mediante vuestros humildes votos. Uno gana más en poco tiempo en el deslumbramiento divino, que en mucho tiempo entregado sólo a sus pensamientos abstractos. *"Dentro de tus moradas, Señor, un día vale más que mil"*. (Salmo LXXIII, 2).

Evitad cuanto podáis el retorno de la actividad deseada, el despertar de la Esposa. Sea vuestro espíritu la cera, no el sello, a fin de que permanezca pura la línea de la verdad. Practicad el *santo abandono;* obedeced a Dios; sed como el poeta inspirado, como el orador al que una fuerza interior eleva y en el cual el pensamiento deja de ser una carga.

Por otra parte, teniendo necesidad de los semejantes, en la lectura, las enseñanzas, las frecuentaciones, apreciad en todo lo que vale esta regla áurea de Santo Tomás, insertada en medio de sus diez y seis preceptos: *"No mires de quien oyes las cosas, mas todo lo bueno que se dice, confíalo a tu memoria."*

La historia de las ciencias, está llena de resisten-

cias entre inteligencia e inteligencia, entre genio y genio, entre grupo y grupo, entre escuela y escuela. Laennec se opone a Broussais, Pouchet a Pasteur; Lister se echa en contra toda Inglaterra y Harvey toda la humanidad mayor de cuarenta años. Se diría que la verdad es demasiado exuberante y que se hace necesario limitar su pululación. Sin embargo, las leyes del mundo someten a sí la materia. ¿Y por qué será, entonces, que el espíritu tiene tanta dificultad para sujetar al espíritu?

En la *Primera a los Corintios* [1] se declara que si al menor de los fieles, en la oración, le es revelada alguna cosa, los otros deben callarse y oir. Sobre lo cual Santo Tomás hace esta reflexión: "Nadie por sabio que sea, debe rechazar de plano la doctrina de otro, por pequeño que sea" [2] Y otro consejo paulino, relacionado al anterior, dice: *"Estimaos, dentro de la mayor humildad, superiores los unos a los otros"*. (Filip. II, 3). En ciertos momentos, es superior quien se encuentra más cerca de la verdad y recibe de ella la luz.

Lo que importa en un pensamiento no es tanto su origen cuanto sus posibilidades. Lo que es interesante en el genio mismo, no es en manera alguna la persona, sea la de Aristóteles, Leibniz, Bossuet o Pascal, es la verdad. Cuanto más preciosa es una idea, tanto menos interesa saber de dónde viene. Elevaos a la indiferencia de las fuentes. La verdad sola tiene derechos y los tiene doquiera se manifiesta. Del

(1) C. XIV
(2) In Evang. Joann. C. IX. lect. 3, fin.

mismo modo que no hay que esclavizarse a nadie, menos aún se ha de desdeñar a ninguno, y si bien no es oportuno "creer en todos", tampoco debe uno negarse a creer en quienquiera, si éste exhibe sus títulos.

He allí la gran libertad, y su recompensa es tan amplia que la avaricia se apoderaría de ella si no se creyese mejor inspirada guardando sus tesoros. Creemos con facilidad que lo retenemos todo, que somos capaces de todo, y no escuchamos sino distraídamente las voces ajenas. Solamente algunos privilegiados, hombres o libros, tienen nuestra atención y nos sirven de inspiradores. Ahora bien, la inspiración está en todas partes; el espíritu sopla en pleno valle así como frecuenta las cumbres. En la inteligencia más pobre hay un reflejo de la Sabiduría infinita, y la humildad profunda sabe reconocerlo allí.

¿Cómo no sentirse en presencia de Dios cuando un hombre enseña? ¿No es acaso éste imagen de Aquél? Imagen deformada a veces, pero auténtica a menudo; y la deformación es siempre parcial. Preguntarnos a qué precio se operaría la rectificación y en qué medida permanece la rectitud, sería un trabajo más fecundo que encogerse de hombros u oponerse con aspereza. Oponerse siempre es vano; vale más reflexionar. Doquiera el Dios de la verdad ha dejado algo de sí mismo, debemos apresurarnos a recoger, a venerar religiosamente y a utilizar con diligencia. ¿No levantaremos la cosecha allí donde ha pasado el Sembrador eterno?

IV

Las Ampliaciones

Finalmente, para ennoblecer el espíritu del trabajo es necesario agregar al entusiasmo, a la concentración, al sometimiento, un esfuerzo de ampliación que da a cada estudio o a cada obra un alcance en cierto modo total.

Un problema no puede encerrarse en sí mismo; en razón de su propia naturaleza desborda, pues la inteligibilidad que invoca es extraída de fuentes más altas que él mismo. Lo que hemos dicho de la ciencia comparada nos aclara esto. Cada objeto de nuestro estudio pertenece a un conjunto en el cual influye y es influído, se le imponen condiciones e impone las suyas; no es posible estudiarlo aislado. Lo que se llama especialidad o análisis bien puede ser un método, no debe ser un espíritu. ¿Podrá el trabajador ser víctima de su propia estratagema? Separo una pieza de un mecanismo a fin de verla mejor; pero mientras la tengo en mis manos y mis ojos la observan, mi pensamiento debe mantenerla en su lugar, verla funcionar dentro de su todo, sin lo cual falsearía la realidad, tanto en el conjunto que ha quedado incompleto como en el rodaje que se ha vuelto incomprensible.

Lo verdadero es uno; todo se sostiene dentro de la única verdad suprema; entre un objeto particular y Dios, existen todas las leyes del mundo, la amplitud de las cuales va acrecentándose desde la norma aplicada a ese objeto hasta el Axioma eterno. Por

otra parte, también el espíritu del hombre es uno; su formación no podría satisfacerse con la mentira de las especialidades consideradas como un desmenuzamiento de lo verdadero y de lo bello en fracciones esparcidas. Por modesta que sea vuestra investigación, por pequeño el caso que os preocupa, todo el hombre y todo el universo están realmente en juego. El sujeto y el objeto miran ambos a lo universal. Estudiar verdaderamente una cosa es evocar por grados el sentimiento de todas las demás y de su mutua solidaridad, es mezclarse en el concierto de los seres; es unirse a lo universal y a uno mismo.

Hemos hablado de concentración, pero quedó aclarado que no pretendíamos en manera alguna por eso restringir el campo del estudio. Concentrar y ensanchar, a semejanza de la sístole y diástole, no son otra cosa que un solo y mismo movimiento. Llamo concentramiento a la convergencia de la atención sobre un punto; llamo amplificación al convencimiento de que ese punto es el centro de un vasto conjunto, y es posible que el centro de todo, pues en la esfera inmensa "el centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna".

Nuestro espíritu tiene esta doble tendencia: unificar los detalles para alcanzar una síntesis comprensiva; perder en el detalle, quedándose allí, el sentido de la unidad. Es necesario equilibrar estas dos tendencias. La primera responde al fin de la ciencia; la segunda, a nuestra debilidad. Debemos aislar para mejor penetrar, pero después hay que unir para mejor comprender.

Por consiguiente, en vuestra tarea no pongáis las miras muy abajo. Cerníos en la altura. Conservad el alma de un vidente al mondar los ramujos de lo verdadero, y, con mayor razón, no empequeñezcáis las cuestiones sublimes. Sentíos en relación con los grandes secretos, en la inspiración de los grandes seres; percibid la luz que filtra aquí o allí, la cual más lejos, en continuidad con ese tenue hilo, inunda los universos y se une a la Fuente pura.

Corot no pinta un árbol olvidando el horizonte; Velázquez coloca sus Meninas en pleno Escorial, en plena vida, y casi podríamos decir en pleno ser, pues ese sentimiento del misterio del Ser hace de aquel prodigioso talento un genio que maravilla al alma encantando los ojos. Es una regla del arte de pintar: hay que pensar sobre todo en lo que no se pinta, y en que, por otra parte, el cuadro ceda al *carácter*, al aspecto general del tema, y al desarrollo que no aparece en la tela.

El artista debe estar, a propósito del menor detalle, en estado de ensueño universal; el escritor, el filósofo, el orador, en estado de pensamiento y de emoción universales. Colocando un dedo sobre un punto del planisferio, hay que sentir toda su extensión y redondez. El todo está siempre en juego.

Huid de esos espíritus que nunca abandonan la edad escolar, que son esclavos del trabajo en vez de impulsarlo delante de sí en plena luz. Dejarse envolver por estrechas fórmulas y petrificar el espíritu con teorías librescas representa una marca de inferioridad que contradice claramente a la voca-

ción intelectual. Ilotas o eternos niños: tal es el nombre de esos pretensos trabajadores, que se sienten extranjeros en toda región superior, en presencia de todo horizonte amplio y que con gusto reducirían a los demás a su ortodoxia de escolares estrechos.

Lo genial es ver, en el trabajo, lo que no aparece allí; en los libros, lo que no podrían decir. Las entrerenglonaduras de un gran texto son su verdadero tesoro; ellas sugieren, hacen pensar que nada es extraño a los más profundos pensamientos del hombre.

En lugar de disminuirlas, de vaciarlas, conceded pues a las cosas pequeñas aquello que forma su sólida substancia, esto es, aquello que no les pertenece pero es común a ellas y a otras, a ellas y a todas, así como la luz es común a los colores y a su distribución en los seres. El ideal sería establecer en el propio espíritu una vida común de pensamientos que se entrelazaran y no formaran allí, por decirlo así, más que uno solo. Así sucede en Dios; ¿podrá encontrarse un modelo mejor para guiar desde lejos nuestra pobre ciencia?

El espíritu de contemplación y de oración que hemos requerido, nos aproximaría naturalmente a aquel estado: da por sí mismo este fruto. Adoptando como punto de mira a Dios, gracias a quien cada cosa obtiene su igualación suprema y todas las cosas su cohesión, uno debe sentirse en el centro de todo, invitado por riquezas y posibilidades inagotables.

Si queremos reflexionar en ello, nos daremos

cuenta de que la especie de deslumbramiento que nos ciega ante una verdad nueva, tiene en este sentido perspectivas indefinidas y vinculaciones universales. Este solo paso dado en el sentido de lo verdadero es como un círculo de luz. Vemos el mundo bajo un aspecto nuevo; sentimos el todo que palpita al contacto del fragmento hallado. Más tarde, esa idea, llevada más allá de los confines donde cumplía la misión de precursora, podrá parecer mezquina a aquel a quien deslumbrara; si sólo la evocamos a ella, pierde vida y engaña el sentimiento de lo infinito que es el lema de toda investigación.

Los grandes hombres han padecido esta aridez de los pensamientos. Su visión era grande: hallaban pequeños sus resultados. Por eso no hemos de leerlos con espíritu literal, libresco, sino con un espíritu de sobrepujamiento que nos los mostrará simplemente como son. La letra mata: sean espíritu y vida la lectura y el estudio.

V

El Sentido del Misterio

Hay que reconocer que la noción del misterio debe permanecer, aun después de nuestro esfuerzo máximo y aun después que la verdad ha parecido sonreir. Los que creen comprenderlo todo, prueban por ese solo hecho que nada han comprendido. Los que se satisfacen con respuestas provisorias a problemas que en realidad se plantean siempre, falsean la respuesta que les es dada al no saber que es

parcial. Toda cuestión es un enigma que nos plantea la naturaleza, y, a través de ella, Dios: lo que Dios propone, sólo El puede responderlo. Las puertas de lo infinito están siempre abiertas. Lo más valioso que existe en cada cosa es lo que no se expresa. Al ser abordado por un colega que le decía: "Voy a haceros una pregunta interesante", Biot respondió: "Es inútil. Si vuestra pregunta es interesante, yo no tengo la respuesta". "No sabemos el todo de nada", decía Pascal, y "para comprender a fondo una sola cosa, agregaba Claude Bernard, sería preciso comprenderlas todas". De la verdad plena en una materia cualquiera, podemos decir lo que San Agustín decía de Dios: "Si comprendes, dite que no es eso". Mas el espíritu estrecho cree poseer el cosmos y su fortuna: llevando en sus manos un balde con tres litros de agua reverberante, dice: ved, he captado el océano y los astros.

Santo Tomás, en el ocaso de su vida, ganado por ese sentimiento del misterio de todo, respondía a fray Reginaldo, el cual le incitaba a escribir: "Reginaldo, no puedo más: todo lo que he escrito me parece sólo paja". Con todo, no tengamos la presunción de desear que esa alta desesperanza nos acometa muy pronto; ella es una recompensa; es el silencio precursor del gran grito que hará vibrar toda el alma invadida de luz; mas un poco de esa emoción es el mejor correctivo para el orgullo que deslumbra y para las presunciones que desvían. Esa emoción es también un estimulante para el trabajo pues las luces lejanas nos atraen mientras conserva-

mos la esperanza de alcanzarlas. Por lo contrario, si creemos que todo está dicho y que sólo nos queda aprender, trabajamos en un pequeño círculo y nos inmovilizamos.

Un carácter elevado sabe que nuestras luces no son más que las gradas de sombras por las cuales subimos hacia la claridad inaccesible. Nosotros balbuceamos y el enigma del mundo es perfecto. Estudiar, es precisar algunas condiciones, clasificar algunos hechos: no estudiamos grandemente sino colocando ese poco bajo los auspicios de lo que ignoramos aún. Esto no significa ponerlo en la obscuridad; pues la luz que no se ve es aquella que mejor alimenta los reflejos de nuestra noche astral.

El misterio es en todas las cosas la luz de lo conocido, así como la unidad es el origen del número y como la inmovilidad es el secreto de las carreras vertiginosas. Sentir dentro de nosotros zumbar todo su ser y toda su duración, apelar a su testimonio, es siempre, a pesar de su silencio, rodearnos de las mejores garantías para la adquisición de lo verdadero. Todo sostiene a todo, y las claras relaciones de los seres se hunden en esa noche en la que penetro a tientas.

CAPITULO VII

La Preparación del Trabajo

A. La Lectura. — B. La Organización de la Memoria. — C. Las Notas

A. - *La Lectura*

I

Leer poco

Trabajar significa aprender y significa producir, y en ambos casos requiere una larga preparación, pues producir es un resultado, y para aprender, en materia ardua y compleja, es necesario haber recorrido lo sencillo y lo fácil: *"desde los arroyos, no de repente, es necesario llegar al mar"*, nos dice Santo Tomás.

Constituye la lectura, sin duda, el medio universal de aprender, y es la preparación inmediata o lejana de toda producción.

Nunca pensamos aisladamente, pensamos en sociedad, en inmensa colaboración; trabajamos con los trabajadores del pasado y del presente. Todo el mundo intelectual puede ser comparado, gracias a la lectura, con una sala de redacción o con una oficina de negocios: cada uno encuentra en quienes le rodean

la iniciación, la ayuda, la fiscalización, la información y el ánimo necesarios.

Saber leer y utilizar bien las lecturas es pues para el hombre de estudio una necesidad primordial, y quiera Dios que la inconsciencia rutinaria nunca lo olvide.

La primera regla, es ésta: Leed poco. En 1921, en forma pública, Paul Souday, que al parecer tenía que vengarse de mí por algo, se aferró a este precepto: "Leed poco", tratando de encontrar en él una justificación del espíritu de ignorancia. Mi lector comprende el valor que tiene esa crítica, y el mismo Paul Souday seguramente no lo ignoraba.

Yo no aconsejo en manera alguna una necia restricción: todo lo dicho protestaría contra semejante interpretación. Queremos formarnos un espíritu amplio, practicar la ciencia comparada, mantener el horizonte abierto ante nosotros: y esto no se consigue sin numerosas lecturas. Pero lo mucho y lo poco no se oponen si no es en el mismo terreno. Es necesario aquí mucho absolutamente, pues la obra es grande; pero poco en relación al diluvio de papel impreso del cual la menor especialidad llena hoy día las bibliotecas y las almas.

Lo que proscribimos es la pasión de leer, el entusiasmo, la intoxicación por exceso de nutrición espiritual, la pereza disfrazada que prefiere una fácil frecuentación a un esfuerzo.

El "vicio" de la lectura, del cual muchos se jactan como de una preciosa cualidad intelectual, es en realidad un defecto; no se diferencia en nada de las

demás pasiones que acaparan el alma, provocan en ella la turbación y lanzan y entrecruzan corrientes confusas y agotan sus fuerzas.

Es necesario leer inteligentemente, no apasionadamente. Hay que ir a los libros como una dueña de casa va a los mercados, una vez dispuesto el menú para el día de acuerdo a una sana higiene y prudente economía. El ánimo que tenga en el mercado no es igual al que tendrá por la noche en el cinematógrafo. No se trata de enfrascamiento, de deslumbramiento, sino de regir un hogar y de que allí se viva bien.

La lectura desordenada entorpece y no alimenta el espíritu; lo incapacita poco a poco para la reflexión y el concentramiento, y por consiguiente para la producción; lo exterioriza interiormente si así pudiera decirse, y lo convierte en esclavo de sus imágenes mentales, de ese flujo y reflujo del cual él se ha vuelto ardiente espectador. Una tal embriaguez es una coartada; despoja la inteligencia y sólo le permite vivir siguiendo las huellas de los pensamientos ajenos y entregarse a la corriente de las palabras, de los argumentos, de los capítulos y tomos.

Las pequeñas excitaciones permanentes así provocadas, gastan las energías, como una constante vibración desgasta el acero. No debe esperarse un buen trabajo del gran lector, después que se ha sobrecargado los ojos y las meninges; él está, espiritualmente, en estado de cefalalgia, en tanto que el trabajador discreto siempre guarda la posesión de sí mismo;

tranquilo y dispuesto, no lee sino lo que quiere retener, no retiene sino lo que puede servirle, organiza su cerebro y no lo malgasta con un embotamiento absurdo.

Preferible será ir a lo exterior, leer en el libro de la naturaleza, respirar a pleno aire, descansar. Después de la actividad deseada, es bueno organizar la distracción preferida, en lugar de entregarse a un automatismo, que no tiene de intelectual más que la materia, que por sí mismo es tan intrascendente como el deslizamiento sobre una pendiente o el escalamiento sin objeto de una montaña.

Se habla de estar "al corriente", y claro está que un intelectual no puede ignorar el estado del mundo, ni, sobre todo, desentenderse de lo que se escribe en el ámbito de su especialidad; pero tened cuidado de que ese "estar al día" no arrastre en vos todas las posibilidades laboriosas y en lugar de ayudaros a avanzar os inmovilice. Uno no avanza sino remando personalmente y ninguna corriente nos lleva por sí sola adonde queremos. Haced vos mismo vuestro camino y no os metáis en todos los senderos.

La restricción debe sobre todo hacerse en perjuicio de las lecturas menos substanciales y serias. No se trata de envenenaros con novelas. Una que otra de tiempo en tiempo, como distracción y para no ignorar alguna gloria literaria, está bien; y eso como una concesión, pues la mayor parte de las novelas conmueven y poco sirven de descanso; agitan y desorientan las ideas.

En cuanto a los periódicos, defendeos contra ellos con una energía que hacen indispensable la constancia y la indiscreción de sus ofensivas. Es necesario saber lo que los diarios contienen ¡y en realidad contienen tan poco! ¡Y sería tan fácil informarse de ello sin necesidad de interminables sesiones perezosas! En todo caso hay horas más adecuadas para esta carrera en pos de las novedades que las horas del trabajo.

Un hombre de labor tendría que contentarse, me parece, con la crónica sintética y ordenada de la revista semanal o bisemanal, y en cuanto a lo demás, estar al acecho y acudir al periódico solamente cuando aparezca un artículo notable o un grave acontecimiento.

En una palabra, resumo lo dicho diciendo: no leáis nunca con perjuicio de vuestro recogimiento; leed únicamente, sin considerar los momentos de distracción, lo que tiene relación con el fin perseguido, y leed poco para que no resulten devorados los momentos de meditación.

II

Elegir

En estas primeras indicaciones está ya incluído el principio de elección. "¡Cuán necesario es el discernimiento, dice Nicole, respecto a lo que sirve de alimento a nuestro espíritu y debe ser la simiente de nuestros pensamientos! Pues lo que leemos al

presente con indiferencia se despertará en su oportunidad y nos suministrará, sin que nosotros mismos nos demos cuenta, ideas que serán la fuente de nuestra salvación o de nuestra perdición. Dios despierta los buenos pensamientos para salvarnos: el diablo despierta los malos pensamientos de los cuales encuentra la simiente en nosotros". (1)

Es necesario, por tanto, elegir, lo cual significa dos cosas: elección de libros y elección dentro de los libros.

Elección de libros. No hay que creer ni en la propaganda interesada ni en los títulos llamativos. Hay que tener consejeros abnegados y expertos. No se ha de beber sino en las fuentes. Sólo se ha de frecuentar la "elite" de los pensadores. Lo que no siempre es posible en materia de relaciones personales, es fácil, y hay que aprovecharlo, tratándose de lecturas. Hay que admirar con todo el corazón lo que es digno de ello, pero no prodigar la admiración. Y se deben rechazar las obras mal escritas, que a buen seguro están mal pensadas.

No hay que leer sino en las fuentes, allí donde brillan las ideas rectoras. Estas son poco numerosas. Los libros se repiten, se diluyen o bien se contradicen; lo cual es otro modo de repetirse. En realidad, los hallazgos del pensamiento son raros; el fondo antiguo, o, para decir mejor, el fondo permanente, es lo fundamental; es necesario apoyarse allí para co-

(1) Nicole. Essais de morale contenus en divers traités, t. II, p. 244. París 1733.

mulgar verdaderamente con la inteligencia del hombre, lejos de las pequeñas individualidades balbucientes o quisquillosas. Una modista, Mlle. Bertin, ha dicho: "Solo hay de nuevo lo que está olvidado". La mayoría de los escritores no son otra cosa que editores; es algo, mas es preciso consultar al autor.

Leed pues, sin prevención, lo que está bien escrito; *dadle también su parte* a la actualidad, tanto más amplia cuanto se trate de información, de nociones positivas en evolución o crecimiento; *queréis ser de vuestra época,* no seréis un "tipo arcaico". Pero no tengáis por eso la superstición de la novedad; amad los libros eternos, esos que dicen las verdades eternas.

Es necesario también elegir *dentro* de los libros pues no todo en ellos es igual. No por esto toméis una actitud de juez, y consideraos en todo caso con respecto al autor un hermano en la verdad, un amigo, inferior, desde que, en ciertos aspectos por lo menos, lo tomáis como guía. El libro es un hermano mayor, hay que honrarlo, abordarlo con humildad, escucharlo sin prevención, soportar sus defectos, escoger el grano entre la paja. Mas sois hombre libre; por lo tanto seguís siendo responsable: reservaos lo suficiente como para guardar vuestra alma y si necesario fuera defenderla.

"Los libros son obra del hombre, dice el mismo Nicole, y la corrupción del hombre se mezcla en la mayor parte de sus acciones, y como ella consiste en la ignorancia y en la concupiscencia, casi to-

dos los libros adolecen de estos dos defectos" [1]. Filtrar a fin de purificar, es bien necesario a menudo en el curso de las lecturas. Para eso, es bueno confiarse a Dios y a lo mejor de uno mismo, a ese uno mismo que es hijo de Dios y al cual un instinto de lo verdadero, un amor de lo bueno servirá como la mejor salvaguardia.

Recordad, por lo demás, que un libro vale lo que valéis y lo que lo hacéis valer. Leibniz utilizaba todo. Santo Tomás tomó de los heréticos y de los paganizantes de su época un sinnúmero de ideas, y su pensamiento no resultó perjudicado por ello.

Un hombre inteligente encuentra en todas partes inteligencia, un necio proyecta sobre todos los muros la sombra de su frente estrecha e inerte. Elegid por vos mismo, pero tratad de que todo sea bueno, amplio, despierto a lo verdadero, prudente y progresivo, pues, si así lo hacéis, demostráis que vos mismo tenéis esas condiciones.

III

Cuatro clases de lecturas

Para concretar algo más diré que hay cuatro clases de lecturas. Uno lee para adquirir una formación y llegar a ser alguien; en vista de una tarea; para ejercitarse en el trabajo y en el bien; lee, en fin, para distraerse. Existen lecturas de *fondo*, de *ocasión*, de *preparación* o *edificación* y de *descanso*.

(1) Op. cit., p. 246.

Todas estas clases de lecturas deben ser aprovechadas por nuestras observaciones: cada una presenta también sus exigencias particulares. Las lecturas de fondo requieren docilidad, las lecturas de ocasión, dominio de sí, las lecturas de preparación, entusiasmo, las lecturas de descanso, libertad.

Cuando uno se está formando y debe adquirir casi todo, no es el momento para las iniciativas. Ya se trate de una primera formación o de una cultura de conjunto; ya se aborde una nueva disciplina o un problema hasta entonces descuidado, los autores consultados para este fin deben ser creídos más que criticados, y seguidos de acuerdo a su propia marcha más que utilizados según las miras del lector. Obrar con demasiado apresuramiento perjudica la adquisición; ante todo es prudente sujetarse. "Es necesario creer en el propio maestro", dice Santo Tomás, repitiendo a Aristóteles. El mismo creyó y no se arrepintió de ello.

No se trata por cierto de entregarse a ciegas; un espíritu noble no se encadena; pero así como el arte de mandar sólo se aprende obedeciendo, así también el dominio del pensamiento no se obtiene sino por la disciplina. Una actitud de respeto, de confianza, de fe provisoria en tanto que uno carece de las normas propias del juicio, es una necesidad en tal forma evidente, que sólo los fatuos y los presuntuosos podrían desconocer.

Nadie es infalible; pero el alumno lo es mucho menos que el maestro, y si le niega la sumisión, por

una vez que llega a tener razón, veinte veces se desencontrará con lo verdadero y se convertirá en una víctima de las apariencias. Por lo contrario, la fe en el maestro y una pasividad relativa, al conceder a éste algo de lo que es debido a la verdad, aprovechan a esta última y permiten en definitiva utilizar aun las deficiencias y las pedanterías doctorales. No se sabe de cuánto carece un hombre sin calcular antes su riqueza.

Ante todo, es de una elemental prudencia elegir entre mil los guías a quienes uno se quiere confiar así. La elección de un padre intelectual es siempre cosa seria. Para las doctrinas fundamentales hemos aconsejado Santo Tomás; pero no podemos concretarnos a él; conocer tres o cuatro autores a fondo para la cultura general, otros tres o cuatro para la especialidad y un número semejante para cada problema que se plantee, es todo lo necesario. Se recurrirá a otras fuentes como *información,* no como *formación,* y la actitud del espíritu será en ambos casos diferente.

Llegará a ser inversa en ciertos aspectos, pues quien se informa, quien quiere utilizar, ya no está en estado de pura receptividad; posee su idea propia, su plan; la obra consultada se convierte para él en una servidora. Una dosis de sumisión es siempre requerida; pero ella se refiere entonces a la verdad más que al escritor, y si concierne a éste, le concede una fe que ordena tal vez sus conclusiones y que no le quita libertad de opinión.

Estas cuestiones de actitud tienen real impor-

tancia, pues consultar en la forma en que se estudia es perder el tiempo, y estudiar con espíritu de consulta, es seguir siendo el único maestro de sí mismo y perder el beneficio de la formación que ofrece un iniciador.

El que lee en vista de un trabajo, tiene el espíritu dominado por lo que pretende hacer; no se sumerge en las ondas; bebe en ellas; permanece en la orilla, conserva su libertad de movimientos, refuerza con lo que adquiere su propia idea, en lugar de ahogarla en las ideas de otros, y sale de su lectura enriquecido no desposeído, lo que sucedería si la fascinación de la lectura perjudicara el propósito de utilización que la justificaba.

Respecto a las lecturas de preparación, la elección, fuera de las reglas de índole general, debe ser hecha de acuerdo a la experiencia personal. Lo que os ha servido una vez, tiene probabilidad de serviros otra vez. Una influencia puede resultar gastada a la larga, empero, siempre queda la posibilidad de reforzarla; el hábito la aviva; una penetración más íntima la aclimata en nosotros; la asociación de las ideas y de los sentimientos vincula a tal página estados de alma que vuelven con ella.

Tener así en los momentos de depresión intelectual o espiritual autores favoritos, páginas reconfortantes, tenerlos cerca de uno, siempre listos para inyectar su buena savia, constituye un recurso inmenso. Conozco a algunos a quienes la peroración de la Oración fúnebre del Gran Condé ha reanimado durante años cuantas veces su inspiración se hallaba

decaída. Otros, en lo espiritual, no pueden quedar impasibles ante el *Misterio de Jesús*, de Pascal, o ante una *Oración* de Santo Tomás, ante tal capítulo de la *Imitación* o ante una *Parábola*. Obsérvese cada uno. anote sus éxitos y lo que le conviene, clasifique muy junto a sí sus *remedios para las enfermedades del alma*, y no tema recurrir cuantas veces sea necesario, hasta que se agote, al mismo cordial y al mismo antídoto.

Y si se trata de buscar descanso, la importancia de la elección parece mucho menor; lo es en efecto relativamente; pero nadie crea que resulta indiferente distraerse con esto o aquello, cuando el propósito es volver, en las condiciones más seguras, a lo que es nuestra razón de ser.

Ciertas lecturas no proporcionan descanso suficiente; otras distraen demasiado con perjuicio del recogimiento que debe seguirlas; otras pueden extraviar, en el sentido etimológico del término, vale decir, pueden llevar fuera del propio camino.

Conozco a una persona que se distraía de un trabajo penoso leyendo la *Historia de la Filosofía Griega* de Zeller: era una distracción, pero como tal insuficiente. Otros leen historias picantes o fantásticas que los disocian; otros se entregan a tentaciones que desconciertan sus trabajos y dañan sus almas. Todo eso es perjudicial. Si los libros son servidores, como los objetos que empleamos en nuestra vida, deben estarnos subordinados especialmente aquellos cuya misión es simplemente accesoria.

Muchos pensadores han encontrado un alivio y

un atractivo habituales en los relatos de viajes y exploraciones, en la poesía, la crítica de arte, la lectura de comedias, las memorias. Cada uno tiene sus gustos y el gusto es en esto lo principal. Una sola cosa, según Santo Tomás, repone verdaderamente: el goce; pretender distraerse dentro del aburrimiento sería un engaño.

Leed lo que os agrade, lo que no acapare demasiado vuestra atención, lo que en nada os perjudique, y desde que, aun dentro de la distracción, no dejáis de ser un *consagrado,* tened inteligencia para leer, sin desmedro del descanso útil, lo que os sea útil en otra forma ayudándoos a perfeccionaros, a hermosear el espíritu, a ser hombre.

IV

El contacto con los genios

Deseo hablar ahora sobre algo a lo que le otorgo una importancia extrema para el desenvolvimiento del espíritu y de la vida: la utilización de los grandes hombres. El contacto con los genios es una de las gracias de elección que Dios concede a los pensadores modestos; uno debería prepararse a ella, como hay que prepararse para la oración según la Escritura, como hay que prepararse para el recogimiento y como hay que ponerse en estado de respeto cuando uno se acerca a un gran personaje o a un santo.

No calculamos todo el privilegio que representa esta solidaridad que multiplica la alegría y la utilidad de la vida, que ennoblece el mundo y nos lo convierte

en la morada más digna y deseable, que renueva en favor de cada uno la gloria de ser hombre, de tener el espíritu abierto a los mismos horizontes que los grandes seres, de vivir alto y de constituir con los semejantes e inspiradores una sociedad en Dios. "Después de los genios están colocados quienes saben reconocerlos en todo su valor", decía Teresa Brunswick, hablando de Beethoven.

Recordar de tiempo en tiempo a aquellos que brillan con un especial resplandor en el cielo de la inteligencia, es hojear nuestros títulos de nobleza, y este orgullo tiene la belleza y la eficacia del orgullo de un hijo que tiene un padre ilustre o de una esclarecida prosapia.

Si sois literato, ¿no apreciaréis el beneficio que significa tener como antecesores a Homero, Sófocles, Virgilio, Dante, Shakespeare, Corneille, Racine, La Fontaine, Pascal? Si sois filósofo, ¿olvidaréis a Sócrates, Platón, Aristóteles, Santo Tomas de Aquino, Descartes, Leibniz, Kant, Maine de Birán, Bergson? Si sabio, ¿ignoraréis lo que debéis a Arquímedes, Euclides, al mismo Aristóteles, Galileo, Képler, Lavoisier, Darwin, a Claude Bernard o a Pasteur? Hombre religioso, pensad en el empobrecimiento espiritual de todas las almas si no tuvieran, después de San Pablo, a San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura, al autor de la *Imitación*, a Santa Catalina de Sena, a Santa Teresa, a Bossuet, a San Francisco de Sales y a Newman.

La *Comunión de los Santos* es el sostén de la vida mística; el Banquete de los Sabios, eternizado

por nuestro culto y nuestra frecuentación, es el reconfortamiento de la vida intelectual. Cultivar la facultad de la admiración y concluir de ella la frecuentación constante de los pensadores ilustres, es el medio no de igualarnos a lo que honramos, sino de igualarnos a nosotros mismos, y es éste, lo repito, el objetivo primordial que debemos considerar y perseguir.

El contacto de los genios nos procura como beneficio inmediato un exaltamiento; por su sola superioridad ellos nos gratifican aun antes de habernos enseñado cosa alguna. Ellos nos dan el tono, nos acostumbran al aire de las cumbres. Nosotros nos movíamos en regiones bajas: ellos nos hacen ascender de un golpe a su propia atmósfera. En ese mundo de pensamientos altos, parece que el rostro de la verdad se descubre; la belleza resplandece; el hecho de que seguimos y comprendemos a esos videntes nos hace pensar que, después de todo, somos de su misma estirpe, que el Alma universal está también en nosotros, el Alma de las almas, el Espíritu al cual sería suficiente adaptarse para estallar en palabras divinas, desde que, en la fuente de toda inspiración, siempre profética, está

Dios, principal autor de cuanto es escrito.
(V. Hugo).

Cuando el genio habla, lo encontramos muy sencillo, expresa al hombre y su eco se hace oir en nosotros. Cuando calla, ¿no podríamos continuar en la misma forma y concluir el período sintetizado? ¡Ay, no! Desde que él nos abandona volvemos a nuestra

impotencia primera, a nuestros balbuceos; pero ya sabemos que la verdadera palabra existe, y nuestras balbucencias tienen ya un acento nuevo.

Escuchemos algunos preludios de Bach. Poco nos dicen: un motivo breve que se repite, variaciones insistentes, con un relieve tan poco acentuado como el de una medalla de Roty. Pero, ¡qué nivel de inspiración! ¡A qué mundo desconocido somos transportados! Permanecer allí y moverse allí libremente sería lo ideal. Por lo menos podremos remontarnos allí con el recuerdo, y ¡qué beneficio esa posibilidad de ascensión que nos aleja de las futilidades, nos afina y nos ayuda a juzgar como conviene los fuegos de artificio pueriles que componen a menudo las fiestas del espíritu!

Cuando luego el genio nos suministra temas, nos entrega verdades, explora para nosotros las regiones misteriosas y a veces llega a mostrarnos, como en un Santo Tomás de Aquino o un Goethe, concentrados en una sola persona, siglos de cultura, ¿qué no le debemos? "El espíritu humano no puede llegar muy lejos, ha escrito Rodin, sino con esta condición: el pensamiento individual tendrá que agregarse con paciencia y silencio al pensamiento de las generaciones". El gran pensador que resume para nosotros, por sí solo, generaciones enteras, nos permite en consecuencia ir muy lejos con su ayuda; nos transmite derechos sobre los dominios que ha conquistado y roturado, que ha sembrado y cultivado. Y cuando llega la hora de la cosecha nos llama.

La sociedad de las inteligencias es siempre res-

tringida: la lectura la amplía; sobre la página genial posamos una mirada imploradora que nunca es defraudada; somos auxiliados; se nos abren nuevas vías; brota en nosotros la confianza; somos iniciados; el trabajo de Dios en los espíritus elegidos nos beneficia a nosotros tanto como a ellos; somos engrandecidos por ellos; ellos nos enriquecen; el gigante lleva sobre sus hombros al enano y el antecesor ofrece una herencia. ¿Desecharemos este engrandecimiento? Podemos aprovecharlo: lo único necesario para ello es la atención y la fidelidad.

El genio todo nos lo renueva. El don por excelencia de este vidente, es presentar al pensamiento, — bajo un aspecto desconocido, en lo íntimo de un sistema de relaciones que, por decirlo así, la vuelve a crear — la realidad que estaba allí, evidente, y que no veíamos.

Todo lo infinito del pensamiento está detrás de cada hecho; pero nosotros esperamos que la perspectiva se abra, sólo el genio avanza, y descubriendo los velos, nos dice: Venid. La ciencia consiste en ver lo interno; el genio ve ese interior; frecuenta lo que hay de íntimo en los seres, y gracias a él nos habla el mismo ser, en vez de nuestros débiles y dudosos ecos.

El genio lo simplifica todo. La mayor parte de los grandes descubrimientos no son más que repentinas y fulgurantes concentraciones. Las grandes máximas son múltiples experiencias condensadas. El rasgo sublime, en música, en pintura, en arquitectura, en poesía, es un surgimiento que contiene y unifica valores hasta entonces diseminados e imprecisos.

Puesto que refleja la común humanidad, un gran hombre reduce las adquisiciones de ella a lo esencial, como Leonardo de Vinci sintetizaba en un solo momento las diversas expresiones del modelo. El genio es la línea egipcia aplicada a todo, y su rica sencillez es nuestro orgullo.

El genio nos estimula y nos inspira confianza. La emoción que provoca es el acicate de las iniciativas ardorosas, el revelador de las vocaciones y el remedio de las timideces inquietas. Una impresión de sublimidad es para nuestra alma como una bella aurora. La sabiduría experimentada en sus héroes nos hace igualmente a nosotros sus ofrecimientos secretos; y ¡qué dicha poder decirse a sí mismo: ella está también en mí!

Probablemente no es verdad que los grandes hombres sólo reflejan su siglo; pero es muy cierto que reflejan la humanidad, y todo miembro de esa humanidad tiene en ellos su parte de gloria. Por más que digan los pensadores maldicientes ante el género humano respecto de los genios, se equivocarán como los judíos cuando decían ante Jesús: "*¿Podrá salir algo bueno de Nazareth?* Sí, algo bueno puede salir de ese pobre mundo, desde que un Platón salió de allí. Un gran hombre nada representaría por sí mismo si por sus recursos y por el uso que de ellos hace no fuese un hijo del Hombre. Ahora bien, la cepa que lo contiene no está debilitada; los que reciben la misma savia siempre pueden esperar crecer y dar ellos también flores inmortales.

Hasta los mismos errores de los grandes pueden

contribuir al beneficio que podemos esperar de su frecuentación. Corresponde que nos defendamos de los genios; su actividad se extravía a veces; casi todos tienen sombras, como un rostro de acentuados relieves; ya la exageración de un punto de vista, ya algún arrebato, los aparta de la rectitud. Sin embargo no hay uno que, pese a sus aberraciones, no haga palpar a un espíritu advertido, los eternos fundamentos de la ciencia y los secretos de la vida.

Sus errores no son errores vulgares; son excesos; no carecen de profundidad y agudeza de visión; siguiéndolos con cautela, uno puede con seguridad llegar lejos y preservarse de los tropiezos que ocasionan. *"Para los que aman a Dios, todo se convierte en bien"*, dice el Apóstol; para quienes están firmes dentro de la verdad todo puede ser útil. Habiéndose formado nuestro espíritu en la buena escuela, estando bien ajustados y cerrados nuestros cuadros ideológicos, podemos esperar un engrandecimiento al contacto con esos mismos errores geniales. En ese peligro, y con tal de no exponernos a él indiscretamente, hallamos también una gracia; una esfera nueva nos es revelada; un aspecto del mundo nos es mostrado, quizás con demasiada exclusividad pero siempre con vigor; la animación procurada en tal forma a nuestro espíritu será una verdadera adquisición; las profundizaciones exigidas por las mismas resistencias nos afirmarán más; resultaremos mejor formados, mejor resguardados, por haber corrido esos sublimes riesgos sin sucumbir en ellos.

Santo Tomás, en quien me inspiro en esto, concluye de estas observaciones que debemos nuestro reconocimiento aun a quienes nos han tentado de este modo, si con ese motivo y por ese hecho hemos progresado en alguna forma. Directamente, sólo somos deudores de lo verdadero; pero indirectamente, debemos a los que erran el aumento de formación que nos procura gracias a ellos la Providencia. (In II, Metaphis. Lect. I).

Calculad todo lo que la Iglesia debe a las herejías y la filosofía a sus grandes controversias. Si no hubiesen existido Arrio, Eutiques, Nestorio, Pelagio, Lutero, el dogma católico no se habría constituído. Si Kant no hubiese conmovido los fundamentos del conocimiento humano, la criteriología estaría aún en pañales, y si Renán no hubiese escrito sobre los orígenes cristianos, el clero católico estaría muy lejos de la formación histórica y exegética con que cuenta en la actualidad.

Lo que es verdadero colectivamente lo es también individualmente. Debemos aprender a pensar bien sobre todo con el contacto de los sabios, pero la insensatez misma puede servir de enseñanza: "Quien tropieza sin caer da un paso más largo".

V

Conciliar, en vez de oponer

Una condición esencial para aprovechar cualquier lectura, común o genial, es tender siempre a conciliar los autores en lugar de oponerlos. El espí-

ritu crítico tiene sus aplicaciones; uno puede tener que discernir opiniones y clasificar hombres; el método por contraste es entonces utilizable y sólo pide no ser forzado. Pero si se trata de formación, de utilización personal o aun de exposición doctrinal, es cosa muy diferente. Lo que interesa entonces no son tanto los pensamientos cuanto las verdades, no son los combates entre los hombres sino su obra y lo que es permanente en ella. Insistir en las diferencias es pues cosa vana; la investigación fecunda consiste en buscar los puntos de contacto.

Santo Tomás nos da en esto un ejemplo admirable. Siempre se ha esforzado por aproximar las doctrinas, por esclarecerlas y completarlas las unas mediante las otras. Aristotélico, se apoya sobre Platón; sin ser agustiniano, hace de Agustín su alimento permanente; él, que denomina a Averroes un *depravador* del peripatetismo, llega hasta llamarlo un sublime espíritu (*praeclarum ingenium*) y lo cita constantemente. Cuando comenta, acude en caso necesario al texto para mayor pureza de la verdad o para su mayor riqueza, diciendo lo que es preciso ver y cerrando caritativamente los ojos a lo que puede descubrir de lamentable. Nadie menos que él se parece a esos correctores de imprenta que no leen sino para expurgar las faltas de la impresión.

El que desea adquirir, por medio de la frecuentación de los autores, no aptitudes de combate, sino la verdad y la penetración, debe ir con este espíritu de armonización y de diligente aprovechamiento, con el espíritu de la abeja. La miel se hace con muchas

flores. Un método de exclusión, de eliminación sumaria y de elección restrictiva perjudica infinitamente una formación, hace ver en el espíritu que se deja llevar por esa tentación un defecto de funesto augurio. "Toda persona que no es creadora, escribe Goethe, tiene un gusto negativo, estrecho, exclusivo, y llega a despojar de su energía y de su vida al ser creador". Una inteligencia así formada se encuentra reducida; en vez de contemplar todo desde el punto de vista de lo universal, se la ve descender hacia el espíritu de corrillo y de chismería.

No hay comadres sólo en los zaguanes, las hay también en la historia de la filosofía, de las ciencias, de la teología misma, y muchos las imitan. Elevaos más arriba. Si buscáis la verdad, pronto a reconocer en todas partes sus rasgos, no enfrentéis unos contra otros a sus servidores, aun cuando se trate de esos "ángeles incompletos", genios parciales a quienes ha visitado la verdad sin elegir en ellos su morada.

Respecto sobre todo de los más geniales, es una especie de profanación tomar ante ellos una actitud iconoclasta. Lamentemos sus errores pero no nos ensañemos con ellos; tendamos puentes, no cavemos fosas entre sus doctrinas. Resulta una gran luz a consecuencia del descubrimiento de las vinculaciones que ligan secretamente las ideas y los sistemas más contradictorios. Darse a ese trabajo de reconstitución de lo verdadero integral a través de sus deformaciones tiene una frecundidad muy diferente a la de una perpetua crítica.

En el fondo, si sabemos utilizarlos, todos los

grandes hombres nos ponen en comunicación con las mismas verdades esenciales. Yo no digo que todos ellos las proclaman, pero todos nos ponen dentro de su perspectiva, nos conducen hacia ellas, nos impulsan hacia ellas invenciblemente. Ellos parecen combatirse y dividir la ciencia, desintegrar el espíritu humano; en realidad convergen. Las columnas del templo hunden sus bases en las losas, se apartan y se alinean en bovedillas aisladas, pero lanzan los arcos los unos hacia los otros, y por medio de numerosos aristones, terminan formando una sola bóveda. Ver ese refugio y refugiaros allí, es lo que conviene a vuestro llamado, para vos que buscáis no el ruido ni el choque de los partidos ni la contención o la excitación ficticia de la inteligencia, sino la verdad sola.

VI

Aprovechar y vivir

Una última y capital indicación se impone en lo que se refiere a las lecturas. El lector, si bien debe adoptar una actitud pasiva en cierto modo, a fin de abrirse a la verdad y de no obstaculizar en sí la acción de ésta, está invitado sin embargo a reaccionar ante lo que lee a fin de apropiarse de ello y con eso ir formando su alma. Uno no lee sino para pensar, se enriquece para utilizar, se alimenta para vivir.

Hemos condenado ya al eterno lector que llega poco a poco a un almacenamiento maquinal, a un sabio automatismo que ya no es trabajo verdadero. Em-

pero, no hay necesidad de ser un devorador de libros para deslizarse a esta pasividad. Muchos leen como se teje. Librados a una especie de indolencia, su espíritu asiste al desfile de las ideas y permanece en la inercia.

Como un pastor abstraído mira el agua correr.
(Musset).

Sin embargo, el trabajo es vida, y la vida es una asimilación, y la asimilación una reacción del organismo que vive del alimento. No es suficiente cosechar en su debido tiempo, hacer la gavilla y finalmente cocer el pan, es preciso elaborar la propia carne y sangre, pues sólo para esto sirven las espigas enhiestas.

El que aprende siempre puede no llegar a instruirse nunca, si no cambia en su propia substancia lo que aprende por medio de frecuentaciones dóciles. La docilidad es virtuosa y necesaria, pero no suficiente. "La obediencia se encuentra en la base del perfeccionamiento", dice Augusto Compte; pero ella no es el perfeccionamiento. El genio que nos instruye podría decir como su Inspirador: *"Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en más abundancia"* (Juan X, 10). Lo que en otro era vida, ¿no será otra cosa en nosotros que una lámpara extinguida?

Nadie puede instruirnos sin nosotros. La lectura nos propone lo verdadero: hemos de hacerlo nuestro. No es la vendedora de los mercados quien alimenta mi cuerpo. Lo que ingiero debe llegar a ser yo mismo y esto nadie más que yo puede verificarlo. "Por la

doctrina, escribía Boecio, el espíritu del hombre es solamente excitado hacia el saber" (1). San Agustín había dicho antes que él: "Un hombre es respecto a la enseñanza lo que el agricultor para el árbol" (2).

Santo Tomás, entrando más profundamente en esta materia, observa que la palabra o la escritura ni siquiera llegan al espíritu; toda su misión, mediante sonidos y signos es procurar al alma una materia. El sonido resuena, la luz vibra; nuestros sentidos perciben y comunican la señal, y, por un movimiento inverso, esa señal, que está desprendida de la idea, tiene misión de provocar una idea semejante. Pero en todo eso los espíritus no se ponen en contacto; las señales del uno no llegan sino indirectamente al contacto del otro, y lo que constituye la ciencia no es propiamente el sistema de signos a nosotros propuesto sino el trabajo de nuestra propia razón sobre esos signos.

En el fondo, las proposiciones de la ciencia que se nos presentan permanecen tan extrañas a la inteligencia como las cosas mismas que se trata de conocer; ellas tienen solamente la ventaja de corresponder, como signos, a ideas ya elaboradas y puestas en orden. Esto nos facilita el pensamiento pero no lo suple. La enseñanza sólo nos otorga medios de obrar espiritualmente, como la medicina ofrece a nuestros cuerpos medios para su curación; pero de igual manera que ninguna medicina tiene poder alguno sobre un

(1) Boecio. De Consolatione Philosophiae. V. 5.
(2) San Agustín. De Magistro.

cuerpo inerte, ninguna enseñanza triunfa de un espíritu negligente.

En realidad, la naturaleza se cura sola, y el espíritu no es esclarecido sino por su propia luz, a menos que se diga con las palabras del Salmo: *"La luz de tu paz está impresa en nosotros, oh Señor"* (Salmos IV, 7). De este modo, Dios es en definitiva nuestro único Maestro, el que nos habla en lo íntimo, y de nuestra unión con El nos viene toda instrucción; de hombre a hombre, el pensamiento es estrictamente incomunicable (1).

Este análisis penetrante tiene consecuencias prácticas. Si la idea no nos es otorgada, si en nosotros debe ella necesariamente nacer, esforcémonos para que la materia intelectual procurada por el libro, y esos signos de un mudo interlocutor, nos eleven verdaderamente al pensamiento representado y aún más allá de él, pues una evocación, para un espíritu activo, debería siempre provocar otra nueva.

No entramos en la intimidad de los genios sino participando en su inspiración; escucharlos exteriormente es condenarse uno a no entenderlos. Uno no percibe una gran palabra ni con los ojos ni con los oídos, sino con un alma al nivel de lo que le es revelado y con una inteligencia esclarecida por una misma luz.

La fuente del saber no está en los libros; está en la realidad y en el pensamiento. Los libros son postes señaladores; el camino es más antiguo, y nadie

(1) Santo Tomás. **De Magistro,** en las **Quaestiones disputatae de Veritate,** q. XI, art. I, con argumentos y respuestas.

puede hacer por nosotros el viaje de la verdad. Lo que dice un escritor no es lo que principalmente importa; lo que nos interesa es lo que es, y nuestro espíritu se propone no repetir sino *comprender*, vale decir tomar para sí, o con otras palabras, absorber vitalmente, y, en fin, pensar por sí mismo. Una vez oída la palabra, hemos de obligar al alma a repetírsela a sí misma, después del autor, y tal vez gracias a él, pero en definitiva independientemente de él. Hemos de volver a crear toda la ciencia para nuestro servicio.

El principal beneficio de la lectura, por lo menos la de las grandes obras, no es por lo demás la adquisición de verdades dispersas, sino el acrecentamiento de nuestra sabiduría. Amiel, comparando el espíritu francés y el alemán, decía: "Los alemanes amontonan los haces de leña; los franceses acercan las chispas". El juicio es quizás demasiado absoluto, pero lo que prevalece a buen seguro son las chispas.

La formación de la sabiduría era el propósito primordial de nuestra educación; lo es también de la educación que nos procuramos a nosotros mismos. Sin ella, lo que llega a nuestro espíritu permanecería sin valor, sería el calco de un libro, otro libro, tan inútil como el original cuando estaba en los estantes de la biblioteca. También en nosotros existen volúmenes y grandes textos que nunca leemos.

¡Qué abuso tratar con los genios y no extraer de ellos más que fórmulas! ¡Y qué claro se trasparentará eso cuando pretendamos, al ponernos a escribir, utilizarlos! Muy pronto juzgaremos ese psitacismo y comprobaremos que no tenemos a nadie ante nosotros.

Utilizar plenamente, es inventar. Hasta cuando cita literalmente, si el pasaje citado está ubicado en su lugar exacto en un discurso, del cual está al mismo nivel, pertenece al mismo vaciado de fusión y absorbe lo prestado en su unidad vital, uno es en ello original y, por así decirlo, igual al maestro. Otorgando gloria a un semejante, se recibe una parecida. La cita es para vos como la palabra que el diccionario os presta y a la que sin embargo dais vida, como da vida el alma al cuerpo.

Así lo dice Santo Tomás, lo mismo que Bossuet y Pascal. Y nosotros que sólo pretendemos humildes tareas, debemos aplicarles las mismas leyes del espíritu. La verdad es la antecesora de todos los hombres; la sabiduría a nadie desdeña; no hay que dejar para los más grandes el monopolio de las utilizaciones superiores. En presencia de los genios, no somos otra cosa que niños, pero niños con patrimonio. Lo que ellos nos dan es nuestro como que pertenece a la eternidad; ellos también lo recibieron de la eternidad. Lo que existía antes que ellos y por encima de ellos, lo que Dios prepara a todos, es lo que hemos de contemplar cuando ellos nos hablan.

La originalidad se adquiere a este precio, y si un día vemos así crecer nuestra sabiduría, podemos esperar que llegaremos muy bien a hacer obra original en el buen sentido del término. En vista de una producción verdaderamente personal, la lectura no puede servirnos más que para incitarnos, para alimentar nuestro propio ser, no nuestras páginas. Aparece aquí un sentido nuevo de algo ya dicho: encon-

trar en los libros lo que allí no aparece, entradas para penetrar en nuevos dominios.

Si uno ya no llega sino por sí mismo a adquirir los conocimientos comunes, con mucho mayor razón sólo a costa de su propio esfuerzo pagará su contribución al pensamiento nuevo. Cuando leo, quisiera encontrar en el libro un feliz punto de partida, mas para abandonarlo lo antes que pueda y librarme de él como de una deuda. Tengo el deber de ser yo mismo. ¿Para qué repetir a otro? Por poco que yo represente, debo saber que Dios no crea en vano ningún espíritu, menos aún que ninguna de las cosas de la naturaleza. Al independizarme obedezco a mi Maestro.

Existo, no soy un reflejo, y quiero una vida fecunda. Lo que no engendra no existe: ¡sea mi lectura ocasión de engendrar pensamientos a semejanza no de mi inspirador sino de mí mismo!

En esto consiste, a mi parecer, la última palabra en la cuestión de los libros. Un libro es un signo, un estímulo, una ayuda, un iniciador, no es un substituto ni menos una cadena. Es necesario que el pensamiento nos pertenezca. Por la lectura, no hay que ir hacia los maestros, hay que partir desde ellos. Una obra es una cuna, no es una tumba. Físicamente, nacemos jóvenes y morimos viejos. Intelectualmente, en razón de la herencia secular, "nacemos viejos; es necesario tratar de morir jóvenes" (1).

Los verdaderos genios no han pretendido en manera alguna aherrojarnos, y sí libertarnos. Si quisie-

(1) Pensamiento familiar al abate de Tourville, quien lo aplicaba a la ciencia social.

ran esclavizarnos, tendríamos que defendernos de ellos, preservarnos de esa invasión que aniquila con tanto mayor facilidad cuanto que no contamos con los mismos recursos. Sepamos emancipar nuestra alma. Cuanto más nuestro pensamiento proceda de nuestra intimidad, de nuestra incomunicabilidad, tanto más reflejará al hombre y los demás hombres se reconocerán en él. El respeto humano se aleja, y la espontaneidad se acerca más al hombre. Las repeticiones claras o subrepticias pronto se vuelven fastidiosas.

"Cuando uno no escribe más que de lo que ha leído, dice Schopenhauer, nadie lo lee".

Trabajemos, en fin, en colaboración con la verdad y con Dios. Nuestro modelo debe estar en el Pensamiento creador. Los genios no son más que una sombra. Ser la sombra de una sombra, es una decadencia, para quien, pequeño o grande, es un hecho espiritual incomparable aquí abajo, inédito y único.

El hombre es múltiple y nosotros somos uno de sus casos. Dios está en todos: sepamos honrar en nosotros al hombre y respetar en él a Dios.

B. — *La Organización de la Memoria*

I

¿Qué debemos retener?

Adquirir por medio de la lectura no serviría para nada y reflexionar resultaría imposible, si la memoria no retuviese y no nos presentase en el momento

oportuno lo que debe servir para nuestra obra y para el trabajo del espíritu.

Muchos genios gozaron de una memoria prodigiosa; otros carecieron de ella; la mayor parte la tuvieron mediocre y debieron suplirla de distintos modos. No es posible clasificar a los maestros conforme a ese don; es muy cierto sin embargo que en igualdad de condiciones una memoria desarrollada y tenaz representa un precioso recurso.

No concluyamos de esto que hayamos de ejercitar la memoria sin discernimiento y recargarnos con el mayor número posible de nociones, de hechos, de imágenes, de textos. Hay que interpretarlo a Santo Tomás cuando dice en sus Diez y Seis Preceptos: *"Todo lo que puedas deposita en el arca de tu mente, como quien desea llenar un vaso"*. Mas hemos de acordar a esta breve máxima el beneficio de un supuesto. Es necesario retener todo lo que se pueda, sí, pero siempre que eso sea útil, como también, con la misma reserva, debe leerse todo lo que se pueda.

Ya pusimos en guardia al intelectual contra el abuso en las lecturas; las consideraciones hechas a ese respecto, son válidas aquí en gran parte, desde que recordar es conservar adquisiciones de las que no es posible separar ni sus ventajas ni sus inconvenientes.

Todos los maestros nos dicen que sobrecargar la memoria es perjudicial al pensamiento personal y a la atención. El espíritu se ahoga en el conjunto de sus materiales; lo que permanece sin ser empleado lo molesta y paraliza; el peso muerto oprime lo viviente, el alimento excesivo envenena; nos lo prueban esos pre-

tensos eruditos con espíritu falseado e inerte, esas "bibliotecas vivientes", esos "diccionarios ambulantes".

Uno no vive de su memoria; se sirve de su memoria para vivir. Grabad en vuestra mente lo que pueda ayudaros a concebir o a ejecutar, lo que pueda asimilarse a vuestra alma, responder a vuestro propósito, vivificar vuestra inspiración, y sostener vuestra obra. En cuanto a lo demás, abandonadlo al olvido. Y si a veces sucede que, ocasionalmente, resultan útiles muchas cosas que no lo parecían en manera alguna, y que, en efecto, de ordinario no lo son, no es una razón para decir: retengámoslas a toda costa. Si llega el caso, las buscaréis; el papel las cuidará sin esfuerzo. Con el pretexto de que uno quizás se haya de ver en la necesidad de tomar cualquier tren, no aprende de memoria la Guía General.

Pascal decía que no creía haber olvidado nunca una cosa que había *querido* retener; he aquí la memoria útil, a condición de no querer retener sino lo que sirve. Cuando San Agustín define así la felicidad: "no desear nada fuera del bien y tener todo lo que se desea", define al mismo tiempo la memoria privilegiada. Confiad a la vuestra lo que es bueno, y rogad a Dios que os acuerde, si le place, la gracia que tuviera Pascal, Santo Tomás, "en quien nada perecía", o Mozart, quien rehacía íntegra, después de haberla oído por primera vez, una misa solemne. Pero repito que una tal gracia no es necesaria; puede ser suplida sin perjuicio fundamental. ¿Y para qué calcular sus beneficios si de lo que se trata es de ad-

ministrar lo que nos ha sido dado y no aquello de que carecemos?

Una regla capital a este respecto consiste en hacer entrar la memoria en la corriente general de la vida intelectual, hacerla participar de la vocación. La memoria debe especializarse como el espíritu, en la misma medida, con la misma concentración en cuanto a lo principal y con las mismas extensiones.

Hay cosas que todo el mundo está en la obligación de saber, que todo cristiano en particular debe tener siempre presentes; otras que no puede un intelectual ignorar; y hay cosas que se relacionan con la especialidad y se ligan a ella por vínculos más o menos estrechos y que cada uno tendrá necesidad de poseer según el espíritu de amplitud o de pequeñez que tenga; existen otras, en fin, que son la especialidad misma y sin las cuales uno estaría por debajo de la propia tarea, y con toda justicia sería tachado de ignorante o negligente.

Lo que cada uno debe esforzarse por conservar a plena luz en su mente y disponible al primer llamado, es lo que constituye su base de trabajo; lo que, con ese motivo, saben de su profesión todos los espíritus eminentes. En esto hay que desterrar toda negligencia y las demoras en cuanto sea posible. Tocante a lo demás, uno adquirirá conforme a lo que le exija una tarea particular, sin tratar demasiado de retenerlo inmutablemente.

En ambos casos vemos que ese registramiento parte de una idea preexistente, como la lectura; con la diferencia de que un trabajo particular es una vo-

cación momentánea, la vocación un trabajo durable, y la memoria se adapta a ellos.

Nicole sugiere al cristiano que "aprenda de memoria diversos salmos y distintas sentencias de la Sagrada Escritura, con el fin de santificar la memoria por medio de esas divinas palabras". ([1]) Esta es una manera de consagrar nuestra común vocación celestial y de facilitar el esfuerzo hacia el bien. Muy pocos comprenden hoy día tales consejos. Ese tal que declama largos trozos de Virgilio, de Racine, de Musset, no podría recitar un salmo, e ignora el *Angelus*, la *Salve*, el *Te Deum* y el *Magnificat*. Evidentemente, esto es un desorden. Lo que está unido a nuestro espíritu por vínculos de memoria, obra más sobre él; un católico debe desear esta influencia en su máxima eficacia para aquello que anima su fe. ¡Qué beneficioso le resultaría poder, de tiempo en tiempo, en el curso de una jornada o en una ocasión cualquiera, decirse a sí mismo fórmulas plenas de savia cristiana!

II

En qué orden retener

Una vez dispuesta la materia del contenido, es necesario pensar en el orden. Una memoria no debe ser un caos. La ciencia es un conocimiento por las causas; toda experiencia sólo vale por sus conexiones, sus agrupamientos y sus jerarquías de valor. Almacenar en montón es inutilizar todo y condenarse a no recordarlo más que por azar.

(1) O. C.

Es del todo aconsejable que una memoria intelectual adquiera los caracteres de la intelectualidad; ahora bien, ésta no se satisface con nociones inconexas, sin afinidades precisas. Buscad siempre lo que relaciona esto con aquello, lo que condiciona una cosa con otra, y tratad de que en vuestra memoria se establezca esta coordinación y no haya en ella recortes dispersos no relacionados.

Una cabeza bien sentada es como un árbol genealógico, en el que todas las ramas están unidas al tronco y por medio de él se comunican: los parentescos en todos sus grados allí se revelan claramente, expresando un linaje en todas sus relaciones y en su conjunto.

Es necesario pues relacionar todo con lo esencial, tanto en la memoria como en el pensamiento mismo. Lo que sostiene la memoria, así como sustenta la ciencia, y la hace eficaz en el momento en que ha de intervenir, es lo fundamental, lo primordial, lo simple, de donde sale lo complejo por grados y por *diferencias* sucesivas.

De nada sirve haber adquirido millares de nociones, si las nociones primordiales, en lugar de encontrar en ellas un enriquecimiento gracias a las dependencias que la memoria descubre allí, se detienen como ante un obstáculo y ven así agravada su ruinosa soledad. Cincuenta antecedentes no tienen más valor que uno solo, si no expresan más que la misma relación profunda; desmenuzados son infecundos, como la higuera del Evangelio, y ocupan la tierra en vano.

Conservad ante todo, —como antes hemos hablado de la necesidad de buscarlas ante todo— las ideas rectoras; estén ellas presentes al primer llamado, dispuestas a esclarecer todo lo que se os plantea, a mantener en su rango las ideas antiguas a pesar de los nuevos aportes, a desenvolverse ellas mismas en presencia de cada progreso, como el cerebro aprovecha lo que recibe el estómago y el corazón el ejercicio ejecutado por los miembros.

Una idea nueva obra retrospectivamente; una antorcha ilumina también el camino recorrido. Los materiales abandonados se transfiguran cuando se los coloca al servicio de la idea. Entonces todo resulta de nuevo creado en nosotros y animado con una vida nueva. Pero es necesario para esto que los caminos de la claridad estén abiertos, que nuestros pensamientos estén ordenados y puedan comunicarse como de vecino a vecino.

Estando regulado el orden interior, habrá defensa casi automática contra el recargo, y resultará comprobado que dos preceptos en apariencia distintos no son en el fondo más que uno solo. Lo inútil, que se acomoda bien en el caos, no encuentra lugar en una organización. O bien uno sirve, o de lo contrario deje el lugar. Hay algo de ridículo en el esfuerzo de alquien o de alguna cosa por invadir un dispositivo en el que no está previsto, al que no completa y no ayuda. Toda jerarquía ejerce su propia policía.

De esta manera aligerada y bien arreglada, la mente podrá darse a sus obras con todas sus fuer-

zas; irá directamente a lo que interesa y no se preocupará de bagatelas, que para otros, es cierto, pueden ser lo principal.

Cuando Pasteur llegó a la región del Mediodía para atacar y vencer en poco tiempo el mal que amenazaba a la sericicultura francesa, no conocía las costumbres del gusano de seda. Se hizo instruir con bastante displicencia por el gran entomólogo Henri Fabre. Este se extrañó en un principio de la ligereza aparente del "Parisiense"; pero bien pronto, al ver que Pasteur iba más lejos y trabajaba en las fuentes mismas de la vida, comprendió, y celebró más tarde esa genial sencillez.

Hay en cada materia algunas ideas que lo rigen todo, que son llaves universales; las hay también que gobiernan en igual forma la vida, y ante ellas hemos de encender, en el interior de nuestros corazones, la lámpara del santuario.

La facultad creadora depende en gran parte de la prudencia y de la sobriedad de la memoria. La vinculación con lo esencial mantiene abiertas hacia lo exterior todas las perspectivas, y la lógica de lo adquirido tiende a prolongarse en nuevos aportes. Las ideas llaman a las ideas; el agua va hacia los ríos; uno no presta sino a los ricos; *darán a quien tiene y él sobreabundará,* dice el Evangelio. Cada verdad es aurora de otra; toda posibilidad busca su realización, y cuando el orden interior se ofrece a la experiencia le acontece lo que a la raíz que se hunde en la tierra: su substancia trabaja, sus fibras se expanden y aprovechan los jugos; la vida se desarrolla

porque la adaptación del viviente a su medio es la única condición de su fecundidad, como fué, en un principio, de su substancia.

El ambiente, de la ciencia, es el *cosmos*, que ante todo es organización, estructura: es necesario y es suficiente, para que el hombre de estudio progrese, que establezca en sí mismo, gracias a la memoria, una estructura adecuada que le permita adaptarse, y por ese medio obrar.

III

Cómo hacer para retener

Falta decir cómo se obtiene una memoria en tal forma calificada, y cómo ella se utiliza. Por cierto que esto no es un gran secreto, por más que se encuentre vinculado a las profundas condiciones de nuestra vida mental.

Santo Tomás propone cuatro reglas: 1º ordenar lo que se quiere retener; 2º concentrar en ello profundamente el espíritu; 3º modificarlo frecuentemente; 4º cuando uno quiere recordarlo, ha de tomar la cadena de las dependencias por su extremo y ésta arrastrará todo lo demás. Y agrega accesoriamente, siguiendo a Cicerón, que es bueno relacionar la memoria de las cosas intelectuales a la de las cosas sensibles, pues estas últimas, dice, son el objeto propio del intelecto y pertenecen a la memoria por sí mismas, las otras indirectamente, por accidente (1).

(1) De Memoria et reminiscentia, lect. 5 y 2.

Ya hemos recordado la importancia del orden desde otro punto de vista; pero todos hemos experimentado su necesidad para fijar el recuerdo. Es muy difícil ubicar en nosotros una sucesión de palabras, números, ideas o elementos sin vinculación; esos elementos aislados no encajan; cada uno está como perdido y se evade con prontitud. Por lo contrario, una serie forma cuerpo y se defiende. Lo que se apoya en su razón propia y en su sociedad natural, lo que arraiga en su medio, corre menos riesgo de dispersión. Solamente se conserva aquello que no está separado —y un elemento puede estarlo sólo a medias— de elementos conexos.

Al querar retener cuidaos pues de las vinculaciones y las razones de las cosas; analizad, buscad los porqué, observad la genealogía de los acontecimientos, las sucesiones y las dependencias; imitad el orden matemático, en el que la necesidad parte del axioma y finaliza en las más lejanas conclusiones. Comprender a fondo, aprender después, e introducir en el espíritu no anillos y más anillos sino una cadena, es asegurar la unidad del todo. La unión hace la fuerza.

La aplicación del espíritu que recomendamos luego tiene por objeto insistir sobre el misterioso buril que traza en nosotros las figuras de las palabras y de las cosas. Cuanto más ardiente es la atención tanto más cava el buril y mejor resistirán los trazos el flujo permanente que tiende a borrar las ideas como borra la muerte los seres. Cuando leáis o escuchéis con miras de aprender, concentraos y estad pre-

sentes; repetíos en alta voz lo que se os dice; martillad las sílabas. Esto lo digo en sentido figurado, pero a veces aplicarlo a la letra tiene sus ventajas. Una vez leído u oído aquello de que se trata, estad en condiciones de repetirlo en la medida precisa en que se hace necesario fijarlo. ¿Se trata de un libro? No lo abandonéis sin antes poderlo resumir y apreciar. Agrego esta última palabra porque el objeto que ha provocado en nosotros una intervención activa, es mucho menos fugitivo; forma parte de la persona.

Hecho esto, es una necesidad resultante de la primera, meditar tan a menudo como sea posible y cuanto lo merezca el objeto que hemos de preservar del olvido. La vida borra los trazos de la vida y por eso se nos aconseja burilar fuertemente; el mismo motivo —y puesto que a pesar de todo los trazos se debilitan— nos invita a pasar de nuevo el buril en las líneas, a prodigar el aguafuerte, vale decir, a revivificar constantemente nuestros pensamientos útiles y a rumiar los hechos que queremos recordar.

La agitación del espíritu es contraria a este trabajo; por eso, para el buen uso de la memoria así como para todas las funciones intelectuales es indispensable llevar una vida apacible y alejada de las pasiones.

La facultad de la admiración, la juventud del ánimo en presencia de la naturaleza y de la vida, predisponen también favorablemente al recuerdo. Retenéis mejor lo que os ha impresionado. Por esta razón, amén de muchas otras, el intelectual debe cultivar ese sentimiento de todo lo nuevo, de lo siempre

nuevo, que es el punto de partida de los arranques vigorosos hacia las fecundas creaciones o hacia la investigación.

En fin, si se trata de hallar de nuevo el recuerdo y de activar nuevamente las imágenes antiguas, se nos aconseja que una vez más nos apoyemos en el hecho de las mutuas dependencias entre los pensamientos y entre las impresiones, que sirvió de base para la constitución de la memoria. Aun sin quererlo uno, todo poco más o menos se encadena en el cerebro: habiéndolo querido con toda el alma y habiendo elaborado industriosamente los vínculos más naturales entre las nociones, se recogerá el beneficio de ello.

No hay que buscar pues al azar dentro de un todo que no se formó al azar; hay que proceder lógicamente, utilizando la lógica de las cosas tal cual se impone por sí misma, o tal como se la consideró en un comienzo, remontando o descendiendo por las series instituídas, invocando la contigüidad de las ideas y de las circunstancias; en una palabra, volviendo a traer a la fuerza bajo el haz de la atención lo que ésta había fijado y ubicado según sus leyes.

Esto es lo que Santo Tomás denomina tomar la cadena, y el extremo de la cadena que él aconseja asir es el que se presenta como más inmediatamente en dependencia de lo que buscamos. Ejemplo: Recuerdo haber pensado en cierto plan de estudio; ese plan se me evade; pero sé que entonces me encontraba en tal o cual lugar, o que conversaba con tal amigo, o que eso se vinculaba a tal conjunto de ac-

tos espirituales, a tal aspecto de mi vocación, o bien que el proyecto se había inspirado en una lectura anterior o era consecuencia de trabajos precedentes. Para poseer otra vez la idea evadida, despertaré la impresión del lugar, de la conversación amistosa, del conjunto ideológico, de la tarea que debía realizar, del libro analizado o el trabajo cumplido. Partiendo desde allí, exploraré las vecindades, y por diversas tentativas trataré de volver a encontrar lo que me consta estaba vinculado con uno u otro de esos antecedentes.

En resumen, lo que interesa a la memoria no es tanto el número de sus adquisiciones cuanto, en primer lugar, su calidad, luego su orden y finalmente la posibilidad de su aprovechamiento. De materiales casi no carece el pensamiento; éste es el que le falla a aquellos. Sin la asimilación inteligente, la penetración, el encadenamiento y la progresiva unidad de un alma rica y ordenada, aprender nada significa.

Lo que interesa no son los materiales, sino la arquitectura y, sobre todo, el espíritu del morador. Mantened elevada vuestra inspiración, vuestra atención despierta, la emoción ante lo verdadero, el celo por la investigación, y ya tendréis bastantes recuerdos.

C. — *Las Notas*

I

¿Cómo anotar?

Nos vemos obligados a insistir a menudo sobre ideas ya dichas. Lo hacemos especialmente al hablar de las lecturas, de la memoria y de las notas, pues estos tres objetos no son por decirlo así más que uno. Todo eso tiene por finalidad completarnos, a fin de poder, llegado el momento, realizar nuestra obra.

Hay que leer relativamente poco, y retener mucho menos aún; la naturaleza se encarga de lo demás. Las notas, que son una especie de memoria exterior, una "memoria de papel", como decía Montaigne, deben limitarse enormemente con relación a las lecturas; mas pueden aventajar el recuerdo, suplirlo, y, por consiguiente, aliviarlo y acudir en auxilio del trabajo en una medida difícilmente calculable.

Si fuese necesario confiar en la memoria para conservar intacto y listo para ser aprovechado todo lo que hemos encontrado o descubierto en el curso de nuestra vida estudiosa, sería una gran desgracia. La memoria es muy poco fiel; se evade, entierra cosas y casi no obedece al llamado. Es conveniente no sobrecargarla; mantener despejada la mente. Es preferible la libertad de la mente a un enriquecimiento indigesto. La solución está, pues, en el cuaderno de notas o en el fichero.

Por otra parte, la memoria clasifica a su modo y nosotros hemos tratado de ayudarla en esa clasifi-

cación, pero sus ordenamientos son caprichosos e inestables. Para encontrar en un momento dado el recuerdo deseado sería necesario una posesión de sí mismo que ningún mortal puede alcanzar. En esto también nos ayudarán los cartapacios y los casilleros. Hemos de organizar nuestras reservas, depositar nuestros ahorros en un banco, donde si bien es cierto no producirán ningún interés estarán por lo menos en lugar seguro y disponible. Nosotros seremos el cajero.

Las prácticas son en esto muy diferentes, pero existen algunas leyes generales, que es bueno recordar, a fin de que cada uno se inspire en ellas.

Podemos distinguir dos clases de notas, correspondientes a la preparación remota o inmediata al trabajo. Leéis o meditáis para formar y alimentar vuestra mente; se presentan ideas que os parecen dignas de ser fijadas; he allí hechos e indicaciones diversas que podrán seros útiles nuevamente: tomáis nota de ello. Por otra parte, cuando tenéis que estudiar un tema preciso o producir algo, tratáis de documentaros, leéis lo que se ha publicado acerca de la materia, recurrís a todas las fuentes de información de que podéis disponer y reflexionáis por vuestra cuenta, pluma en mano para todo.

La primera categoría de estas notas presenta la peculiaridad de ser un tanto fortuita: sólo los límites de la especialidad y la buena elección de las lecturas pueden reducir en ella la dosis del azar. Siendo la vida siempre compleja y fugaz la mente, y dado que nosotros mismos hemos abogado en fa-

vor de las extensiones, mucho de aleatorio se introduce en las notas de esta especie. Por el contrario, cuando anotáis con miras de producir, teniendo la producción un carácter definido las notas se definen también, persiguen ahincadamente el tema en estudio y forman un todo más o menos orgánico.

Existen reglas comunes y reglas particulares para estos dos grupos de notas.

En ambos casos hay que evitar el exceso, la acumulación de materiales en los que uno se ahoga luego y que se vuelven así inutilizables. Algunos tienen tantos cuadernos y tan repletos que, por una especie de desaliento anticipado, no los abren nunca. Esos presuntos tesoros han costado mucho tiempo y pena, y nada producen; un sinnúmero de cosas sin valor los atasca; aun lo que tienen de útil a menudo podría haber quedado ventajosamente en los volúmenes de donde fué extraído. Una llamada juntamente con un pequeño resumen hace las veces de fastidiosas páginas.

Guardad notas tomadas reflexiva y sobriamente. Para evitar la alucinación del primer momento, el efecto de preocupaciones pasajeras y también los entusiasmos que causa a veces una palabra brillante, no ordenéis definitivamente sino después de un tiempo. Con calma, a buena distancia, juzgaréis vuestras cosechas y sólo almacenaréis el grano bueno.

En ambos casos también, hay que anotar después de un trabajo enérgico del espíritu, en un sentimiento personal. Se trata de perfeccionarnos, de amueblarnos, de armarnos con una panoplia a nuestra medida,

adecuada a las necesidades de la batalla que pretendemos librar. Si una cosa es bella y buena, si es teóricamente preciosa, no es esto una razón para transcribirla. Gracias a Dios existen muchas cosas bellas en los libros; ¿pero podrá ser éste un motivo para copiar íntegra la biblioteca nacional? No compramos una levita porque es hermosa sino por que nos queda bien, y un mueble admirado en la casa del anticuario será bueno que se quede allí si ni su medida ni su estilo convienen al departamento que espera.

Evitad siempre el capricho. Así como la lectura es una nutrición, y el recuerdo una posesión que enriquece y forma un sólo cuerpo con nuestra persona, las notas son asimismo una reserva nutritiva y personal. Lecturas, recuerdos, notas, todo debe perfeccionarnos y, por lo tanto, debe asemejársenos, debe ser de nuestra especie, de nuestra misión, de nuestra vocación, debe responder a nuestros fines y a la forma de nuestras actitudes por medio de las cuales podemos y queremos realizarlos.

Es sabido que un *diario* dice mucho de su dueño, del modo de vivir de éste y de los propósitos que persigue: el registro de notas y el fichero deberían estar vinculados con el intelectual también de un modo íntimo y mostrar lo que debe y quiere ser: allí está su *Haber,* o por lo menos en gran parte, y esa cuenta debe corresponder al poseedor por una parte y luego al gasto presunto. Yo me reflejo en mis obras: debo reflejarme también en mis medios, si he tenido el cuidado de adaptar las unas a los otros como a mí mismo.

Aún más, sería deseable que además de esos documentos propiamente dichos, hechos, textos o estadísticas, las notas tomadas fuesen no solamente adaptadas a vos, sino vuestras y eso no solamente cuando emanan de vuestras reflexiones, sino también cuando proceden de una lectura. La lectura, también, debe ser objeto de reflexión, y ya hemos dicho que lo de otro puede llegar a ser tan nuestro que en nada difiera de una creación.

Yo leo, y leyendo escribo; pero escribo lo que pienso al contacto de otro, más que su pensamiento; y lo ideal sería que esto fuera cierto aun cuando transcribiera textualmente, creyendo no poder expresar mejor el pensamiento común. Escritor es todo aquel que concibe, y yo también concibo lo que me asimilo con profundidad, lo que me esfuerzo en penetrar, en comprender en el sentido completo de la palabra, lo que hago mío: por lo tanto también yo soy el escritor de esto y lo aparto como una riqueza propia.

En cuanto a las anotaciones remotas, no hay otra cosa esencial que considerar. Referente a las inmediatas tomadas con miras a un trabajo hemos de reforzar la aplicación de nuestras reglas y agregar lo siguiente.

Ya hemos dicho que el modo de tomar notas debe ser personal, vale decir, en relación exacta con el escritor. Es necesario asimismo que esté en relación estricta con la obra que se ha de realizar. Tenéis un objeto preciso: pensad en él fuertemente; trace vuestra mente, si es necesario, un plan provisional, según

el cual dirigiréis vuestras lecturas y vuestras reflexiones y según el que anotaréis también esto o aquello que llenará los casilleros. Claude Bernard decía que una observación científica es una respuesta a un problema que el espíritu se plantea, y que en verdad uno no halla sino lo que busca. De igual modo, una lectura inteligente es una respuesta posible al problema que nos plantea el tema que hemos de tratar. Hemos de leer pues con un sentimiento de espectativa, así como seguimos con los ojos al salir de una estación, la ola de los viajeros en la que se pierde un amigo.

Tienda vuestra lectura cada vez más hacia un fin concreto; considere ella no ya únicamente la vocación y la persona sino su aplicación actual. Una lectura semejante es una prevención; ahora bien, una prevención es como una criba que retiene el grano deseado y deja pasar los demás. No os distraigáis; no os demoréis; tened presente sólo vuestro objetivo, sin considerar el del autor, que es tal vez muy distinto. Me animaría a decir, pese a lo que la palabra tiene de desagradable y de contraproducente en casi todos los casos: Colocaos anteojeras, para concentraros mejor en aquello que, en ese momento, requiere vuestro ser íntegro.

Hay en esto dos procedimientos un tanto diferentes, y quizás haya ocasión de emplearlos alternativamente, conforme a la naturaleza de la obra.

Podéis formar un plan detallado y documentaros más tarde. Podéis comenzar por la documentación, por las reflexiones y lecturas que, evidentemente,

suponen algunas directivas, pero sin plan propiamente dicho. En este caso dais vueltas alrededor de la cuestión, la consideráis en todas sus fases, hacéis en ella operaciones de sondaje que tratan de no dejar nada inexplorado en ese sector; las ideas de un plan os vienen después y las anotáis —como Pascal cuando en un encabezamiento escribía: *orden* — ponéis aparte los documentos tal como los utilizaréis; determináis las ideas que debéis desarrollar, señalando únicamente —si las hay— las características principales; mencionáis las palabras exactas, las comparaciones acertadas que se presentan; a veces redactáis todo un pasaje, no con la idea de darle fin, sino porque viene de por sí y la inspiración es como la gracia, que pasa y no vuelve.

Cuando pensáis haber agotado la materia, y me refiero a lo que pretendéis o esperáis, vuestro trabajo está pronto; el taller está lleno de materiales, de los cuales algunos son informes y otros están tallados provisoriamente. Luego hablaremos de la construcción; mas ya vemos que aquí el plan procederá de los materiales mismos y no los materiales del plan.

Esta última modalidad, que parece la menos lógica, y que lo es en efecto, considerada abstractivamente, tiene la ventaja de dejaros más libres para vuestras reflexiones y vuestros estudios previos, de daros más a la inspiración, de manteneros alegres, por el hecho de que podéis hallar sin obligaros a buscar de un modo demasiado preciso, porque podéis ir, volver, postergar, esperar la suerte y no tra-

bajar más que en un trabajo amplio, sin sujeción mental alguna.

De este modo una obra puede estar terminada sin haber sido comenzada; todo su valor está determinado por vuestras notas; el plan se halla allí en estado latente, un plan de cubos, es decir, en el cual son posibles diversas combinaciones, mas la materia está encerrada, dominada, y, una vez establecido el plan, estáis seguros de que él responderá a una concepción real, a ideas que tenéis, tras las cuales no corréis, y que, por lo tanto, no será un esquema arbitrario, un sistema de casillas que habréis de llenar sin tener a veces nada que poner en ellas de abundante, espontáneo y, por lo mismo, viviente.

Las notas así comprendidas, notas de estudio, notas de inspiración, no pueden ser tomadas "a ratos perdidos"; son un trabajo pleno; hemos de reservar su búsqueda para esos momentos que hemos llamado instantes de plenitud. Las demás notas, sin escapar a la obligación del esfuerzo, tendrán a veces el carácter de un feliz hallazgo, de una casualidad. Sin embargo las mejores serán aquellas que un estudio profundizado os invita a cosechar y guardar en el granero como riqueza de una vida.

II

Cómo clasificar las notas

Una vez tomadas las notas y suponiendo que se las considera aptas para ser utilizadas más tarde,

hay que clasificarlas. En la industria, el orden es dinero, y ¡cuánto dinero!; en la ciencia es pensamiento. Es inútil anotar si en el momento oportuno no podéis hallar lo que en tal caso sólo sería un tesoro bajo tierra. Conservar la huella de las lecturas y de las reflexiones propias, reunir documentos, está bien; pero con la condición de que uno pueda consultar en cualquier momento al autor favorito y también a sí mismo.

Hay que desconfiar de cierto espíritu de coleccionista que muy a menudo se apodera de quienes recogen notas. Estos quieren llenar sus cuadernos o ficheros; tienen prisa por llenar los vacíos y apilan textos como si prepararan un álbum de sellos o de tarjetas postales. Semejante práctica es lamentable; uno cae de este modo en niñerías; corre el riesgo de volverse un maniático. El orden es una necesidad; pero debe estar a nuestro servicio y no nosotros al servicio de él. Entregarse con ahinco a acumular, a completar, es olvidarse de producir y aun de aprender; el cuidado excesivo de la clasificación está tomado al uso de lo mismo que se clasifica; ahora bien, en esto todo debe estar subordinado a la buena realización del trabajo.

¿Cómo clasificar las notas? Los hombres célebres adoptaron sistemas distintos. El mejor, en definitiva, es el que uno ha experimentado, confrontado con sus propias necesidades y hábitos intelectuales y consagrado por una larga práctica.

El sistema del registro en el cual uno escribe o pega seguidas las notas tomadas, es muy defectuoso,

porque no permite ninguna clasificación, ni aun con la ayuda de las reservas de blanco, cuya medida uno no puede determinar. Los registros distintos para cada materia corrigen en parte ese inconveniente, pero tampoco permiten una clasificación precisa, además de que no se prestan a su empleo en el momento de ser utilizados.

Se pueden tener carpetas de papel grueso con un título en las que se guardarán las notas de una categoría. Un conjunto de carpetas semejantes con diferentes títulos podrán ser puestos en un casillero y cada casilla llevará sino el mismo título al menos un número de orden que corresponda a un índice que se tendrá siempre a mano.

Pero el método mucho más práctico, parece ser, para la mayoría de los trabajos, el método de las fichas. Tened fichas de papel bastante consistente, de tamaño uniforme, que determinaréis según la extensión media de vuestras notas. Nada impedirá continuar en una segunda ficha lo que se ha comenzado en una primera. Las fichas han de ser cortadas muy exactamente con una guillotina, trabajo que cualquier encuadernador o impresor hará en pocos minutos y que, por otra parte, os evitan casas especializadas en las que hallaréis fichas de todo tamaño y color, así como las cajas y accesorios necesarios.

En efecto, si vuestra colección de notas ha de ser importante, necesitáis cajas y un mueble con cajones de tamaño adecuado. Necesitaréis además cierto número de fichas especiales para índice o de repuestos de metal o celuloide para el mismo fin, para

numerar visiblemente las categorías, después de haber numerado cada dicha en un ángulo o en el centro.

Una vez adoptado este sistema, he aquí cómo habéis de proceder.

Cuando tomáis una nota en el curso de una lectura, al reflexionar durante un trabajo, en el lecho, etc., escribidla en una ficha, o, si no la tenéis a mano, en un papel más pequeño, cuidando de escribir de un solo lado, que pegaréis luego a la ficha. Clasificaréis las fichas llenadas, a menos que decidáis postergarlo, de acuerdo con la indicación dada más arriba.

Clasificar supone haber adoptado un sistema elegido con todo cuidado y concorde con los trabajos que se han de realizar. En esto sólo se pueden dar indicaciones generales. Si es posible, cada uno ha de confeccionarse un catálogo de temas, con divisiones y subdivisiones, de los cuales ya tiene o cree poder procurarse notas. Un sistema muy ingenioso, llamado *sistema decimal*, es aplicable a todas las clases de investigaciones (1).

Si uno teme la complicación, que es en realidad un inconveniente muy grave, ha de concretarse a sus propias miras prácticas. En esto hay que ser realista y no entretenerse en establecer divisiones a priori que de nada servirían.

Podéis matricular vuestras fichas según el catálogo, si lo tenéis, teniendo cada división o subdivisión una letra o un número de orden. Ordenadas

(1) L'organisation du Travail intellectuel, por el Dr. Chavigny.

aquellas las hallaréis si pérdida de tiempo en el momento del trabajo.

III

Cómo utilizar las notas

He aquí llegado el momento de utilizar la documentación. Tenéis a mano vuestra cosecha, es decir, las notas tomadas precisamente con miras a la obra actual; además tenéis en reserva, no extraídas aún, las notas anteriores que se relacionan más o menos directamente con ella. Reunid el todo acudiendo si es necesario al catálogo y a las indicaciones que él os da. Luego, según lo que precede, os quedan abiertos dos caminos.

Si tenéis un plan detallado, y según éste habéis tomado o buscado vuestras notas, numerad los artículos sucesivos de ese plan; y numerad después —con lápiz y en forma ligera si las notas han de volver a servir más adelante— las fichas que se relacionan con ellos; reunid las fichas que llevan el mismo número; poned cada grupo en un apretador, clasificad los grupos, y sólo tendréis que redactar sucesivamente, extendiéndolo ante vuestra vista el contenido de cada uno.

Si, por lo contrario, habéis preparado vuestra tarea sin un plan determinado, sólo con simples directivas, se trata ahora de determinarlo, extrayéndolo de la misma documentación. Para esto podéis proceder de este modo: Tenéis todas vuestras fichas

en montón; las tomáis una por una y escribís en una hoja sucesivamente el contenido de cada una, procediendo mediante proposiciones tan breves como sea posible. Cuando hayáis terminado. Tendréis ante vos las ideas de las que disponéis. Recorredlas dándoos cuenta de sus relaciones y dependencias; desprended de ellas mentalmente las ideas motrices; ordenad subordinado a éstas lo que de ellas depende; para esto ayudaos con una numeración marginal que podréis corregir cuantas veces sea necesario. Se hará entonces la claridad y se establecerá un orden en ese montón confuso.

Hecho esto, volved a copiar vuestras proposiciones en el orden obtenido, siguiendo la numeración sucesiva. Si en vuestro plan hay vacíos, llenadlos; respecto a éstos haréis, si es necesario, investigaciones suplementarias; numerad con el número correspondiente a cada tema las fichas que se relacionan con él; clasificad y agrupad con los apretadores, como en el caso anterior, y vuestra redacción estará lista.

CAPITULO VIII

El Trabajo Creador

I

Escribir

Llega por fin el momento de la realización. No es posible aprender y preparar siempre. Por lo demás, aprender y preparar no marchan sin una dosis de realización que los favocere. Solamente emprendiéndolo uno encuentra su camino. Toda vida es un círculo. Un órgano que se ejercita crece y se fortalece; un órgano fortalecido se ejercita con mayor potencia. Hay que escribir durante toda la vida intelectual.

Uno escribe ante todo para sí, para ver claro en su caso propio, para determinar mejor sus pensamientos, para sostener y avivar la atención que pronto decae si la acción no la obliga, para dar un atractivo a las investigaciones cuya necesidad se evidencia en la producción, para estimular el esfuerzo que se cansaría si nunca comprobara un efecto visible, finalmente para formar su estilo y adquirir ese valor que perfecciona todos los demás: el arte del escritor.

Escribiendo, hay que publicar, no bien buenos

jueces os crean capaz y en cuanto vos mismo experimentéis aptitud para el vuelo. El pájaro sabe muy bien cuándo debe afrontar el espacio; su madre lo sabe con más seguridad: apoyado en vos mismo y en una sabia maternidad espiritual, volad, apenas lo podáis hacer. El contacto con el público os obligará a escribir mejor; las alabanzas merecidas os estimularán; las críticas ejercerán una fiscalización; el progreso os será, por así decirlo, impuesto, en lugar del estancamiento que podría resultar de un perpetuo silencio. La paternidad intelectual es una siembra de bienes. Toda obra es una fuente.

El Padre Gratry insiste mucho sobre la eficacia de lo escrito. Aconseja que se medite siempre con la pluma en la mano y que la hora límpida de la manana sea consagrada a ese contacto del espíritu consigo mismo. Hay que tener en cuenta las disposiciones personales; mas es cierto que en la mayoría de los escritores la pluma que corre cumple la misión del entrenador en los juegos deportivos.

Hablar es oir la propia alma y en ella la verdad; hablar solitaria y silenciosamente por medio de la escritura es oirse y sentir lo verdadero con la fresca sensación de un madrugador que ausculta la naturaleza al amanecer.

En todas las cosas hay que comenzar. "El comienzo es más de la mitad del todo", dice Aristóteles. No produciendo nada, uno se habitúa a la pasividad; el temor al orgullo o la timidez aumentan cada vez más; uno retrocede, se agota en la espera, se vuelve improductivo como un brote cuajado.

El arte de escribir, decíamos, exige esa larga y precoz aplicación que se convierte poco a poco en un hábito mental y constituye lo que se llama el estilo. Mi "estilo", mi "pluma", es el instrumento espiritual del cual me sirvo para decirme y decir a los demás lo que entiendo de la verdad eterna. Ese instrumento es una cualidad de mi ser, una modalidad interior, una disposición del cerebro animado, es decir que es mi personalidad evolucionada en cierto modo. "El estilo es el hombre".

El estilo se forma pues en cada uno juntamente con el escritor; el mutismo es una disminución de la persona. Si queréis llegar a la plenitud, desde el punto de vista intelectual, debéis saber pensar en voz alta, pensar explícitamente, esto es, formar vuestro verbo para lo interior y lo exterior.

Tal vez sea ésta la ocasión de decir en pocas palabras lo que debe ser un estilo que responda a los fines sugeridos aquí al intelectual.

¡Ay! Sería necesario no escribir para atreverse a decir cómo se debe escribir. La humildad no es difícil cuando ante Pascal, La Fontaine, Bossuet o Montaigne uno ha sentido la impronta o experimentado el sereno desarrollo de un gran estilo. Por lo menos puede uno confesar el ideal a que aspira y al cual no llega; declararlo es a la vez acusarse y honrarse en ese ideal que nos juzga.

Las calidades del estilo pueden ser explicadas en cuantas formas quiera uno; creo que todo cabe en estas tres palabras: verdad, individualidad y senci-

llez, a menos que se prefiera resumirlo en esta sola: escribir con veracidad.

Un estilo es veraz cuando responde a una necesidad del pensamiento y está en contacto íntimo con las cosas.

El discurso es un acto de vida: no debe significar una limitación en la misma; y esto sucede cuando caemos en lo artificial, en lo convencional. Bergson diría en lo "todo hecho". Escribir por una parte y vivir por otra la propia vida espontánea y sincera, es ofender el verbo y la armónica unidad humana.

El "discurso de circunstancia" es el prototipo de esas cosas que se dicen porque hay que decirlas, que sólo se piensan literariamente, y en las que se gasta esa elocuencia de la que la verdadera elocuencia se burla. Por eso el discurso de circunstancia no es a menudo otra cosa que un discurso de ocasión. Podrá ser genial, Demóstenes o Bossuet nos lo prueban, pero sólo lo será si la circunstancia saca de nuestro interior lo que igualmente brotaría por sí mismo, lo que se relaciona con nuestras miras habituales, con nuestras meditaciones de siempre.

La virtud de la palabra, hablada o escrita, es una abnegación y una rectitud: abnegación que deja a un lado la persona allí donde se trata de un intercambio entre la verdad que habla en lo interior y el alma que escucha; rectitud que expone ingenuamente lo que se ha revelado en la inspiración sin agregar palabras inútiles.

"Mira dentro de tu corazón y escribe", dice Sidney.

El que escribe en esta forma, sin orgullo y sin artificio, como para sí mismo, en realidad, si tiene el talento que lleva lejos una palabra verídica, hãbla para la humanidad. Esta se reconocerá allí, porque fué la inspiradora del discurso. La vida reconoce a la vida. Si entrego a mi prójimo sólo papel garabateado, lo mirará tal vez curiosamente, pero luego lo dejará caer; si soy un árbol que ofrece su follaje y sus frutos llenos de savia, si me entrego plenamente, convenceré, y, como Pericles, dejaré mi dardo en las almas.

Obedeciendo a las leyes del pensamiento, no puedo sino manifestarme próximo a las cosas, o más bien, en lo íntimo de ellas. Pensar es concebir lo que es; escribir verazmente, es decir según el pensamiento, es revelar lo que es y no ensartar frases. Por eso, el secreto de escribir consiste en colocarse esforzadamente delante de las cosas hasta que ellas le hablen a uno y determinen por sí mismas aquello que ha de expresarlas.

El discurso debe corresponder a la verdad de la vida. El oyente es un hombre; el discursante no ha de ser una sombra. El oyente os presenta un alma para ser sanada o iluminada: no le deis sólo palabras. Es preciso que mientras desarrolláis vuestros períodos se pueda mirar hacia lo exterior, mirar dentro de sí y sentir la correspondencia.

La verdad del estilo descarta el "clisé". Llamamos de este modo a una verdad antigua, a una fór-

mula que se ha hecho común, a un lote de expresiones que antaño fueron nuevas y que ya no lo son precisamente porque han perdido el contacto con la realidad de la que nacieran, porque flotan en el aire como vanos oropeles que se substituyen a un vaciado ardiente, a una transcripción directa e inmediata de la idea.

Como dice Valéry, el automatismo desgasta las lenguas. Uno es viviente, dice, utilizando siempre la sintaxis "con plena conciencia", procurando articular cuidadosamente todos los elementos, evitando ciertos efectos que se presentan espontáneamente y pretenden sobresalir. Esta pretensión es precisamente el motivo que ha de hacernos desechar esos parásitos, esos intrusos, esos importunos.

Un gran estilo consiste en el descubrimiento de los vínculos esenciales entre los elementos del pensamiento y en el arte de expresarlos excluyendo todo balbuceo accesorio. "Escribir así como se posa el rocío en la hoja y las estalactitas en las paredes de la gruta, así como procede la carne de la sangre y como la fibra leñosa del árbol se forma de la savia" (1): ¡Qué ideal!

Nuestro yo orgulloso y perturbador quedará fuera de tal discurso, naturalmente; pero la personalidad de la expresión resultará por eso mismo más acentuada y más clara. Lo que sale de mí sin mí se me parece en virtud de una necesidad. Mi estilo es mi semblante. Un rostro saca de la especie sus ca-

(1) Emerson. Autobiografía.

racteres generales, pero siempre tiene una individualidad sorprendente e incomunicable; es único en la tierra y en todos los siglos; de allí, en parte, el interés tan cautivador del retrato.

Ahora bien, nuestro espíritu es ciertamente mucho más original todavía; pero lo ocultamos detrás de las generalidades adquiridas, de las frases tradicionales, de las alianzas verbales que sólo representan viejos hábitos en vez de un amor. Mostrarlo tal cual es apoyándose —mas sin quedarse allí— en las adquisiciones que pertenecen a todos, sería suscitar un interés inagotable, sería arte.

El estilo que conviene a una idea es como el cuerpo que pertenece a un alma y como la planta que proviene de una semilla determinada: tiene su arquitectura propia. Imitar es enajenar el pensamiento: escribir sin sello personal, es declararlo vago o pueril.

Uno jamás debe escribir "a la manera de...", aunque fuera la manera de sí mismo. No hay que tener *manera*: la verdad no la tiene; se establece; es siempre nueva. Pero el sonido que da la verdad no puede dejar de ser propio de cada uno de sus instrumentos.

"Todos los hombres verdaderamente grandes han sido originales, escribe Jules Lachelier; pero no han querido ni creído serlo; por lo contrario, al tratar de que sus palabras y sus actos fueran la expresión adecuada de la razón, han hallado la forma particular mediante la cual debían expresarla".

Todo instrumento tiene su timbre. Si la manera

es una afectación, la originalidad verdadera es un hecho auténtico; en lugar de debilitarla, refuerza la impresión que ha de producir en el lector, quien a su vez la recibirá según su propia modalidad. Lo que proscribimos no es el sentimiento personal en virtud del cual todo es renovado y glorificado, sino la voluntad propia opuesta al reinado de lo verdadero.

De allí resulta la sencillez. El floreo es una ofensa al pensamiento, a menos que sea un expediente para ocultar su vacuidad. En lo real no hay floreos; sólo hay necesidades orgánicas. No porque no haya nada brillante en la naturaleza, sino que lo brillante es también orgánico en ella, está fundado en derecho y asentado en bases que jamás fallan.

En la naturaleza, la flor es tan importante como el fruto y el follaje como la rama; el todo depende de la raíz y no es otra cosa que la manifestación del germen en el cual se oculta la idea de la especie. Ahora bien, el estilo, cuando es el resultado de la mano de un obrero, imita las creaciones naturales. Una frase, un trozo, deben estar constituídos como un gajo viviente, como las ramificaciones de la raíz, como un árbol. Nada debe sobrar ni sobresalir; todo ha de estar en la curva pura que *va* del germen al germen, del germen que nace en el escritor al germen que debe nacer en el lector y ha de propagar la verdad o la bondad humana.

El estilo no tiene su fin en sí mismo; darle un destino es desviarlo y envilecerlo. ¡Qué poco caso hace de la verdad el que se deja absorber por la

"forma", para volverse, en vez de poeta, rimador, en lugar de escritor, estilista! El que tiene el genio del estilo debe llevarlo hasta la perfección a que tiene derecho todo cuanto existe; cada uno desea legítimamente volverse experto en él, como el viejo herrero en su pieza; mas éste no se entretiene en tornear con placer espirales: hace láminas, herrajes y rejas.

El estilo excluye la inutilidad; es una estricta economía dentro de la riqueza; gasta todo lo que es necesario, ahorra aquí mediante arreglos hábiles y prodiga allí para gloria de lo verdadero. Su misión no es brillar, sino mostrar: debe hacerse a un lado y entonces resplandece su propia gloria. "Lo bello es la purgación de toda superfluidad", decía Miguel Angel. Y Delacroix hace notar en aquél "los grandes engastes, las mejillas simples, las narices sin detalles". Y advierte que esto sólo está bien con los contornos bien firmes de Miguel Angel, de Leonardo y, sobre todo, de Velázquez; mas no con los de Van Dyck. Y esto es también una lección.

Tended a escribir en la forma inevitable dada la idea precisa o el sentimiento exacto que habéis de expresar. Procurad ser comprendido por todos, como conviene cuando un hombre habla a los hombres, y tratad de alcanzar en ellos todo lo que, directa o indirectamente, es órgano de la verdad. "Un estilo completo es el que llega a todas las almas y a todas sus facultades" (1).

---

(1) Graty. Les Sources,

No cortejéis a la moda; vuestra época influirá por sí misma en vos y sabrá armonizar con la eternidad. Dad agua de fuente y no drogas ácidas. Hoy día, muchos escritores tienen un sistema: todo sistema es una afectación y toda afectación una afrenta a la belleza.

Cultivad el arte de omitir, de eliminar, de simplificar: es el secreto de la fuerza. Los maestros, en último término, no repiten sino eso, así como San Juan repetía: "Amaos los unos a los otros". En materia de estilo, la ley y los profetas son la inocente desnudez que revela el esplendor de las formas vivientes: pensamiento, realidad, creaciones y manifestaciones del Verbo.

Por desgracia, la inocencia del espíritu es rara; cuando existe, se confunde a veces con la nulidad. Por eso, sólo dos clases de espíritus parecen dispuestos a la sencillez: los espíritus de cortos alcances y los genios; los demás están obligados a adquirirla laboriosamente, trabados por su propia riqueza y sin poder concretarse a su gusto.

II

Desprenderse de Sí Mismo y del Mundo

El estilo, y, de un modo más general, el trabajo creador, requieren el desprendimiento. Debe ser desechada la personalidad molesta y el mundo ha de ser olvidado. ¿Puede uno, pensando en la verdad, dejarse distraer por sí mismo? ¿Qué se puede esperar del hombre que se detiene en sí mismo? Con-

fío en quien se lanza, lejos de la personalidad efímera, hacia lo inmenso y lo universal, que, astrónomo, camina en la compañía de los astros, poeta, filósofo, teólogo, én la de la materia animada o inanimada, de la humanidad individual y social, de las almas, de los ángeles y de Dios. Creo en ese, porque habita en él el espíritu de la verdad y no una ruin preocupación.

Ya hemos visto que trabajar según el entendimiento solo no basta: hay que empeñar al hombre. Pero el hombre que se dedica a un trabajo no debe ser el hombre de pasión, el hombre vanidoso, el hombre ambicioso o dado a la vana complacencia.

Todos son apasionados en ciertos momentos, pero en ningún momento ha de dominar la pasión. Todos están expuestos a la vanidad, lo malo es que el trabajo sea en el fondo una vanidad. No se trata de lo que sacaremos de la ciencia, sino de lo que podremos darle. Lo esencial no es la acogida que tendrán nuestras palabras, sino el recibimiento que hemos dispensado a la verdad y el que le preparamos en los demás. Ante este sagrado fin, ¿qué representan nuestros mezquinos cálculos egoístas? Muchos hombres que parecen aficionados con todo su corazón a una obra, en realidad le tienen menos apego que a minúsculos éxitos. La formación de los mundos, la escala ascendente de las especies, la historia de las sociedades, el régimen del trabajo, sirven para obtenerles una distinción; su poesía aspira a su consagración como "poetas", su pintura sueña con la exposición; Corneille interpretado por Talma tien-

de al lucimiento personal. Es evidente que el espíritu desviado de este modo degenera. Tales fines no pueden sino rebajar el trabajo. Por otra parte, si uno se eleva un poco en la escala de las ambiciones, si descuida el éxito actual, reservándose llegar por efecto de su mismo desinterés, el resultado será el mismo.

La inspiración no es compatible con el deseo: el que quiere algo para sí, aleja la verdad: el Dios celoso no será su huesped. Hay que trabajar con espíritu de eternidad, decíamos, ¿y hay algo menos eterno que una finalidad ambiciosa? Integramente consagrados a la verdad, habéis de servirla y no serviros de ella.

No obramos con plenitud más que en favor de las causas por las que aceptaríamos morir. ¿Estáis dispuestos a morir por la verdad? Todo lo que escriba un verdadero amigo de lo verdadero, todo lo que piense, debería ser como los signos que con la sangre de su herida trazaba San Pedro Mártir al morir: *credo*.

La personalidad egoísta decae continuamente; todo lo contamina, todo lo empequeñece; desorienta las fuerzas. El que va delante de sí inspirándose en lo verdadero y dejando a Dios la responsabilidad de las consecuencias, es un digno pensador. *Para mí, vivir es ser otro Cristo,* dice San Pablo: he aquí una vocación y una certeza de acción victoriosa. Uno no es verdaderamente intelectual si no puede decir: Para mí vivir es ser la verdad.

Una forma de personalidad particularmente hos-

til al trabajo, es esa hipocresía casi universal que consiste en aparentar sabiduría allí donde la sinceridad confesaría ignorancia. Lo que se reprocha al plumífero de ocasión, al periodista repetidor de lugares comunes o al diputado ignaro, es precisamente el hecho de ocultar su indigencia intelectual a la sombra de las palabras. Mas todo escritor que se interrogue con rectitud habrá de confesar que en esto cede a cada instante a las sugestiones del orgullo. Uno quiere guardar para sí su secreto, disfraza su insuficiencia; se las echa de grande sintiéndose pequeño; "afirma", "declara", "está seguro de que...", y en el fondo nada sabe; engaña al prójimo, e, insensiblemente, víctima de su propio juego, se engaña a sí mismo.

Otro defecto es la búsqueda, en el pensamiento, de esa falsa originalidad que condenábamos en el estilo. Querer sujetar lo verdadero a la propia persona, es un orgullo insoportable y se convierte en necedad. La verdad es esencialmente impersonal. Si se vale de nuestra voz y de nuestro espíritu, tomará las modalidades de éstos sin nuestra intervención; las adoptará tanto más cuanto menos pensemos en ello; pero presionar a la verdad para que se asemeje a nosotros, es falsearla, es substituírla, a ella, inmortal, por un transgresor y un efímero.

"No miréis de donde viene la verdad", decía Santo Tomás: tampoco miréis a quien da gloria; desead que, ante vuestra obra, el lector tampoco mire de dónde viene la verdad. Ese sublime desinterés es el sello del genio; tender a él, hacer de él

la ley siempre aceptada, si no siempre obedecida, es corregir lo que uno no puede quitar a su miseria. De este modo, uno se engrandece con la única grandeza verdadera. El humilde soporte tiene su parte de gloria cuando la verdad, llama auténtica, brilla en el candelero del espíritu.

* * *

También hemos dicho que hay que olvidar al público. "Cuanto menos se piensa en el lector al escribir un libro, más vigoroso resulta éste", dice el P. Gratry en *Les Sources;* son de ello el mejor ejemplo los *Pensamientos* de Pascal, los trabajos de Bossuet para el Delfín, la *Suma* de Santo Tomás de Aquino. La comparación de la *Pequeña Cuaresma* con las *Conferencias Sinodales* de Massillon lo confirman. Eso es innegable; y Vauvenargues está de acuerdo con ello cuando dice: "Todo lo que se ha pensado sólo para los demás, es generalmente poco natural".

Esto no quiere decir que uno puede descuidar al prójimo y desentenderse de ser útil. El intelectual pertenece a todos y debe saberlo. Pero inquietarse por una utilidad, no es pedir una palabra de orden. No hay que dejarse influir por el *qué dirán;* hay que cuidarse de andar con rodeos bajo la presión de un conformismo cobarde, que se dice amigo de todos para que todos le retribuyan su complacencia.

Perseguir la aprobación pública es arrebatar al público una fuerza con la que contaba. ¿No estáis consagrado a él? ¿No tiene el derecho de pregunta-

ros dónde está vuestra obra? Ahora bien, el pensamiento no será obra vuestra, si el cuidado de agradar y de adaptaros esclaviza vuestra pluma. El público pensará entonces por vos que debíais pensar por él.

Buscad la aprobación de Dios; no meditéis más que en lo verdadero; por vos y por los demás. No seáis esclavo y haceos digno de decir con San Pablo: *"El Verbo de Dios no está encadenado"*. Esta virtuosa independencia es tanto más necesaria cuanto que el público, en conjunto, tiene todo lo que ha menester para humillaros. El público es primario. En la mayoría de sus ambientes, y por mayoría de votos, proclama convenciones y no verdades; quiere ser adulado; sobre todo teme que se le moleste. Para que oiga las verdades esenciales, es preciso que se las impongáis con energía. Podéis hacerlo, y el pensador solitario debe intentar esa feliz violencia.

Para lograrlo, el escritor ha de apoyarse en sí mismo y en la naturaleza de las cosas, "golpear como un sordo" según decía de Bourdaloue Mme. de Sevigné y lanzar el *sálvese quien pueda* que en último término seduce y conquista las almas.

Nada hay tan verdaderamente poderoso y que entusiasme tanto como una convicción firme unida a un carácter que ofrece garantías a los débiles humanos. Los mismos que exigen ser cortejados menosprecian al cortesano y se humillan ante su amo. Si pertenecéis a este mundo, él os querrá porque sois de los suyos, pero su desdén silencioso dará la medida de vuestro fracaso.

Ese mundo perverso en el fondo no ama sino a los santos; ese cobarde sueña con los héroes; en presencia de un asceta, Roger Bontemps se vuelve serio y piensa en convertirse. En una humanidad así constituída, no hay que ceder a la opinión y habéis de escribir como si ella leyera por encima de vuestros hombros. Hay que despojarse del prójimo como de uno mismo. En el dominio intelectual, como en todos los demás, superar al hombre es prepararse para realizar prodigios, pues es abrir el camino al espíritu.

Ante vuestra mesa de trabajo y en la soledad en que Dios habla al corazón, deberíais escuchar como escucha el niño y escribir como el niño habla. El niño es sencillo y despejado porque no tiene aún voluntad propia, criterio, deseos ficticios, pasiones. A su inocente confianza y a su palabra abierta se une un poderoso interés. Un hombre maduro y lleno de experiencia que supiera sin embargo conservar ese candor sería un hermoso receptáculo de la verdad y su voz resonaría en lo íntimo de las almas.

III

Ser Constante, Paciente y Perseverante

El trabajo creador requiere también otras virtudes; sus exigencias corresponden a su valor. Veamos tres de sus requerimientos que se complementan y no dejarán una obra inconclusa ni indigente. Hay que llevar al trabajo la *constancia* que nos mantiene siempre al pie de la obra, la *paciencia* que

soporta las dificultades y la *perseverancia* que evita el desgaste de la voluntad.

"No hay que imaginarse, dice Nicole, que la vida de estudio es una vida fácil... La razón de ello reside en que nada hay tan opuesto a la naturaleza como la uniformidad y el reposo, porque nada nos da más oportunidad de estar con nosotros mismos. Los cambios y las ocupaciones exteriores nos llevan fuera de nosotros y nos distraen haciéndonos olvidar de nosotros mismos. Además, ese lenguaje de las palabras es siempre algo frío y no tiene nada que incite vivamente nuestro amor propio y despierte fuertemente nuestras pasiones. Está desprovisto de acción y de movimiento... Nos habla poco de nosotros mismos y nos da pocas ocasiones de contemplarnos con alegría. Poco halaga nuestras esperanzas, y todo ello contribuye a mortificar extrañamente el amor propio, el cual, al no ser satisfecho, esparce languidez y hastío en todas las acciones" (1).

Este análisis que recuerda la teoría de la *Diversión* de Pascal, podría llevarnos lejos. Recordemos solamente que la "languidez y el hastío" son en esto enemigos temibles y que es preciso tratar de vencerlos.

Todos conocen a esos intelectuales que trabajan a ratos, en frases interrumpidas de pereza y de negligencia. Hay agujeros en la tela de sus destinos; ellos se hacen un pingajo mal cosido en lugar de un ropaje noble. Queremos ser intelectuales siempre

(1) O. C.

y queremos que lo sepan. Sabrán quienes somos por nuestro arte de descansar, de vagar, por nuestro modo de atarnos los zapatos; con mayor razón lo sabrán si se trata de la fidelidad al trabajo, vale decir, de nuestra exactitud en volver a la tarea y en proseguirla.

Cierto día, le pidieron a Edison dijera a un niño una palabra que éste pudiera recordar siempre. El gran inventor díjole sonriendo: "Amiguito, nunca mires el reloj". Tan poco lo miraba Edison que, el día de su casamiento —boda de amor— tuvieron que ir a buscarle; engolfado en una de sus investigaciones, se había olvidado.

Es hermoso dedicarse enteramente a lo que uno hace, del mismo modo que Dios no se separa de su obra. Si la ocupación no vale lo que la persona, no merece darle nada de uno.

A menudo nos sentimos inclinados a perder tiempo porque "no vale la pena" de ponerse al trabajo pues va a "dar la hora". No pensamos que esos minutos que no se prestan, en efecto, para un empresa, son muy apropiados para preparar un trabajo o para retocarlo, para verificar referencias, recoger notas, clasificar documentos, etc. Todo esto representa tiempo ganado para las verdaderas sesiones de labor, y los instantes empleados de este modo serían tan útiles como los demás, ya que esas pequeñas tareas se relacionan con aquellas y son indispensables.

Durante las mismas sesiones de trabajo, nos sentimos inclinados a interrumpir el esfuerzo no bien el menor incidente trae de nuevo la "languidez" y

provoca el "hastío" de que hablaba Nicole. Las astucias de la pereza son infinitas, como las de los niños. Buscando una palabra que no se nos ocurre, nos ponemos a garabatear en el margen y... hay que terminar el dibujo. Al abrir el diccionario nos atraerá una curiosidad verbal, luego otra, y allí nos quedaremos perdidos en un matorral. Vuestros ojos se posan en un objeto: vais a acomodarlo; y un motivo fútil os entretiene durante un cuarto de hora. He allí que pasa alguien; un amigo está en la habitación contigua; el teléfono tienta vuestra conversación... o bien llega el periódico, posáis en él vuestros ojos y muy pronto os engolfáis allí. Trayendo una idea otra idea, puede suceder que el mismo trabajo os aleje del trabajo; apoyándose en un pensamiento, una fantasía os coloca en esas perspectivas.

En los momentos de inspiración, esas celadas son menos temibles; la alegría del descubrimiento o de la producción os sostiene; mas las horas ingratas llegan siempre, y mientras duran, la tentación es poderosa. Una verdadera fortaleza de alma es necesaria a veces para librarse de esas minucias. Todos los pensadores lamentan los instantes de depresión que interrumpen las horas ardientes y amenazan arruinar el producto de éstas. Cuando el hastío se prolonga, iríais a plantar coles más bien que proseguir un estudio cansador; envidiáis entonces al obrero manual, el cual, a su vez, os trata de "haragán" porque estáis tranquilo en vuestro sillón. ¡Qué peligro de abandono en tan taciturno aburrimiento!

Especialmente en los recodos hay que tratar de evitar los ataques repentinos o pérfidos. Todos los trabajos tienen transiciones penosas; los encajes son la gran dificultad de los estudios y de las creaciones. Todo está vinculado. A un avance en línea recta, sigue un codo cuyo ángulo es difícil calcular; uno se desorienta; vacila, y se presenta entonces el demonio de la pereza.

Es bueno a veces postergar, cuando uno pierde la hilación de las ideas y está expuesto al grave peligro de las transiciones artificiales. Algo más tarde es posible que todo se aclare sin esfuerzo. He dicho que la noche, la mañana serena, los momentos de descanso soñador, tienen en esto ventajas. Mas, postergar no es holgazanear. Tomad el trabajo por otro extremo y concentrad allí vuestra ferviente aplicación.

Rechazad enérgicamente toda interrupción injustificada. Si estáis muy fatigado, haced una pausa voluntaria a fin de reponeros. El enervamiento a nada conduciría. Un trozo de lectura de un autor favorito, una recitación en voz alta, una oración hecha de rodillas para modificar el estado orgánico y, por consiguiente, para dar más o menos alas al espíritu, una sesión de ejercicio respiratorio al aire libre, algunos movimientos rítmicos: tales los posibles remedios. Hecho esto, volved al esfuerzo.

Algunos recurren a los excitantes. Este es un método nefasto. El efecto que producen sólo es momentáneo; el remedio va perdiendo su eficacia; hay

que aumentar cada día la dosis; las taras físicas y mentales son las consecuencias de ese progreso.

Un excitante más inocente es la marcha, ya al aire libre, ya en la propia habitación. Muchos pensadores abastecen así su cerebro mediante la ejercitación de los miembros. "Mi pie también es escritor", decía Nietzsche.

Pero el excitante más normal es el ánimo. El ánimo, además de estar sostenido por la oración, lo está por la renovada visión del fin perseguido. El prisionero que quiere evadirse sabe tener todas las energías; no se acobarda ante las preparaciones remotas ni se cansa de los nuevos intentos después de un fracaso: he allí la libertad que le llama. Y vos ¿no habéis de evadiros del error y de conquistar la libertad del espíritu en una obra realizada? Mirad vuestro trabajo acabado: esta visión os volverá a dar ánimo.

Otro efecto de la constancia es el vencimiento de las impresiones de falso cansancio que acometen al espíritu así como al cuerpo. Cuando comenzáis una excursión es frecuente que la primera cuesta os halle jadeante y pesado; sentís lasitud; de buena gana os volveríais a vuestra casa. Persistid: las articulaciones se desentorpecen, los músculos se ejercitan, los pulmones se ensanchan y gustáis la alegría de la acción. Lo mismo ocurre con el estudio. La primera sensación de fatiga no debe ser obedecida; es preciso violentar; hay que forzar a que se manifieste la energía interior. Poco a poco funcio-

nan los rodajes, uno se adapta y un período de entusiasmo puede seguir a la penosa inercia.

Hay que saber atravesar las dificultades, cualquiera sea su causa, sin flaquear, conservando el dominio de sí mismo. Una sesión de trabajo es como una pista de carrera sembrada de obstáculos. Uno salta una valla; un poco más allá un foso; luego un talud, y así va adelantando. Ante la primera valla, uno no se detiene, salta; y entre un obstáculo y otro hay trechos llanos en los que avanza rápidamente. Una dificultad vencida os enseña a vencer otras, un esfuerzo os evita varios; el ánimo de un minuto aprovecha a toda una jornada, y el trabajo penoso vale tanto como el trabajo fecundo y alegre.

Dentro del conjunto de vuestra vida, esa tenacidad contribuirá a haceros cada vez más fácil la actividad. Uno se habitúa a pensar como se acostumbra a tocar el piano, a montar a caballo o a pintar: Santo Tomás dictaba durmiendo. El espíritu se amolda a lo que uno le pide con frecuencia. Aunque no tengáis memoria, la adquiriréis en cuanto se relacione con vuestro objeto constante; estando inclinado a la dispersión del espíritu, os cabe la atención del profesional; poco apto para discriminar ideas, el contacto perseverante con los genios os da un juicio más agudo y más seguro. En cualquier materia, cuando habéis soltado amarras cierto número de veces, vuestro motor se calienta y el camino huye.

Amiel se preguntaba un día en su diario: "¿Por qué eres débil? Porque has cedido diez mil veces. Así

te has vuelto juguete de las circunstancias. Tú has hecho su fortaleza; no ellas tu debilidad".

Aprended la constancia mediante la aplicación y nuevos comienzos obstinados: llegará un día en que las languideces persistentes se disiparán y los momentáneos hastíos tendrán pocas consecuencias; os habréis vuelto hombre; el trabajador inconstante es sólo un niño.

Por experiencia sabemos que muchas dificultades son vencidas de antemano por aquel que se lanza enérgicamente al trabajo, como el corredor que se abalanza. Sin embargo, siempre quedará una parte considerable de aquellas a la cual deberá oponerse una virtud que se les relaciona: la paciencia.

Todos los genios se lamentaron de las tribulaciones del pensamiento, declarando que sus trabajos —aunque fuesen una necesidad y una condición de dicha para ellos— les infligían largos tormentos, a veces verdaderas angustias.

El cerebro tiene leyes obscuras; su funcionamiento poco depende de la voluntad. Cuando se niega, ¿qué hacer? Cuando los hilos de la ciencia se enredan y pasan las horas en vano, cuando se apodera de vos una penosa sensación de impotencia, sin que nada anuncie el próximo fin de la prueba, ¿qué será de vos y qué auxilio invocaréis fuera de la ayuda divina?

Vuestros lectores encontrarán muy naturales vuestros éxitos; censurarán ásperamente vuestras imperfecciones; no sospecharán vuestras dificulta-

des. Por otra parte, no han de sospecharlas. "Las obras realizadas a costa de un gran trabajo, —decía Miguel Angel— deben parecer, pese a la verdad, fáciles y concebidas sin esfuerzo... La gran regla es darse mucha pena por crear cosas que parecen no haber costado ningún trabajo". ¿Y no se jactaba Boileau de haberle enseñado a Racine el arte de hacer en forma difícil versos fáciles? En materia de ciencia, Biot decía: "Nada hay tan sencillo como lo que ha sido hallado ayer, ni más difícil que lo que será hallado mañana". Pero el público no lo sospecha. Tendréis que llevar vuestra carga solo, y los grandes genios os advierten que el fardo del pensamiento es el más pesado que pueda llevar el hombre.

En la investigación debéis ser tan indomable como el explorador del polo o del Africa central. En el asalto contra el error o en la resistencia al mismo, habéis menester de la tenacidad y del ardor de César o de Welligton. El trabajo, como la batalla, requiere heroísmo. Una mesa de trabajo es a veces una trinchera en la que hay que mantenerse firme como un mártir glorioso.

Cuando os sintáis desarmado, vencido, cuando el camino se extienda ante vos, interminable, o cuando, por haber tomado —sin duda— una falsa dirección, tengáis la impresión de estar extraviado, envuelto en brumas espesas, desorientado, es el momento de apelar a las energías que tenéis en reserva. Persistid, resistid el golpe, tened paciencia en el sentido pleno de la palabra, que evoca la Pasión del

Maestro. El ardor es más fácil que la paciencia, pero ambos son necesarios y el éxito es su común recompensa.

El alpinista que atraviesa una nube cree que el universo está sumido en la noche: camina, y más allá halla el sol. Cuando, debido al mal tiempo, uno está en una habitación cerrada, cree que afuera no se puede estar; sale, recorre tranquilamente su camino, y después vuelve el tiempo bueno.

Lo que hace tan triste y tan desproporcionado con nuestro ánimo ordinario el arte de pensar es, principalmente, su duración; *Ars longa, vita brevis.*

La virtud de la paciencia tiene amplio campo para ejercitarse. Respetando las leyes del nacimiento de las cosas y no ofendiendo con indiscreto apresuramiento a la ciencia, ganaréis más que con una fogosa precipitación. La verdad y la naturaleza van a igual paso, y la naturaleza obra en el tiempo, a costa del cual la vida y la muerte del mundo son como una salida y ocaso de sol.

"Lo que cae en los estanques profundos, escribe Nietzsche, cae lentamente; ellos deben aguardar mucho tiempo para saber lo que ha caído en su profundidad" (1). El alma es ese estanque secreto: no tratéis de develar prematuramente su misterio. Las reservas del tiempo pertenecen a Dios; El nos las entrega poco a poco; mas no tenemos el derecho de exigir y de impacientarnos. No hay otro tesoro que el que llega a su hora.

---

(1) Así hablaba Zaratustra.

Evitad, pues, la nerviosidad del hombre apresurado. Daos prisa lentamente. En el dominio del espíritu, la calma vale más que la carrera. En esto más que en ninguna otra cosa se verifica el proverbio: Todo llega en su momento para el que sabe esperar. "Toda vida bien empleada es larga", dice Leonardo de Vinci. Al hombre que no se apresura le pertenece el tiempo todo, el cual mora en la eternidad. Trabajad, pues, con espíritu de eternidad. No confundáis un generoso estímulo con las excitaciones que son casi lo contrario de aquél, pues anulan su ritmo. En la turbación no podéis realizar esa labor pacífica que consiste en el ordenamiento de las ideas y en la delicada elaboración de los pensamientos nuevos. ¿Queréis entonces perder tiempo, por la necia inquietud de que él os falte?

Como cristiano, tenéis que respetar a Dios en su providencia. El plantea las condiciones del saber: la impaciencia es, respecto a El, una rebelión. Cuando la fiebre os acomete, os acecha la esclavitud espiritual y la libertad interior se desvanece. Ya no obráis vos mismo, y menos aún Cristo en vos. Ya no hacéis la Obra del Verbo.

¿Para qué apresurarse indiscretamente, si el camino es ya un objeto y el medio un fin? ¿Acaso cuando uno contempla el Niágara, le entran ganas de que se apresure? La intelectualidad vale por sí misma en todos sus estados. El esfuerzo virtuoso es una conquista. El que trabaja por Dios y según

Dios, halla en El su morada. ¿Qué importa que el tiempo pase cuando uno está instalado allí?

La perseverancia que acaba es la coronación de la constancia y de la paciencia que duran. *"Aquel que persevera hasta el fin, será salvo"*, dice el Evangelio. La salvación intelectual no tiene otra ley que la salvación total. *"El que pone la mano en el arādo y mira hacia atrás"*, en esto, tampoco es digno del reino de los cielos.

¡Cuántos trabajadores han abandonado de este modo la labranza, la siembra y renunciado a las cosechas! La tierra toda está poblada de estos cobardes. Los primeros ensayos tienen en la ciencia el carácter de pruebas eliminatorias: sucesivamente, los caracteres débiles ceden, los valientes resisten; al final sólo hallamos a los trescientos de Gedeón o a los treinta de David.

Perseverar, es querer; el que no persevera, no quiere, proyecta. El que suelta, nunca ha tenido firmemente; quien deja de amar, jamás ha amado. Hay unidad en el destino total, y, con mayor razón, ha de existir ella en la obra parcial. El verdadero intelectual es, por definición, un perseverante. Asume la tarea de aprender y de enseñar; ama la verdad con todo su ser; es un consagrado: no se substrae prematuramente.

Todas las grandes vidas nos muestran este signo supremo. Concluyen como un día glorioso. Las rojeces del ocaso no son menos bellas que el ligero dorado de la aurora y le agregan su grandeza. El hom-

bre de bien que ha trabajado durante mucho tiempo sin desmayar, puede acostarse también en una sencilla y suntuosa muerte; su obra le sigue, a la vez que nos queda.

Vos, que marcháis detrás de los grandes, no seáis de esos cobardes excursionistas que desertan, que franquean una etapa, se detienen, se extravían, se sienten como agotados y tarde o temprano vuelven a las regiones vulgares. Hay que mantenerse firmes hasta el fin del viaje. "Paso a paso, uno va lejos", y los grandes trancos sin perseverancia no son más que pequeños saltos que a ninguna parte conducen.

Fortaleced vuestra voluntad y confiadla al Señor para que El la consagre. Querer, es estar sujeto, es estar encadenado. La necesidad del deber o de una resolución meditada, aunque no sea obligatoria, debe constreñirnos tanto como las necesidades de la naturaleza. Un vínculo moral, ¿no es acaso algo más que un vínculo material?

Sabed pues, una vez determinada vuestra tarea, manteneros en ella con un suave rigor; excluid aun las obligaciones menores, y con mayor razón las infidelidades. Esforzaos profundamente por conquistar la duración en aquella de sus dimensiones que os sea directamente accesible. Metido en su corriente, no la abandonaréis si ella no os abandona. Perteneceréis así a la estirpe de los pensadores fieles. Los gigantes del trabajo, los Aristóteles, Agustín, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Leibniz, Littré, Pas-

teur, os reconocerán como hijo suyo e iréis al encuentro de Aquél que siempre os aguarda.

IV

Hacer Todo Bien y Terminar Todo

Una vez satisfechas estas tres virtudes, casi no hay motivo para temer que el resultado sea mediocre e imperfecto. Empero, es bueno señalar con energía la necesidad de perfeccionar y el deber de acabar todo lo que se ha juzgado útil comenzar.

Antes de acometer un trabajo, uno ha debido reflexionar. Sería insensato quien se lanzase en una aventura, pequeña o grande, sin haber antes, como dice el Evangelio, "calculado el gasto". La prudencia exige que uno delibere sobre la oportunidad de comenzar, teniendo en cuenta la obligación de terminar. No terminar una obra, es destruirla. "El que cede en el curso de una obra, es hermano del que destruye lo que ha hecho" (Prov. XVIII, 9).

¿Para qué sirve una casa a medio construir? ¿Qué testimonio dará de quien fundó los cimientos y puso las primeras hiladas de ladrillos? Una ruina tal evoca desgracias; uno no puede pensar que un hombre que vive o a quien acompaña la suerte, pueda soportar esos muros que recuerdan las columnas quebradas de los cementerios. Y vos, constructor según el espíritu, ¿querríais hacer de vuestro pasado un campo de escombros?

Hay personas con las cuales uno puede contar;

cuando prometen, cumplen; ahora bien, todo comienzo, es una promesa, si no es una tontería. Otras se comprometen, juran por lo más sagrado, y nada; se diría que no son personas aptas para tomar sobre sí una obligación; no se las puede atar y ellas son incapaces de atarse: es agua que corre.

Tales personas representan moralmente una especie inferior; el intelectual que se les asemeja, lo es sólo de nombre, su vocación está condenada por sí misma. Vos que sois un consagrado decidíos a ser fiel. Existe una ley en vos: obedecedla. Habéis dicho: "haré". Haced. Un caso de conciencia se os plantea: resolvedlo para honra vuestra; un trabajo inconcluso sería un permanente reproche para vos.

Veo una causa de decaimiento en el abandono que se hace de un esbozo o de algo ya emprendido. Uno se habitúa de ese modo a doblegarse ante el esfuerzo, se decide por el desorden y la mala conciencia; hace y no hace. De aquí un rebajamiento de dignidad que no puede favorecer nuestros progresos.

Medid diez veces; no cortéis más que una; hilvanad con cuidado, y cuando llegue el momento de coser, nada en el mundo pueda haceros decir: renuncio.

De allí resultará que coseréis, en tanto os sea posible, con perfección. *Acabado* significa terminado, pero significa igualmente perfecto, y estos dos sentidos se corroboran. No termino verdaderamente aquello que me niego a llevar hacia lo mejor. Lo que no se perfecciona no existe. Según Spinoza, el ser y la

perfección responden a la misma idea; el ser y el bien son convertibles.

Se cuenta de Ticiano que bosquejaba vigorosamente sus telas, las proseguía hasta cierto punto y luego arrinconaba la obra hasta que fuese para él como extraña. Entonces, reemprendía la labor y, envolviéndola con "mirada enemiga", vigorizaba la obra maestra.

Cuando habéis hecho un trabajo, debéis dejarlo descansar un tiempo, y refrescar la vista y tomar distancias. Si os disgusta, comenzadlo de nuevo. Si corresponde a vuestro nivel, llevad la crítica a fondo, en todos los detalles y volved a la tarea hasta que podáis decir: más no puedo. Dios y mi prójimo me perdonen lo que queda deficiente. "Quod potui feci: veniam da mihi, posteritas", dice Leonardo de Vinci en su epitafio.

No es necesario que hagáis muchas cosas. Si lo que hacéis corresponde a vuestra capacidad, a las gracias que habéis recibido y al tiempo de que disponéis, si os dedicáis enteramente a ello y, mediante una plena obediencia, satisfacéis los designios de la Providencia sobre vos, todo estará bien. Siempre haréis mucho si perfeccionáis lo que hacéis. Lo que haríais mal, nada le agregaría, y aun le restaría, como una mancha en un rica seda.

La vocación intelectual no es una cosa más o menos, es algo preciso: debéis entregaros por entero. Consagrada al Dios de la verdad, vuestra vida en su conjunto le pertenece en cada una de las circunstan-

cias de que está formada. Ante cada trabajo, decíos: tengo el deber de hacerlo, y, por lo tanto, de hacerlo bien, pues lo que no se perfecicona no existe. En la medida en que lo hago mal, malogro mi vida, desobedezco al Señor y defraudo a mis hermanos. En esa misma medida renuncio a mi vocación. Tener una vocación es tener la obligación de alcanzar lo perfecto.

Y aquí, un consejo práctico importante. Cuando habéis decidido hacer un trabajo, lo habéis concebido y preparado bien y estáis al pie de la obra, determinad en seguida, mediante un vigoroso esfuerzo, el valor que habrá de tener. No esperéis recobraros. Cuando la pereza os diga: frangolla ahora, volverás más tarde, decíos que estas vueltas son por lo general ilusorias. Una vez bajada la pendiente es muy difícil subirla nuevamente. No tendréis ánimo de volver a pensar *ab ovo* en una obra mediocre; vuestra cobardía de hoy es una mala garantía para el heroísmo de mañana. En cuanto a las correcciones que podríais hacerle, aunque fuesen en sí mismas perfectas, disonarían allí. Una obra, en lo que se refiere a su esencia, quiere ser de un solo origen. Beethoven hacía notar que un trozo introducido después nunca está dentro del estilo. Una obra bella es una ola de lava. Ticiano reemprendía a fondo, mas sin cambiar nada, únicamente para perfeccionar; nada modificaba del bosquejo de la composición, de las líneas fundamentales. El esfuerzo estaba hecho; se trataba de añadir.

Por consiguiente, en el momento de la creación,

dad siempre lo más que podáis. Nacida ya la obra, la trataréis como a un niño al que se le alimenta y se le educa, mas cuyo patrimonio está determinado y cuyos caracteres fundamentales están adquiridos. Habrá llegado entonces el momento de aplicar a vuestra progenie espiritual la palabra de la Biblia: "El que escatima la vara, quiere mal a su hijo" (Prov., XIII, 24).

V

No Intentar Nada que Sobrepase las Propias Fuerzas

Tal severidad para con vos mismo supone que sois apto para los trabajos emprendidos y que éstos están en proporción con vuestros recursos. Si la presa es más fuerte que el cazador, éste resulta devorado. Es pues ridículo dar normas. Nadie indica al cazador de liebres cómo ha de acercarse al leopardo.

El último de los *Dieciséis Preceptos* tomistas es éste: *"Altiora te ne quaesieris. No busques lo que te sobrepasa"*. Sabiduría grande es ésta. El antiguo oráculo ya había dicho: "No ensanches tu destino; no trates de ir más allá del deber que se te impone". El trabajo intelectual no es otra cosa que la prolongación de nuestras tendencias innatas. Existimos, obramos, la obra sale a luz: tal el proceso. Si pretendéis soldar plomo con hierro y mezclar algodón con seda, no habrá adherencia, nada valdrá.

La vocación emplea nuestros recursos: no los

crea. El intelectual mal dotado sólo será un "fracasado"; pero también puede ser, diríamos, mal dotada una obra particular. A esto nos referimos.

Discernid en toda ocasión el esfuerzo que os conviene, la disciplina de que sois capaz, el sacrificio que podéis aceptar, la materia que podéis abordar, la tesis que podéis escribir, el libro del cual podéis sacar provecho, el público al que podéis servir. Juzgad con humildad y confianza acerca de todo esto. Si es necesario, pedid consejo, sin olvidar que la ligereza y la indiferencia abundan entre los consejeros. Y resolved lo que creáis mejor. Hecho esto, entregaos al trabajo con toda el alma.

Toda obra es grande cuando es exactamente proporcionada. La que desborda es la más pequeña de todas. Muchas veces lo hemos dicho: vuestra obra, es únicamente vuestra; la de otro, es igualmente de él; no intervirtáis. Sólo podéis hacer bien lo que estáis llamado a hacer; haríais mal aquello que el prójimo hace bien. Dios se complace en todos.

Emprender según las propias fuerzas, decir únicamente cuando uno sabe, no esforzarse por pensar en lo que uno no piensa, por comprender lo que no comprende, evitar el peligro de eludir la substancia de las cosas disfrazando su ausencia con grandes palabras, ¡qué sabiduría! El orgullo no cabe allí; pues el orgullo es enemigo del espíritu y también de la conciencia. El presuntuoso sucumbe en su obra, se ridiculiza y aniquila su fuerza. Infiel a sí mismo, a nada es fiel; es una llama apagada.

En toda materia, el éxito es alcanzado siempre en las mismas condiciones: reflexionar en el comienzo, empezar por el principio, proceder con método, avanzar con lentitud, dar cuanto se puede dar. Pero la reflexión inicial tiene por principal objeto determinar aquello para lo que estamos hechos. El "conócete a ti mismo" de Sócrates, no es solamente la clave de la moral, sino también de toda vocación, ya que, ser llamado para alguna cosa es ver señalado un camino propio en la amplitud de la vía humana.

CAPITULO IX

El Trabajador y el Hombre

I

No Perder Contacto con la Vida

Después de haber pedido tanto y, aparentemente, haber forjado tantas cadenas, ¿será ironía volverse por última vez al intelectual para decirle: conservad un alma libre?

Lo que más interesa a la vida, no son los conocimientos sino el carácter, y éste estaría amenazado, si el hombre fuese — por así decirlo — inferior a su tarea y estuviese oprimido por la peña de Sísifo. Hay otra ciencia distinta de la que cae en la memoria: la ciencia de vivir. El estudio debe ser un acto de vida, debe ser provechoso para ésta y debe estar impregnado de ella. De estas dos clases de espíritus, los que se esfuerzan por saber algo y los que tratan de ser alguien, la palma corresponde, en mucho, a éstos. En el saber todo es esbozo; la obra acabada es el hombre.

Sin duda, la intelectualidad contribuye a la soberanía del hombre; mas ella no basta. Además de la moralidad, en la que está incluída la vida religiosa, hay que considerar distintas ampliaciones. Hemos mencionado ya la vida social y la actividad práctica:

agreguemos ahora la frecuentación de la naturaleza, el cuidado de la casa propia, las artes, las reuniones, una dosis de poesía, el culto de la palabra, los deportes inteligentes y las manifestaciones públicas.

Es difícil precisar la medida de todo esto: confío en que el lector hallará aquí al menos el espíritu de esta decisión. Saber apreciar el valor relativo de las cosas es un signo seguro para el pensamiento y para la práctica.

La única misión del estudio es la de procurar el desarrollo de nuestro ser: no ha de concluir por disminuirnos. Si el arte es el hombre agregado a la naturaleza, la ciencia, es la naturaleza agregada al hombre: en ambos casos hay que salvar al hombre.

Pascal se niega a estimar al especialista que no sea más que eso; no quiere que, al entrar un hombre en un reunión, se acuerden de su libro. "Es una mala señal" dice, y no lo entiende sólo en ese espíritu de ciencia comparada que hemos descrito sino que piensa en la armonía humana.

Hay que ser siempre más de lo que uno es; si es filósofo ha de ser algo poeta y si poeta, algo filósofo; si escritor, será, llegado el caso, poeta y filósofo y el público quedará encantado. Como escritor, ha de ser hábil y para ser hábil debe saber redactar. Todo especialista es ante todo una persona y lo esencial de la persona está más allá de cuanto uno piensa y hace.

No podemos comprender el destino como comprendemos una cosa particular; nos abrimos en esto

"con la flor del espíritu", como dice Zaratustra. Los fines particulares no valen lo que la vida, ni los actos lo que la acción, ni el talento lo que una amplia intuición en la que se ordena toda la existencia; la obra no vale lo que el obrero. Todo es perjudicial cuando está desvinculado de sus amplias correspondencias, y nuestra alma se dilata únicamente en nuestro ambiente común.

El que piensa sólo en su trabajo, trabaja mal; se disminuye; adquiere una modalidad profesional que se convertirá en un defecto. El espíritu debe permanecer abierto, conservar el contacto con la humanidad y con el mundo, a fin de llevar a cada sesión de estudio la capacidad de un nuevo vuelo.

Ya hemos citado estas palabras del rabino: "En un celemín lleno de nueces, uno puede verter aún muchas medidas de aceite"; y las hemos aplicado a los trabajos que se sostienen mutuamente, en lugar de combatirse. Llamemos ahora nuez al trabajo técnico completo; podemos agregarle sin recargarlo y, por lo contrario, aliviándolo, el aceite de la vida intelectual fácil, de los nobles ocios, de la naturaleza y del arte.

El mismo trabajo técnico saldrá con ello beneficiado. Sacará amplio provecho de la sociedad, de la amistad y de la acción exterior; ya hemos visto porqué. Aquí sólo expongo la noción, cuyo alcance es general. ¿Acaso creeríamos ajenos a cualquier especialidad una visita al Louvre, la audición de la Sinfonía Heroica o la de Edipo Rey, un paseo a Versa-

lles en los crepúsculos otoñales, la simple vista de una puesta de sol, una reunión patriótica en el Trocadero o en el aula magna de la Sorbona, los juegos olímpicos, una representación de los Misterios en Jumiege o en el teatro de Orange, o un gran sermón en Notre-Dame? Comprenderíamos mal el pensamiento si no viéramos sus vinculaciones con todas las manifestaciones creadoras. La naturaleza todo lo renueva, refresca toda mente bien asentada, y sugiere apreciaciones que la abstracción ignora. El árbol es un maestro y el prado abunda en ideas como en anémonas y margaritas; el cielo mueve inspiraciones juntamente con sus nubes y sus astros; las montañas con su mole estabilizan nuestro pensamiento y las meditaciones elevadas se lanzan tras las corrientes de agua.

Conozco a alguien que al mirar un rápido torrente en la montaña se elevaba invenciblemente a la idea de los mundos, soñando con esas masas que se precipitan con la misma impetuosidad, bajo el imperio de las mismas leyes, en la dependencia de las mismas fuerzas, gracias al mismo Dios del que todo parte y al que todo vuelve. Al volver al trabajo se sentía confortado por la Fuerza única, penetrado de esa Presencia que llega a todas partes y sumergía su obscura tarea en la comunión de los seres.

Pero vos, espíritu apocado, corazón desecado, pensáis que es perder el tiempo seguir los torrentes o errar entre la multitud de los astros. El universo llena con su gloria al hombre y vos no lo sabéis. La

estrella vespertina se aburre en su sombrío joyero, quiere alojarse en vuestro pensamiento y vos le negáis ese refugio. Escribís, calculáis, enhebráis proposiciones y elaboráis tesis, y no *miráis*.

¿Quién ignora que en un concierto el intelectual es invadido por una impresión de grandeza, de belleza, de poder, que se transforma al instante en sus propias modalidades, beneficia sus fines, embellece sus temas habituales y le proporciona luego una sesión laboriosa más rica? ¿No garabateará apresuradamente, en el dorso del programa, el esquema de un capítulo o de un discurso, una idea de desarrollo, una imagen viva? La armonía ha elevado el tono de su inspiración y el ritmo, en el cual ha sido tomado como un transeúnte en una multitud en marcha, lo ha arrastrado por nuevos caminos.

En San Sulpicio, en la Capilla de los Angeles, Delacroix se deleitaba con las notas del gran órgano y de los cantos religiosos; a estas armonías atribuía el extraordinario éxito de su Jacob combatiente y del ginete del *Heliodoro*.

La música tiene para el intelectual la ventaja de que nada precisa y por consiguiente no molesta. Sólo provoca estados de ánimo, que aplicados a la obra individual producen lo que ésta necesita. Rodin hará una estatua, Corot un paisaje, Gratry una página ardiente, Pasteur una investigación más apasionada y más atenta. Todo permanece en la armonía y todo se regenera en ella. El ritmo, padre del mundo, es también el padre del genio en el cual el mundo se

refleja. En el vago horizonte del ensueño, cada uno ve elevarse la imagen de su elección e imprime los rasgos de ella en el propio lenguaje.

Según Santo Tomás, las circunstancias de persona y las de hecho forman parte de las actividades; contribuyen a integrarlas y les comunican sus caracteres. ¿Será la única excepción el acto de pensar? ¿No influirá en éste el ambiente imaginativo, sensorio, espiritual y social que sepamos proporcionarle a fin de que no sea un canto aislado, sino una voz de la orquesta?

¡Cuán pobres somos, aislados, en un gabinete de trabajo! Cierto es que podemos llevar allí el universo y llenarlo de Dios; mas esta acción no es efectiva sino después de una larga experiencia cuyos elementos están en todas partes. ¿Hallaría a Dios en mi habitación, si nunca fuese a la iglesia y lo hallaría bajo el "ciello que narra su gloria"? ¿Escribiría yo bajo la impresión de la naturaleza y de la belleza universal, si previamente no me hubiesen educado los grandes paisajes, el campo apacible y los teatros del arte?

Hay que darle amplitud al trabajo, para no ser un presidiario que arrastra una cadena y para no reducir la intelectualidad al papel de un cepo. El trabajo es un acto libre.

Vos pues que pretendéis consagraros a la vocación del estudio, guardaos de volver la espalda, en favor de éste, al resto de la vida. No renunciéis a cosa alguna de lo que es del hombre. Mantened un equilibrio en el cual el peso dominante no trate de

arrastrarlo todo. Sabed establecer una tesis y mirar una aurora, engolfaros en las abstracciones profundas y, como el Divino Maestro, jugar con los niños. Hoy día ya no se usan las "togas de pedantes" ni los "bonetes de tres puntas" de que se burlaba Pascal; mas subsisten, están *ocultos*, están en las almas: no os disfracéis con ellos. No seáis un cerebro desprendido de su cuerpo ni un hombre con el alma disminuída. No hagáis del trabajo una monomanía.

El intelectual que yo concibo es un hombre de un amplio y variado saber que extiende una especialidad penetrada a fondo; es amigo de las artes y de las bellezas naturales; su espíritu se muestra igual en las ocupaciones corrientes y en la meditación; es idéntico ante Dios, ante sus iguales y ante su criada; lleva en sí un mundo de ideas y de sentimientos que no se inscriben sólo en libros y discursos, que se vuelcan en la conversación amistosa y que guían su vida.

En el fondo, todo está vinculado y todo es la misma cosa. La intelectualidad no soporta encierro alguno. Todos nuestros fines son otras tantas puertas de entrada al "jardín secreto", a la "bodega del vino" que es el término de las búsquedas ardientes. Los pensamientos y las actividades, las realidades y sus reflejos, tienen todos un mismo Padre. Filosofía, arte, viajes, cuidados del hogar, finanzas, poesía y deporte saben formar alianzas y no se contradicen sino por la desarmonía.

Lo necesario, en todo momento, es estar allí don-

de uno debe estar y hacer lo que importa. Todo se une en el concierto humano-divino.

II

Saber Descansar

Sabemos que esas ampliaciones de que hemos hablado son ya un solaz. Lo mejor del descanso está comprendido en las formas secundarias de vida que hemos mencionado. Sin embargo, es bueno alabar más explícitamente el reposo —reverso del trabajo— allí donde el trabajo aparece en cierto modo revelándose excesivo, razonable, sometido o no a las normas humanas que se confirman en la ley de Dios.

En nada ha de haber exceso. El trabajo, precisamente porque es un deber, requiere límites que lo mantengan en su vigor, en su duración, y le proporcionen, en el curso de la vida, la mayor suma de resultados que pueda alcanzar.

La intemperancia es un pecado porque nos destruye, y tenemos la obligación de cuidar la vida, porque estamos obligados a vivir. Ahora bien, no hay intemperancia sólo en los goces groseros; los más sutiles y más nobles arrebatos participan de la malicia de aquella. Amar la verdad a expensas de la prudencia, es decir, de la verdad de la vida, es una inconsecuencia. Probamos con ello que a pesar de nuestras protestas no amamos la verdad sino el placer que nos proporciona, las ventajas de vanidad, orgullo, ambición que de ella esperamos, como esos enamora-

dos de quienes se dice que aman amar y que aman el amor más que a su objeto.

El descanso es un deber, como la higiene en la que está incluído, como la conservación de las fuerzas. "Quiero que te cuides", dice San Agustín a su discípulo (1). El espíritu no se fatiga, mas el espíritu en la carne se cansa; nuestras posibilidades de pensamiento están proporcionadas a cierta dosis de acción. Además, siendo lo sensible nuestro medio connatural y formando las más pequeñas acciones prácticas la trama de la vida a la cual estamos preparados, no podemos sin lasitud dejar este dominio para elevarnos a lo abstracto. El esfuerzo no puede ser continuo. Hemos de volver a la naturaleza y sumergirnos en ella a fin de reponernos (2). El sér en contemplación es un algo "más pesado que el aire": no se mantiene elevado sino mediante un considerable desgaste de fuerza; en poco tiempo el combustible se agota y es menester abastecerse de nuevo.

Podemos admitir sin paradoja estas palabras de Bacon, corroboradas por los preceptos de la fisiología: "Pasar demasiado tiempo en el estudio es pereza". Es pereza, directamente, en cuanto es impotencia de vencer un determinismo, de manejar el freno. Lo es indirectamente, pues la no aceptación del reposo es la negación implícita de un esfuerzo que el descanso permitiría y el surmenage va a comprometer. Y es pereza también de otro modo más oculto.

---

(1) De Musica, c. II.

(2) Cf. Santo Tomás, IIª. IIªᵉ., q. CLXVIII, 2.

En efecto, fisiológicamente el reposo es un trabajo enorme. Cuando la actividad intelectiva se interrumpe, el genio interior del cuerpo emprende una restauración que quiere completa. El supuesto ocio no es más que una transformación de energía.

En el teatro, cuando el telón está bajo, todo un ejército de obreros se precipita sobre el escenario, limpia, repara, modifica, y de este modo prepara el acto siguiente. El director de escena que interrumpiera o estorbara esta tarea ¿no sería acaso un enemigo de la obra, del autor, de los intérpretes, del público y de sí mismo? El intelectual "agotado" se opone igualmente a su propia vocación, a Aquél que se la da, a sus colegas profesionales en la obra intelectual, a sus hermanos que sacarían provecho de ella, a su propio bien.

El mejor medio de descansar sería, si fuese posible, no cansarse; es decir, equilibrar el propio trabajo de modo que una tarea sirviera de descanso de otra. En medicina, se combaten a menudo los efectos de una droga nociva por medio de la opuesta. No todo fatiga del mismo modo, ni en el mismo momento. El fogonero bañado de sudor ante su horno hallaría descanso engavillando heno en pleno campo y el engavillador en repartir el heno en los pesebres.

Hemos dado ya indicaciones en este sentido. Al hablar del empleo del tiempo y luego a propósito de la constancia en el trabajo, nos hemos referido al principio de la distribución de las tareas. No todo, en la intelectualidad, es concentración agotadora: hay

en ella las preparaciones, las acotaciones, los corolarios prácticos de los pensamientos y de las creaciones. Elegir libros, escoger documentos, reunir notas, clasificar manuscritos, poner anotaciones en los márgenes, revisar pruebas, arreglar los objetos de la mesa de trabajo, ordenar la biblioteca, es una ocupación, no es un trabajo. Bien organizada la vida, uno puede descansar conscientemente, y en esos intervalos, puede realizar muchas de esas tareas poco cansadoras, no obstante indispensables y por consiguiente con un cierto valor contemplativo.

Este ordenamiento de los trabajos según sus exigencias cerebrales tendrá una doble ventaja: evitará el "surmenage" y devolverá al trabajo intenso toda su pureza. Cuando uno no ha previsto el reposo, el reposo que uno no toma, se toma solo. Se intercala subrepticiamente en el trabajo, en forma de distracciones, de somnolencia y de necesidades a las que hay que satisfacer por no haber pensado en ellas en tiempo oportuno.

Estoy en pleno esfuerzo creador: he aquí que me falta una referencia; no hay más tinta en el tintero; me olvidé de clasificar unas notas; un libro, un manuscrito que me hacen falta están en otra habitación o sepultados en montones de donde hay que sacarlos. Una hora antes hubiera hecho todo esto como jugando, con gusto, pensando en la tranquila sesión que de este modo me preparaba. Ahora, esto me turba; mi impulso se detiene. Si omito esos preparativos en beneficio de un falso trabajo que mi intemperancia

ha querido salvar, la desgracia es doble. En definitiva llego a esto: ni verdadero reposo, ni verdadero trabajo. Reina el desorden.

En los "instantes de plenitud", ya lo hemos dicho, evitad cuidadosamente el trabajo a medias que es un semi-reposo y que no trae provecho alguno. Trabajad enérgicamente, luego descansad, aunque sea con ese descanso relativo que prepara, secunda o concluye el trabajo.

Por otra parte, será también necesario el reposo completo; completo, decimos, por el abandono momentáneo de todo cuidado laborioso, salvo la preocupación por el "trabajo permanente", cuya soltura y beneficios conocemos.

Santo Tomás explica que la alegría y la acción hecha con gusto son el verdadero descanso del alma. Los juegos, las conversaciones familiares, la amistad, la vida de hogar, las lecturas amenas — de cuya elección ya hemos hablado —, la frecuentación de la naturaleza, el arte fácil, un trabajo manual muy liviano, la curiosidad inteligente en una ciudad, los espectáculos poco absorbentes y que nos apasionen poco, los deportes moderados: tales nuestros elementos de descanso.

Tampoco hay que excederse en el uso de ellos. Un descanso muy largo, además de devorar el tiempo, perjudica la ejercitación de una vida laboriosa. Es muy importante que cada uno descubra el ritmo que permitirá el máximo de esta ejercitación con el mínimo de fatiga. Trabajar demasiado tiempo, es ex-

tenuarse; dejar el trabajo demasido pronto, es no dar la propia medida. Del mismo modo, reposar demasiado tiempo es destruir el ejercicio adquirido; y descansar demasiado poco no restaura las fuerzas perdidas. Conoceos y dosificadlo todo en consecuencia. Con esta condición, los reposos frecuentes y breves, que sirven de descanso sin exigir un nuevo esfuerzo para proseguir, son los más favorables.

¡Ah si pudiésemos trabajar en plena naturaleza, con la ventana abierta a un hermoso paisaje, con la posibilidad de — no bien llega la fatiga — pasearnos algunos instantes en medio del verdor del follaje y de la hierba, o, producida una interrupción en el pensamiento, pedirle inspiración a las montañas, al conjunto de los árboles o de las nubes, a los animales que pasan, en lugar de consumirnos agriamente! Por cierto que el producto del trabajo sería doble y de otro modo amable y humano.

¡Uno es tan realista corriendo por el campo y el alma se mantiene al mismo tiempo tan elevada! El *imperativo categórico* no ha podido ser soñado en una pradera, y menos aún la presunta aritmética moral de un Bentham.

Jóvenes de grandes aspiraciones, que pretendéis ir lejos, manteneos en la realidad humana. Reservaos momentos de descanso; no os agotéis; trabajad en la calma y en la alegría espiritual; sed libres. Si es necesario, obrad con astucia para con vosotros mismos: en el momento del esfuerzo, prometeos algún agradable alivio cuya imagen sea ya un refrigerio

para vuestro pensamiento, mientras llega el momento de que aquél repare vuestras fuerzas.

Si estáis en compañía, admitid buenamente los unos el modo de solazarse de los otros. El hombre que nunca bromea, dice Santo Tomás, que no admite bromas y no favorece el juego o la distracción ajena, es un incivil y es molesto para su prójimo [1]. Es imposible vivir siquiera un día con un hombre enteramente taciturno, decía Aristóteles.

III

Aceptar las Pruebas

Ese equilibrio entre el trabajo y el gozo reconfortante es tanto más necesario cuanto que las pruebas del trabajador son numerosas. Más de una vez hemos indicado ya la noción de aquél. En la ciencia, como en todas las cosas, sólo se llega a la salvación por medio de la cruz. El descontento de sí, la lentitud de la inspiración, la indiferencia del ambiente, la envidia, las incomprensiones, los sarcasmos, las injusticias, el abandono de los grandes, la defección de los amigos, todo puede contribuir y todo llega en su momento.

"La superioridad lucha con tantos obstáculos y sufrimientos — escribe Jorge Sand a propósito de Balzac — que el hombre que persigue con paciencia y dulzura la misión del talento, es un gran hombre". No pretenderéis ciertamente aplicaros esta última pa-

(1) IIa., IIae., q. CLXVIII, 4.

labra; pero, si en un grado u otro llegáis a ser *alguien,* contad con la prueba de elección y preparaos para gustar sus distintos sabores: prueba del ideal, que se os muestra más lejano a medida que apresuráis la marcha; prueba de los necios, que nada comprenden de vuestras palabras y se escandalizan de ellas; prueba de los envidiosos, que os tildan de impudente por haberlos superado; prueba de los buenos que se dejan trastornar, sospechan de vos y os abandonan; prueba de los mediocres, que son mayoría, a quienes molestáis con la muda afirmación de un mundo superior. "*Si fuerais del mundo,* dice el Salvador, *el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo... por eso el mundo os aborrece*" (Juan XV, 19).

Las diversiones antes mencionadas como medios de descanso, podrán aportar su ayuda también en este caso. Todo lo que sirve para descanso del trabajo, es igualmente apto para mitigar la pena. Empero, recurrid especialmente a los medios sobrenaturales y entre ellos al trabajo sobrenaturalizado que es nuestro único objeto.

El trabajo cura las penas del trabajo y las del trabajador; es enemigo de los pesares, de las enfermedades y de los pecados; nos coloca en una alta región en la que el tráfago de la existencia y las debilidades del cuerpo hallan un alivio. El impulso que él comunica y la orientación que da a las energías, alejan el aburrimiento y nos desasen de las preocupaciones despreciables. Estad ocioso y pulsad vues-

tro cuerpo: probablemente notaréis en él un sinnúmero de vagos malestares; trabajad con ardor, y ya no pensaréis más en ello. Otro tanto podemos decir de los males del alma. Si me pregunto: ¿qué opondré a las preocupaciones y molestias que me acometen en el trabajo?, sólo hallo una respuesta: el trabajo. ¿Qué confortamiento daré a mi corazón si él duda de su obra? El trabajo. ¿Con qué medio resistir a los enemigos del esfuerzo y a los envidiosos del éxito? Con el trabajo. El trabajo es remedio, bálsamo, ejercitación. Agregadle su compañero el silencio y su inspiradora la oración, gustad las delicias de una dulce amistad, si Dios os la otorga, y tendréis con qué superarlo todo.

El trabajo da equilibrio al alma; procura la unidad interior. Con el amor de Dios, que sustenta la jerarquía de los valores, aquél subordina las fuerzas, y el alma se estabiliza. Fuera de esto, la necesidad de unidad no podrá ser satisfecha sino por alguna manía inferior o alguna pasión y nuestras debilidades de todo género recobrarán su imperio.

No en vano es llamada la pereza madre de todos los vicios; ella es también madre de los desfallecimientos y de las penas; cuando menos los favorece. La sensación de triunfo que el trabajo engendra, combate esa depresión; el desgaste rítmico de las fuerzas levanta el tono de éstas y las regulariza, de igual modo que impulsa al equipo que rema cantando.

También la verdad es una defensa; ella nos afir-

ma; nos regocija; con ella nos consolamos de nosotros mismos y de los demás; su descubrimiento es para nosotros una recompensa y su manifestación una venganza en los días de contradicciones.

El pensador está expuesto, entre otros pesares, al que tal vez le resulta más sensible al intelectual, si no al hombre: la crítica implacable. Cuando esta crítica es ligera e injusta, aquél sufre, tiende a irritarse; si toca sus puntos débiles y hace notar en sus producciones o en su carácter defectos que —no pudiendo vencerlos— él quisiera olvidar y ocultar a las miradas ajenas, entonces se siente más herido.

En tal caso, ¿cuál será la réplica adecuada y qué actitud se habrá de tomar? Siempre la misma. "Para todas las críticas veo una sola respuesta, dice Emerson: seguir trabajando" [1]. Cuéntase asimismo de Santo Tomás, que cuando era atacado —lo que sucedía con mucho mayor frecuencia de lo que podría suponerse por su triunfo póstumo— se esforzaba por afirmar su posición y por precisar y aclarar su doctrina; hecho lo cual callaba. El *buey mudo de Sicilia* no iba a dejarse desviar de su camino por las actitudes y los gritos de una turba de niños.

Corregirse y callar, es la gran máxima; los que la han practicado, siempre han subido alto; de la fuerza empleada para derribarlos, ellos hicieron un impulso victorioso; con las piedras que les fueron arrojadas, edificaron su morada.

Es pueril tratar de defender las propias obras o

(1) Autobiografía.

procurar establecer su valor. El valor se defiende por sí mismo. El sistema solar no discute a Tolomeo ni a Copérnico. La verdad existe; las obras de la verdad participan de su ser y de su poder. Agitaros en torno de ellas, es debilitaros. Callad; humillaos ante Dios; desconfiad de vuestro propio juicio y corregid vuestras faltas; luego, permaneced firme como la roca azotada por las olas.

El tiempo y las fuerzas que gastaríais en sostener una obra estarán mejor empleados haciendo otra obra, y vuestra paz vale más que un éxito trivial.

"El verdadero sabio no discute —escribe Keyserling—; no se defiende. Habla o escucha; afirma o trata de penetrar los significados".

Cuando os hacen una observación, en vez de reaccionar interior o exteriormente, como la bestia que se encrespa, considerad, como un hombre, el alcance de lo que se os dice; sed impersonal e íntegro. Si la crítica tiene razón contra vos, ¿pretenderéis resistiros a la verdad? Aunque estuviese inspirada por la enemistad, tened el valor de confesar vuestro error y formulad el noble propósito de utilizar la malevolencia que Dios pone a vuestro servicio. Pues el mismo mal está en manos de Dios, y la crítica malévola, por ser la más incisiva, tiene con qué daros mayor provecho.

Una vez recogida esa utilidad dejad lo demás al Señor que juzga por vos y que en tiempo oportuno sabrá hacer justicia. No escuchéis más. "No se habla mal, delante del que no escucha", dice San Agustín. La envidia es un impuesto a los réditos de la

gloria, de la distinción o del trabajo. El trabajo, invulnerable en sí mismo, exige su rescate al trabajador. Este habrá de pagar sin protesta. "Las grandes almas sufren silenciosamente" dice Schiller.

Cuando no hay provecho alguno que sacar de un ataque, uno ha de apartarse de él, y, desde luego, salir indemne, sin debilitamiento ni rencor, y, además, engrandecido y mejorado por la prueba. La verdadera fuerza espiritual se exalta en la persecución; gime a veces, mas su gemido es semejante al de toda criatura que "da a luz gimiendo", según dice el Apóstol.

Hemos dicho ya que la vida intelectual es un heroísmo: ¿pretenderíais que éste nada costase? Las cosas no valen sino en la proporción exacta de lo que cuestan. Dejad para más adelante el éxito; para más adelante la alabanza, no tal vez la de los hombres, sino la de Dios y de su corte que harán de vuestra conciencia su profeta. Vuestros hermanos los trabajadores, os reconocerán también, a pesar de su aparente defección. Entre intelectuales se cometen muchas pequeñas villanías y a veces grandes iniquidades; mas a pesar de ello una clasificación tácita consagra sus verdaderos valores, aun cuando la publicidad los olvide.

Del mismo modo, si ha de quedar postergado el reconocimiento de vuestra utilidad, quizás para cuando hayáis desaparecido, consentid en ello; la honra póstuma es la más desinteresada y la utilidad póstuma satisface suficientemente los verdaderos fines de vuestra obra. ¿Qué pretendéis? ¿La vanagloria?

¿El provecho? En tal caso no sois más que un falso intelectual. ¿La verdad? Ella es eterna. No es necesario utilizar la eternidad.

Lo verdadero se manifiesta poco a poco; quienes lo sacan de la sombra no han de pedirle una aureola; ellos sirven, eso basta; y su recompensa es ceñir por un instante la espada de los héroes o llevar el escudo delante de sí.

¿No vale por sí mismo el trabajo? Uno de los crímenes de nuestra época es haberlo despreciado y haber substituído su belleza por la fealdad de un grosero egoísmo. Las almas nobles viven una vida bella y esperan, por añadidura, la fecundidad de ésta. Trabajan no sólo por el fruto, sino por el trabajo, para que su vida sea pura, recta y viril, —semejante a la de Jesús— y esté pronta a unirse a ella. Por eso no se detienen en los desengaños. El amor no teme las desilusiones, ni las teme la esperanza, ni la fe bien arraigada.

Por más que uno trabaje sin fruto aparente, por más que siembre y no coseche, nade y se vea rechazado de la orilla, camine y sólo halle ante sí espacios sin fin, ello no es un desengaño para el que cree y para el que espera, ello agrada al que ama, porque el amor se prueba mucho mejor cuando se trabaja por el placer del amado y por el placer de servirle.

IV

Gustar las Alegrías

Por lo demás, no todo es contrariedad y disgusto en el trabajo; él tiene también sus alegrías, y es una dicha si esta misma alegría nos inclina al trabajo y nos sirve de descanso después de nuestro esfuerzo.

Habríamos de estar alegres aun en las penas y contrariedades, a ejemplo del Apóstol: *"Sobreabundo de gozo en medio de mis tribulaciones"*. La tristeza y la duda matan la inspiración; pero la matan únicamente cuando uno se entrega a ellas. Rechazarlas mediante la alegría cristiana es reavivar la llama que se apaga.

"Los débiles piensan en lo pasado; los fuertes toman su desquite", escribe María Bashkirtseff. Esto siempre es posible, y para ayudarnos a realizarlo, Dios permite que reposemos a veces en una serena alegría.

La sensación de la altura infunde al trabajador cierta opresión y dicha a la vez, como al que trepa por los picos y ventisqueros. Los paisajes de las ideas, más sublimes que los de los Alpes, excitan su entusiasmo. "Ver el orden del universo y las disposiciones de la Divina Providencia, es una actividad eminentemente deleitable" (1).

Según el angélico Doctor, la contemplación parte del amor y concluye en el gozo: amor del objeto

---

(1) Santo Tomás. In Psalm. XXVI.

y amor del conocimiento como acto de vida; goce de la posesión ideal y del éxtasis que ella provoca (1).

El intelectual cristiano ha elegido la renunciación; pero el renunciamiento le enriquece más que una altiva opulencia. Pierde el mundo y el mundo le es dado espiritualmente; tiene acceso al trono donde juzgan a las doce tribus de Israel (Luc. XXII, 30). El ideal es su propia realidad que reemplaza la otra realidad y en su belleza absorbe las fealdades de la segunda. Despojado de todo según el espíritu y muy a menudo en una pobreza real, es engrandecido por todo lo que abandona o le abandona, pues halla de nuevo secretamente la magnífica posesión de ello. Si se pierde en la más absorbente acción interior, en lo más profundo de ese sueño aparente podría decir, como la Esposa: "Duermo, mas mi corazón vela". "En mi lecho por las noches busqué al que ama mi corazón; le así; y no le dejaré ir" (2).

Cuando uno está en las disposiciones requeridas y el alma está dedicada por entero a la obra, cuando estudia bien, lee bien, anota bien, cuando hace trabajar la inconsciencia y la noche, los trabajos que prepara son como la semilla bajo el sol, como el niño al que su madre da a luz en el dolor pero olvidándose de su angustia con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo (Juan XVI, 21).

La recompensa de una obra, es haberla reali-

---

(1) IIa., IIae., q. CLXXX, 1.

(2) Cant., III, 1, 4.

zado; la recompensa del esfuerzo es haberse agrandado.

Cosa sorprendente; el verdadero intelectual parece estar exento de los achaques de la edad que ocasionan a tantos hombres una muerte prematura. Es joven hasta el fin. Se diría que participa de la eterna juventud de lo verdadero. Por lo general maduro precozmente, es todavía maduro y de ningún modo agriado ni echado a perder cuando la eternidad lo recoge.

Esta exquisita perennidad es también la de los santos; se diría que santidad e intelectualidad tienen la misma esencia. En efecto, la verdad es la santidad del espíritu y su conservadora, así como la santidad es la verdad en la vida y tiende a afirmarla para este mundo como para el otro. No hay virtud sin acrecentamiento, sin fecundidad, sin alegría; tampoco hay luz intelectual sin que esas consecuencias deriven de ella. Sabio, según la etimología, significaría sapiente y la sabiduría es una sola y contiene la doble norma del pensamiento y de la acción.

V

Descontar los Frutos

De este modo llegamos a las últimas palabras que conviene dirigir al lector de esta breve y muy larga teoría de la vida intelectual. *"Si sigues este camino, dice Santo Tomás a su discípulo, llevarás a la viña del Señor verdores y frutos útiles durante to-*

da tu vida. Si practicas estos consejos, llegarás a lo que deseas. Adiós".

¿No es un noble adiós el que empeña en favor del laborioso y del fiel el honor de lo verdadero, asegurando a quien establece las condiciones de ello los resultados que desea?

Nada se le puede prometer al que no está dotado. Pero supuesta la vocación, uno tiene el derecho de decir que la cultura no es hija únicamente del genio; nace del trabajo; de un trabajo calificado, organizado y sostenido, tal como hemos tratado de describirlo.

El trabajo se fabrica su propio instrumento. Así como el herrero templa sus herramientas, del mismo modo el trabajo forma nuestros caracteres y nos da la solidez y, por consiguiente, la confianza.

Esta confianza que está fundada en una ley de las cosas pertenece al trabajo más que al trabajador; sin embargo, el trabajador debe también tener fe en sí mismo. ¿Acaso no tiene consigo al Dios que ha dicho: "*Quien busca halla y al que llama se le abrirá*"? Todos tenemos a la Verdad detrás de nosotros y ella nos mueve mediante la inteligencia; la tenemos delante de nosotros y nos llama; por encima de nosotros y nos inspira.

El alma es igual en todos; el Espíritu sopla en todos; la finalidad y las aspiraciones profundas son las mismas en todos; fuera de los ánimos no hay diferencia más que en los elementos cerebrales más o menos libres y activos, más o menos atados; ahora bien, sabemos que con los auxilios terrenos y celes-

tiales podemos triunfar de muchas fallas. La luz puede filtrarse a través de las hendeduras que nuestro esfuerzo ensancha; cuando ella está allí, por sí misma extiende y afirma su reinado.

No hemos de apoyarnos en nosotros mismos: nunca confiaremos bastante en la acción de Dios en nosotros. Nunca es demasiado elevada la idea del yo, cuando se trata del yo divino.

Por lo demás, contamos también con la contribución permanente de nuestros iniciadores, de nuestros amigos y de nuestros hermanos en la obra intelectual. Los genios lo son también para nosotros. Los grandes hombres no son grandes sólo para sí; ellos nos sostienen, nuestra confianza los sobreentiende. Con su ayuda, podemos hacernos una vida tan grande como la de ellos, teniendo en cuenta la desproporción de las fuerzas.

El verdadero intelectual no ha de temer la esterilidad, la inutilidad; basta que un árbol sea árbol para que dé semilla. Los resultados llegan tarde a veces, pero llegan; el espíritu rinde; los acontecimientos pagan. Si bien no podemos igualarnos a aquellos que admiramos, siempre podemos igualarnos a nosotros mismos, y hemos de decirlo por última vez: ésta es nuestra sola finalidad.

Cada individuo es único: por lo tanto, cada fruto del espíritu es único también. Lo único es siempre precioso, siempre necesario. No defraudemos a Dios y el éxito de Dios será nuestro en parte. He aquí lo que puede consolar nuestra inferioridad, y,

si producimos, confortarnos ante el diluvio de los libros.

Dad todo lo que podáis, y si sois fiel a vos mismo, si lo sois hasta el fin, estad seguro de que alcanzaréis la perfección de vuestra obra y la vuestra, digo, la que Dios espera de vos y corresponde a sus gracias interiores y exteriores. En aquel momento habréis de deciros que muchas obras y vidas son más bellas que la vuestra, pero podréis agregar: para mí no hay otra más bella ni otra igual.

Añado aún esto, que forma parte de nuestros motivos de confianza: cuando se nos pide la fidelidad, el trabajo ardiente y bien ordenado, no se pretende excluir todo desfallecimiento; una promesa en este sentido sería irrisoria. Errar es humano; mas de todas las prescripciones recordemos lo esencial, lo habitual, aquello de lo que se nos dice: es suficiente, es indispensable.

Sería deseable que nuestra vida fuese una llama sin humo y sin escorias, que nada en ella se perdiera ni fuese impuro. Esto no es posible; mas lo posible es hermoso también, y bellos y sabrosos son sus frutos.

Una vez decidido a pagar, inscribid hoy —si ya no lo habéis hecho— en las tablillas del corazón, vuestra resolución firme. También os aconsejo la escribáis en forma bien legible, y coloquéis ante vos sus fórmulas. Al poneros a trabajar, luego de haber rezado, os resolveréis nuevamente cada día. Habréis tenido el cuidado de anotar especialmente lo que os resulte menos natural y más necesario, a vos tal co-

mo sois. Si fuera preciso, lo recitaréis en alta voz, para que vuestra palabra os llegue más claramente.

Entonces, agregad y repetid con toda certeza: "*Si haces esto, darás frutos útiles y alcanzarás lo que deseas*".

Adiós.

INDICE